

Los primeros pasos

Eduardo Mosches

Hay hechos en la historia de la conformación de los países en América Latina, que han marcado su estructura política, económica y cultural. Uno de ellos es la evidente centralización del poder en las ciudades capitales. Y las fuerzas políticas representativas en estas ciudades han marcado un compás de acción expresado en un muy marcado control hegemónico sobre las otras ciudades y la población que vivía y vive en el interior del país. Un control que se expresa en la centralización de la infraestructura del aparato de Estado, de la presencia de los ministerios, de las universidades nacionales, de los diferentes actores culturales, de la mayor parte de las editoriales, teatros, museos, plazas públicas, estadios de fútbol, televisoras, radiodifusoras, empresas de comunicación, por lo tanto, el país y su mirada, tanto al interior como en el extranjero, sólo se ve representado simbólicamente por esa ciudad concentradora y absorbente. Y esto, en el caso de Argentina, es un hecho que ha marcado la historia de ese país a lo largo de dos siglos. La ciudad puerto, Buenos Aires, la que a través de su clase política quiso,—en algún momento de su historia— independizarse y hacer posible que el resto de las provincias pagasen impuestos y tributos para exportar sus productos. Pero lo brutal y ridículo del intento fue impedido por la acción política del resto del país. Perdieron una guerra, pero ha quedado muy fuerte la presencia dominante bonaerense. Y en este

caso, la que nos incumbe, la de la literatura, creemos indispensable presentar al lector una minúscula muestra del inmenso quehacer literario realizado en diferentes provincias, o sea, el país literario, más allá del embudo creado por la ciudad del obelisco.

Nos encontraremos con la intensidad creativa de los poetas, en la que pueden descubrirse la caja de los milagros de los paisajes diversos, desde el pesado, húmedo y asfixiante calor de un norte o el desértico sentir de las angustias humanas, de las largas y frías planicies sureñas; del diario recorrer de la propia historia dolorosa y sangrienta, de la sensualidad de dos cuerpos unidos en lo vertiginoso del instante. De una narrativa que olvida cualquier rasgo o rastro posible de localismo vacío y colorido, para adentrarnos en la dureza de las acciones intensas, de variados géneros que pueden acercarnos a los sentires de los seres humanos, desde la óptica de un realismo fantástico casi hogareño, que se enlazarán con historias lejanas y cercanas, desde el posible deambular, montado en la pirueta de la vida, entrelazada al discurrir de un río, de la desgastante y opresiva jornada laboral, o de una montaña que no se queja por sus temblores, y es acogida por las líneas jugosas de las uvas, con las cuales se llenarán los vasos para brindar.

Descorremos un pequeño fragmento, de esa inmensa tela, que es la literatura creada en el interior profundo de este sureño país.

Selección de poetas
del interior de Argentina

Otra muestra de poesía argentina

Carlos J. Aldazábal

Hablar de poesía argentina en esta encrucijada de época, es hablar de una multiplicidad de tradiciones, diversidad cultural que incluye diferencias no sólo de región sino también de género, de etnia y de clase.

Por supuesto que la diversidad cultural no es motivo suficiente ni necesario para hablar de buena o mala poesía, siquiera para hablar de poesía a secas. Como señaló muy bien Oscar Steimberg, uno de los poetas incluidos en este mapa, para escribir poesía, como para hacer música, hay que saber tocar el instrumento: en música cuando se desafina se nota, y en poesía también.

A pesar de esto, la perfección técnica ni en poesía ni en música alcanza para definir una expresión artística: la desafinación, bien empleada, también puede ser un recurso válido, siempre que se sepa por qué es imperiosa la estridencia. Nuevamente la cuestión del saber, que, en mi opinión, es inseparable a la cuestión de las tradiciones. Y hablar de tradiciones estéticas remite al problema de la diversidad.

Toda tradición es selectiva, una selección del pasado que se actualiza en el presente. Y a ese pasado que se actualiza se suma, necesariamente, lo que Octavio Paz llamó “la tra-

dición de la ruptura”. Quien a esta altura del siglo XXI se considere vanguardista no deja de ser un ingenuo o un ignorante: elegir “la tradición de la ruptura” es una de las opciones posibles de nuestro presente, que no invalida ni avala otros caminos, siempre que se tenga en claro qué se quiere decir, para quién y por qué.

Hasta mediados del siglo XX todavía podía pensarse el arte en general, y la poesía en particular, en términos evolucionistas. Este evolucionismo, junto con cierta consolidación del canon poético latinoamericano, habilitó cierto facilismo crítico que resolvió trazar los cambios de estéticas en términos de sucesiones generacionales, facilismo que en ciertos países con tendencia al centralismo, como es el caso de Argentina, simplificó la historia de la poesía del país en la historia de las estéticas generacionales de la ciudad capital, Buenos Aires. Simplificación que acentuó formas de olvido y de desconocimiento que recién ahora empiezan a enmendarse.

Persistir en la linealidad evolucionista del pensamiento local-generacional, no deja de ser un acto de mala fe que sólo puede traducirse como una forma de canonizar la parte por el todo: grupo de amigos que, a fuerza de voluntad,



quieren representar todas las cuerdas de la poesía nacional desconociendo la realidad pluricultural del país.

La tendencia que, aunque atemperada, persiste hasta nuestros días, fue fundacional desde el siglo XIX, cuando la primera antología, *La lira argentina*, se limitó a antologar la región rioplatense, inaugurando lo que Santiago Sylvester, en un artículo ampliamente difundido en revistas especializadas y suplementos culturales, ha llamado “el país amputado”, esa triste tendencia centralista de tomar la parte por el todo. Es decir, la región rioplatense en el siglo XIX (o Buenos Aires y otros centros urbanos, como Rosario y Bahía Blanca, en el siglo XXI), en reemplazo de la realidad multicultural del país.

Esta complejidad de nuestra época es, al mismo tiempo que liberadora y justa, uno de los matices que alientan la desorientación y la incertidumbre a la hora de pensar los discursos poéticos contemporáneos.

Es conocida la respuesta que dieron a la incertidumbre algunos poetas de América y España en un libro de reciente difusión (“dimos”, debería decir, ya que en la edición argentina se publicaron algunos de mis poemas): invocar tradiciones significativas de la producción hispanoamericana para fijar parámetros que señalen un Norte frente a la crisis: crisis en términos políticos, pero también poéticos, que incluyen la apatía y el renunciamiento, la proliferación textual y la ignorancia, el esnobismo y la egolatría, en desmedro de una palabra que recupere su potencialidad artística, su eficacia creadora y combativa. Una palabra que desafíe el sentido común de lo dado corriendo el límite

de lo posible, sabiendo de dónde se viene para saber hacia dónde apuntar.

La tarea no es sencilla y, en este punto, una muestra, antología, o como se quiera rotular, de poesía argentina, no deja de ser un compromiso que exige, al mismo tiempo, una mirada democratizadora y rigurosa, que atienda al desafío de la diversidad cultural sin descuidar la importancia de las tradiciones que se actualizan, los pasados que se eligen para hacer funcionar la complejidad y la calidad del presente.

Aquí van a poder leer poéticas que responden a diversas tradiciones de la poesía argentina, desde las tradiciones locales (Noroeste, Litoral, Cuyo, Patagonia, Río de la Plata) hasta las versiones trashumantes, desde la diversidad de género hasta la diversidad de etnia y de clase, con el denominador común de ocupar un espacio en el que conviven múltiples culturas, múltiples tradiciones en permanente defensa frente a las imposiciones del poder, esa red sin rostro que, a veces como globalización, a veces como canon, naturaliza la expresión, así como naturaliza las invasiones y las muertes en nombre de un presente continuo que pretende ser el fin de la Historia.

Esta muestra, representativa en su amplitud, no alcanza, sin embargo, para dar cuenta en forma cabal de la riqueza actual de la poesía argentina: eso implicaría un trabajo de años y una dedicación propia de investigador, antes que de poeta que escribe a deshoras. Sirve, sin embargo, como puntapié inicial para interesar a los lectores mexicanos, puntapié que no recurre al atajo de lo generacional ni al amiguismo ninguneador.

Desde entre rios, santa fe y corrientes

Florencia Lo Celso

Gracias a la generosidad de Eduardo Mosches de editar este panorama de la poesía argentina, diversas provincias se han acercado con sus voces desde ese interior que las identifica.

Aquí están búsquedas, reuniones, llamadas a amigos para conseguir diversas formas de contacto, noches para procesar el material y ganarle al olvido.

Algunos quedaron en promesas, otros con entusiasmo y agradecimiento enviaron sus aportes, respuesta a esa labor tesonera, callada en torno a la poesía.

La visión del paisaje, la problemática humana y social están presentes en una escritura afectada por los particulares entornos de cada poeta.

La dimensión regional se proyecta como apertura hacia América y el mundo por sus características individuales y colectivas. El ser humano como tal los condiciona a un interior que los trasciende por la humanidad que los anima y transforma en otras vertientes.

A pesar de la heterogeneidad encontramos una afirmación del propio ámbito, una interpretación crítica de la sociedad que los enmarca, una búsqueda del sentido de la existencia abierta a otros horizontes de significaciones, encontramos una apertura al trabajo del lenguaje orientado a la oralidad coloquial, a lo simbólico, a lo demiúrgico, a la transgresión, libertad lingüística y metafórica, a veces minimalista.

Los poemas de los autores propuestos aportan desde cada ángulo particular dimensiones de una totalidad que trasciende a lo propio. El microcosmos regional es imagen del (macrocosmos) nacional y latinoamericano en la medida en que los valores y la cultura de la región se configura como parte de una identidad integrada con el hombre, el paisaje y su historia.

Leonardo Martínez



Cuerpos de sed

Secreto amor entre potro y jinete
acabado en la penumbra de senderos idos
Vivir
nada más
lo sabían
Vivir en el gozo de los cuerpos sudados
caídos en el sueño
Sedientos más que la sed
el amor les dibujaba un ala de fiebre
y como cuchillo que cava y abre surcos
y esparce en la tierra la sustancia de la herida
dolía en frío de luz y tajo
Potro y jinete fundidos
Relámpago sin señal ni estela
El tiempo es un paréntesis en el misterio
y amor
la gran boca de la ingesta

La casa

Mi padre
heredó de viejo
la casa y los alfalfares de mis abuelos.
La casa estaba en ruinas,
puertas y ventanas tapiadas.
Las hormigas habían levantado grandes túmulos
en los pisos.
Los techos filtraban el agua de las lluvias
y por los huecos de las tejuelas rotas
la luz caía en figuras cambiantes.
Mi herencia fue en otoño.
La iguana, que tenía su cueva
en la sala de sillones sombríos
empezaba a dormir su sueño de invierno.
Las comadrejas abandonaban el nido
hecho en la maraña del clarín de guerra
y en el patio
sólo se oía la embestida del viento.
Los alfalfares ya eran montes
de vegetación áspera y cerrada,
guarida secreta de habitantes
de la casa.
Ahora,
la casa está vencida
el tiempo clausurado.

Santiago Sylvester



La rótula

De una rótula conozco, sobre todo, la palabra rótula.
No sé qué sabe la rótula de mí, tal vez que hablo solo y
duermo de a pedazos,
pero ocurre que nos necesitamos, nos debemos favores, y
eso cuenta al hacer el inventario.

Ella es un énfasis entre vocales graves,
yo un peso arbitrario, propenso a caminar sin rumbo.
Ella viene del latín, de boca en boca,
yo vengo de Salta, de tropiezo en tropiezo.
Ella se incrusta como un acorde haciendo fuerza,
yo digo mi opinión: enfermedad sagrada que agradezco a
Heráclito.

Y aquí estamos los dos, sin saber el uno
casi nada del otro, pero ambos
capeando el temporal cuando lo premonitorio
habla de una dura década
que ya habrá comenzado,
y el dato de ese cálculo soy yo:

pieza llena de mañas
que ha llegado hasta aquí
gracias a la complicidad de lo que ignora.

(de *Escenarios*)

De “La palabra y”

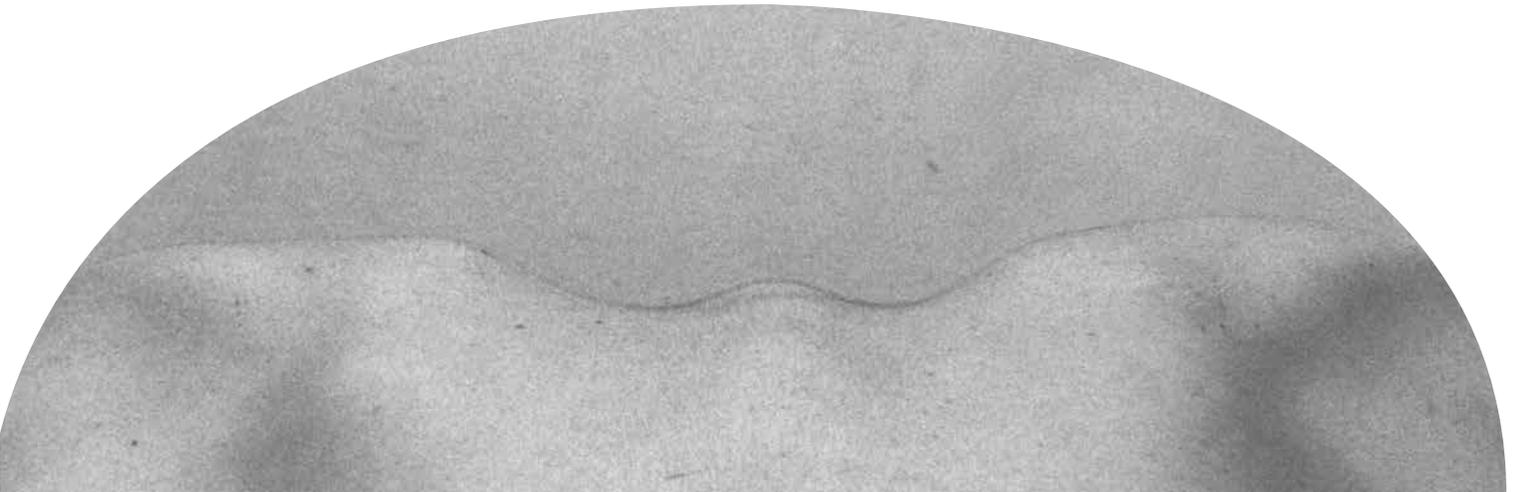
(posiblemente el unicornio)

Un unicornio mira desde tierra firme el Arca de Noé: lo
olvidaron al cerrar la compuerta.
Después vino la lluvia, y otra vez la lluvia. Peces,
pájaros y caimanes, más los zancudos que caminan sobre
el agua, tenían su habilidad
y no sufrieron sobresalto en la cuarentena más húmeda
que se recuerda;
el unicornio, sí.

Elefantes, caballos,
quirquinchos y corzuelas
estaban bajo techo en la chalana célebre
cuando se vino abajo el cielo inhóspito: cabras, gallinas
y tortugas (“ese
interesante animal que es a la vez
animal y domicilio”)
iban a salvo de cualquier diluvio;
el unicornio, no.

Por este olvido llegan de vez en cuando noticias de algo
que se perdió en un mapa antiguo, en algún
pergamino tapado varias veces por el polvo: señales
confusas que ya vienen de ninguna parte: restos flotantes
desde antes que el tiempo se volviera historia.

Y sólo queda el olvidado, el que no pudo ser,
el que dice cuando un artista atacado por el virus místico
lo rescata en un tapiz o en el cuadro de alguna sacristía:
“nacé perdido y no quiero que me encuentren”; y mira
desde tierra firme.



Juan Carlos Moisés

Los ruidos en el agua

Los ruidos en el agua
del ahogado con el cuerpo
atado como con sonajeros.

Podría decirse
que no se quedan en la orilla
que traspasan los árboles.
Entonces
¿hay que espantar esos ruidos
taparse los oídos pensar
en algo agradable?

Ustedes dirán, señores peces.
(de *Ese otro buen poema*)

Muertos amados

Testarudos, no por ciegos,
estos muertos amados
siguen buscando aventura;
con la lengua amortajada
y seca parecen decir:
hay que ir y hundirse en la tierra
de cabeza, abrir grietas, no parar
nunca.

(de *Animal teórico*)

Habla El Capitan Ahab

Sépanlo: cuando por fin un día
alguien desprevenido encuentre
a la invencible ballena Blanca
varada, seca, muerta de vieja
en una playa perdida
de los mares del sur,
va a ser posible reconocerla
no por su color ya desvanecido,
ni por el gran tamaño de su esqueleto,
ni por su ferocidad ahora inexistente,
sino por mi cadáver limpio
de carnes, pura osamenta,
aún aferrado con uñas y dientes
a su gran cuerpo vencido.

(de *Animal teórico*)

Alejandro Schmidt

24 de marzo de 1976



El resto es literatura

Tuve tres bibliotecas
vendí una para casarme de apuro
otra para comer
a la tercera se la llevó
el fuego de confiar en las palabras
a vacíos estantes subo
y me cubro de cenizas.
(de *Oscuras ramas*, 2003)

Yo estaba en una pensión en Tablada al 40
yo dormía
yo me levanté a las 4 de la mañana
y encendí la radio
yo escuché: comunicado número tanto
y una música maravillosa
me quedé quieto
atento al orden de los comunicados
a esa voz de la patria.

A las 6 se fueron levantando los compañeros
yo me asomé al balcón
un colimba me miró desde la esquina
se veían tanques en el puente
yo miré para otro lado
al Mercado, a los camiones
yo no tuve miedo
yo no hice nada
ni entonces, ni después

yo no era nadie
yo vivía colado ahí
los muchachos trabajaban en el Mercado
yo leía a Gurdjieff
yo vendía la guía de Córdoba
en la Cañada
yo andaba pelado y descalzo

yo tenía un suegro militar
yo tenía 21 años
yo tenía un bolso y un cepillo

yo tenía todo el fracaso que llegó
yo tenía que ir hacia la nada
y allí fui.

La explicación

(de *Oscuras ramas*, 2003)

Habrás pensado que
adentro del cuerpo
nacía el resplandor
por eso dijiste

viví una vida lastimada
solo a veces
de la herida
salió luz...

O habrás sentido la piel como
un oscuro guante
del ser.

O nada de eso
lo dijiste
porque era otra forma de callar

de explicarte.

(de *Verdad de lo evidente*, 2011)



Samuel Bossini

Día de extrema oscuridad en las manos del vidente. El vidente enrojeció. Dejó caer su Labio sobre trozos de tierra seca. Algo de Amor capturó su Ojo. Como en toda derrota está nítido lo no hecho, lo que no fue tomado. El cielo despojó de acción al viento. Las aves llegaron con sus picos quebrados hasta la laguna. Era el comienzo del desierto. El inicio de la pesadez. El vacío es el peor amo para las sienes. El hombre, como especie aspira, a que todo torne a su sitio. Pero es evidente: lo desaparecido transforma. Lo nuevo, minuto a minuto, acentuará lo vago. Un día, con la obsesión de huir, lo nuevo, lo desaparecido y el desierto nos convertirán en hábito y nadie más sabrá de nosotros.

El invierno vació la ciudad y dejó sus rasgos. Enfrío las paredes hasta llegar al centro de la casa. A los árboles les impuso Silencio, les impuso Indiferencia. A los niños los agolpó en los sótanos y los plegó. Dios no regresará hasta el verano. Las manos acercarán al invierno una tensa duda. En cada esquina hay un disfraz abandonado. La calle a merced de las Ocas. Los papeles ruedan hasta las bocas de tormenta y cubren a la muchacha escondida. La niña tímida y solitaria hará transcurrir su invierno sobre un gato como si se tratara de un ataúd abierto. Desde fuera: la vaguedad, los lagartos pálidos, las ramas secas; la felpa, todo como una cuestión pendiente. Un ingenuo en el centro del Camino cierra los ojos, saca la lengua, que es tomada por los mosquitos. El invierno le regala al hombre un Beso de labios blancos. El Corazón del ingenuo entiende que el partir más intenso lo posee quien espera.

Por no tener las manos unidas, ambos enamorados tomaron la decisión de combatir lo avaro, lo miserable oculto bajo las uñas. Pensaron en una hoguera de hebras, de leños atizados con éter. Partir lejos del terco revés de cada trama, del cruel león que luego de rugir, se convierte en avispa. Ambos enamorados retornan al servicio de sus propias fantasías y miedos. Fantasean con un tren que los conduzca de Patagonia a Alejandría. ¿A los humanos? Una profunda Indiferencia. Tardes en que el Cuerpo olvida y construye, con su angustia y su orgullo, un falso reposo.

En ocasiones la poesía me permite regresar a alguna Palabra que fue mía. La veo con lástima. Algo raspada. Ella se arquéa con algo de vergüenza. Me cuesta mirarla a los ojos. No son ya ojos. Pone en punta sus labios aún rojos pero ya secos. Nos reconocemos poco a poco sin ninguna alegría. La Palabra abandonada queda tan sola como el poeta cuando la retuvo. No es saludable quedarse mucho tiempo junto a ella. Haríamos los mismos poemas. No era Yo en esa Palabra. No había un espejo para mí en ella. Partí. No hice ninguna mención en mi diario. Tampoco refugié este encuentro en un sueño. No sentí que la piel tuviese necesidad de más. La indiferencia nos hará bien a ambos.

Jorge Spíndola

i love you luisa



la luisa que yo conozco
no es ni por asomo
la luisa que ella dice
que fue bella que bailaba

la luisa lisa y llanamente
este montón de huesos que apenas anda/
la loca esa que anda enaguas
vendiendo lotería en la puerta del mercado

la luisa que ella dice
que ella nombra con babas en el labio
es la pura memoria que le baila en la cabeza
sólo su memoria detenida
en los tiempos de frondizi
y aquel auge del petróleo

la memo luisa mareada de manos
la más hembra del maracaibo
bailando can can en los piringundines
con dólares en el corpiño
cuando la saipen oil y el plan con.in.tes

la más cara enredada de giles
bañada de whisky en cada orgasmo

- i love you luisa / arañando en un bolero/

la sola memoria del sexo fermentado en cocaína

- i love luisa and patagonian
- i love baby aun cuando las huelgas

nada queda de aquel auge de esos días
sino la memoria fornicada
que puso a estos huesos de patitas en la calle
donde el tiempo pasa y nada queda de la saipen
de la standard oil que arrojó
las máquinas al mar por no dejarlas/

nada queda sólo la luisa
con las enaguas al viento
los labios rojos silbando frank sinatra

- che vos / comprame lotería
por san cayetano pibe / comprame lotería



perro lamiendo luna

la luna desplegada en los pliegues de esos charcos

la luna ondulada en las ondulaciones de mi calle

luna blanca de los pobres
alumbrando el tacho de mi agua

luna tumbada temblando
en el tambor de agua de doscientos

vos saltabas en los charcos plateados salpicabas
espejos en la cara de la noche

en la canilla pública andaba un perro lamiendo luna

Sergio De Matteo



Los adormecidos

En la noche
después que ha caído la lluvia,
cuando aún las hojas están húmedas
se oyen pasos a ningún lado,
damos vueltas alrededor nuestro
y nos extraviamos.

En la noche
donde todavía buscamos a tientas
las gotas transparentes de la borrasca,
nos trazan el camino
para abandonar las sombras
que desconocemos.

En la noche
en que *yiran* los adormecidos
los vasos colapsan en su propio fondo,
alguien baila en el universo:
rostro de luz y cuerpo de papel.
Hay manos que cierran el llanto.

Nostalgia

Quise llorarme y no pude,
era intrascendente mi hastío ante los ríos
[fecundos,
las colosales montañas y los austeros
[desiertos.

Quise llorarme y no pude,
pero seguí avanzando con la espalda rota,
la mirada extraviada, detrás del aullido de los
[ausentes.

No pude llorarme, ya no quise,
había sido derribado de la torre de mi furia,
vuelto boca abajo con los clavos del desconsuelo.
No pude llorarme, no quise,
pujaban las flores erguidas bajo un sol impetuoso,
y los huesos empecinados iban royendo la tierra,
buscándole el agua a los espantos, a los
[fuegos interiores.

Quise llorarme y no pude,
y no pude llorarme, no quise;
sin embargo compadecí mi pobreza,
como si fuera una pena macilenta que se
[cuelga del viento, de los cielos,
reptando en el paraje más solitario del mundo,
lamentándose de la pérdida de lo que no se era
[dueño.

No pude llorarme, no quise,
aunque quise llorarme, no pude.

Rodrigo Galarza

Parque de destrucciones

(fragmentos)



1

soy el que hundió su pulso en la niebla
el de la vocación por los derrumbes
el de los cielos verticales en suburbios insumisos

soy el de la diaria antropofagia
antes que el domingo anestésico de misas complacientes

soy aquel lejano en mí

estigma absurdo mi nombre
atrapado en un patio con olor a mangos y a tartas de mi madre
la reina encantada de las fuerzas sangrantes,
en el principio era el allá...

donde mi nombre resplandecía
como el de un ángel herido siempre
por una luz de naranjales
que descolgaban soles
y llenaban de dulzor el aire
cantando lo incantable

el "acá" es ahora un arrebató del "allá"
un traje harapiento que me viste en medio de la nada
en medio de todo, en medio de paisajes
que ya no caben en mí, que se tornan pura tristeza
puro engaño de ausencia,

garúa que se mete en las carnes
y compás a compás arranca
mi respiración de mangos y tartas de mi madre

pero hay más, mucho más: estoy vivo y digo:
aquí estoy y esta ciudad se llama Madrid
y este dolor tiene nombre y este dolor devora la ciudad
que me mira con indulgencia y ojos de amante a plazos,
de mujer que se resiste a la caricia,
estoy vivo y mi dolor me alumbra y me sacude

y mi llanto colapsa los sumideros y avergüenza los orfanatos
y pago la renta con el hambre de mis bolsillos
con el hambre que no se dice: se viaja y hace:
yo el pasajero de mi estómago tambor vivo en mí hacia mí
y mi llanto me lava y lo que se va me alimenta y lo que viene me lastima hermosamente
pero hay más, mucho más: no olvido mi nombre
y esta ciudad lo sabe y me llueve

cuando le ruego que clave sus colmillos en mi blanco cuello
de garza atardecida allá en un mar de fragancias

oh dioses de la transparencia y de los venenos más sutiles

hay mucho más que este dolor
hay mucho más que un hombre
hay un guerrero a destiempo que hace tiempo
y la paciencia de esta ciudad que se llama Madrid
la desesperación de buscar caminos y de navegar ríos
que se mueren de pronto sin llegar al mar,
sin decirte adiós y cantarte el crepúsculo
se mueren en silencio en medio de una bruma soñada
se mueren por clavarse un estandarte de rocío
fabricado en polígonos industriales
o en las factorías de los gobiernos

pero hay más, mucho más: estoy vivo y la desnudez es mi escudo
;de mi ombligo crecen flores!

he visto la belleza sentada sobre el banco de una plaza infectada de palomas
he visto a un niño llorar por última vez como niño
he visto a un dios ebrio (vestido de súcubo) bebiendo del fétido aliento de los mendigos he visto
a un ministro disfrazado de ministro creyéndose dios
y a un ministro disfrazado de hombre fornicando en Tailandia con una niña
he visto "Sea Harriers" olisquear médulas espinales, bombardear chabolas y hospitales,
cuerpos con olor a infancia,

he visto sus festines de lobos del aire

pero hay más, mucho más: atravesar en un día trescientas puertas
y contar los despojos y trazar un mapa posible de cicatrices

Geraldine Palavecino

La huida

Un relámpago revelador
que abre uno a uno los puntos de la sutura
y permite que escuchemos las alas del latido
que aún no se extinguió.

Después de aquella noche geométrica de la
enajenación

logré al fin reconocer la sustancia de la
emboscada.

Un ejército de soldados de ágata me detuvo
inclinada del otro lado de la frontera: trampa
de los inconsistentes.

Todo atardecer debió ser más que oscuro
para quien nació entre las manos del ahorcado,
para quien sólo se nutre de lo que el
Envenenador provee.

Una vez fuera del laberinto,
pude oler a la Bestia
en su desasosiego de fango furibundo.

Me mantengo incrustada en el círculo
entre palabras de cuñas agudas
para romper la red de inmóviles insectos.

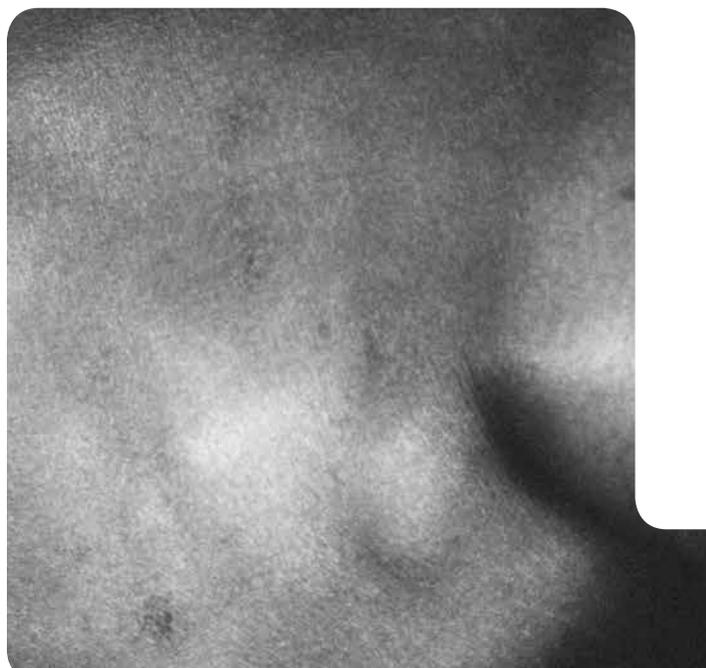
Hecha de huesos anónimos,
La oculta luz
una vez más hará suceder el Nacimiento.

Final de inmersión

Se trata del triunfo
de haber desalentado a la jauría
de mantener el suspenso en los rincones.
Se trata de la distracción del ramo de la palma
consistente en claveles prematuros.

Es posible que el porvenir gire
que se retuerza el espejo sin quebrarse
y la narrativa del presagio sea desobedecida.

Es salir,
junto a esa luz insoluble que se filtra
hacia el final del cadalso.



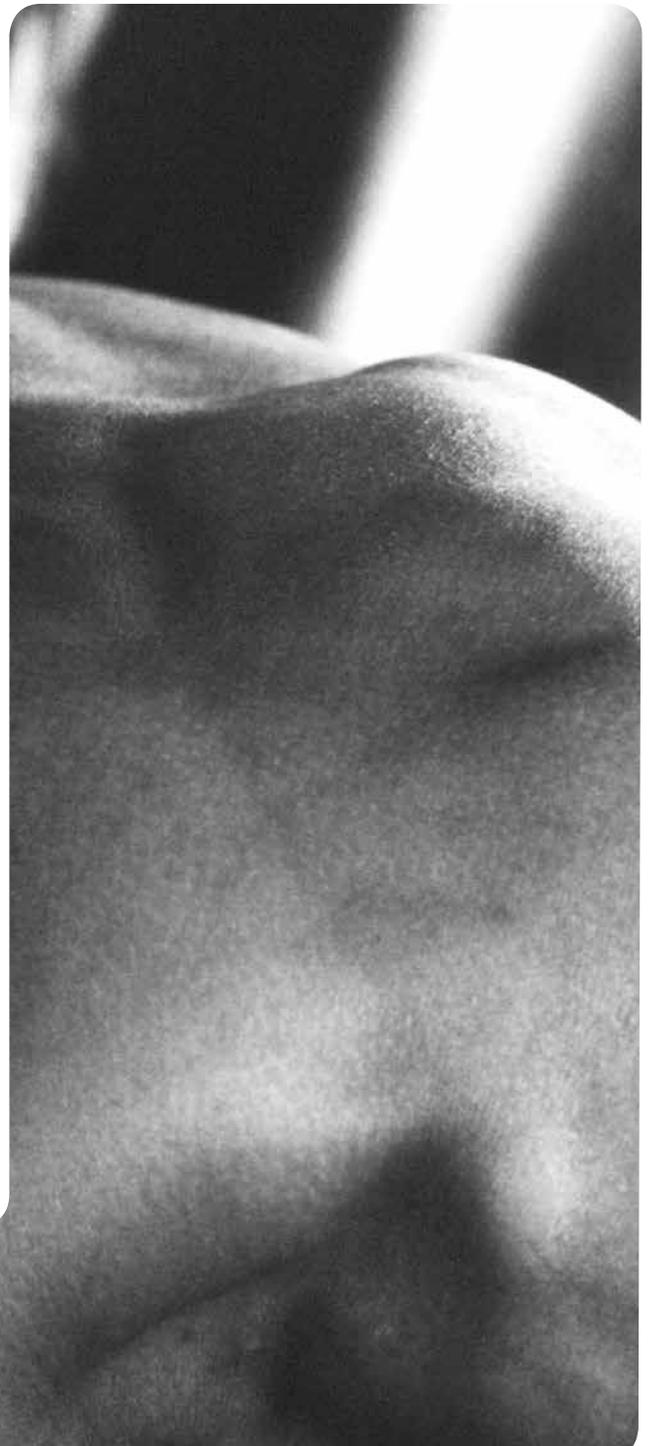
Comienzo de caída

Si es el canto enjaulado del pájaro
O la memoria capturada en la hierba
¿cómo reconocer el momento en el que
penetramos la sombra?

Somos la lámpara a vela,
la guirnalda que pende sola en la noche estival
bajo el viento de sonidos y colores,
un cascote en la boca entreabierta de la tierra
o la amputación al ras de la enamorada del
muro.

De repente quedamos solos.

Y es posible conocer el aliento del búho que
anticipa el descenso,
y ver el espanto de la entraña cuando se
deshace del Nombre.



Julián Axat

Cachavachas

*"... La Cacha: centro clandestino de detención que funcionaba en Lisandro de Olmos-La Plata hasta 1977".
Extraído del Informe: Nunca Más.*

Pregunto al oficial si entrenaban perros

—sí, claro aquí entrenamos de los guardianes

Pregunto si sabe de hace treinta años...

—Poco, dicen que acá funcionaba algo ilegal

... pero también entrenaban perros, y ese de ahí es el jardín maternal...

En el blanco murmullo
perimetraron toda la ausencia
imposibilidad de contar
la boca terrosa aún masticando silencio
todo el dolor es sótano tapado

ahora pasto / árbol
la piedra que tomo entre mis manos
mantiene incrustada el llanto de un bebé
el grito contenido de mi padre
la lanzo contra el sol para curarla
o hacerla pájaro

después pienso:
inútil
como si tanto mal pudiera borrarse
con un gesto o con palabras.



Lowry & co.

Encuentro con Lowry
condescendiente invita un trago, dos y así
y le digo que hablar bajo el Popocatépetl es ya sentir el mezcal
[antes de palparlo
y que nace de la imposibilidad de abrigar la tristeza de otro modo
como ante un niño recién muerto, me contesta Lowry desde la
[penumbra del bar
y sus ojos brillan, brillan temperados cuando me mira
y repite que así es en las noches de antiguos monasterios
y hasta en los claustros infames de esta infernal planicie de
[Quauhnáhuac
Lowry está bien vestido, oscuro de etiqueta, maldito en su lugar,
[oscilante, encorvado en su silla
sigo sus voz conmovido y le convido un cigarro y pide otra ronda
[de mezcal
¿así es siempre la misericordia en estas cantinas inimaginables y
[perdidas?, pregunto absorto a mi anfitrión
mira a tu lado, me dice, y de repente tres alfareros de rostro
[entristecido se acercan con jarrones medio llenos
y otros pordioseros sin piernas que beben tequila de un cáliz de
[barro se ofrecen a acompañarnos hasta al alba
que bebida no falte, compañía tampoco, repite Lowry
y pide un brindis para estos monjes taciturnos
recita a Goethe: “Al que sin cesar se esfuerza por ascender ... a ese
[podemos salvarlo”
me habla de desgracias, desgarros, dice que nunca escuchó un tango
y de pronto, su fría belleza de junquillo deja al descubierto la muerte
cada grieta de su rostro, esa criatura abigarrada y sensible destila
[toda la creación en un instante
y se ríe, todos se ríen con dulzura y júbilo, me río con ellos
¡Salud! ¡Salud!
como verás —me susurra nuevamente Lowry— la sed es un lento
[proceso de demolición,
yo me dejo llevar, en la noche, ya el día
¡Salud!
Baco ríe con nosotros cada vez que levantamos las copas llenas
y todos miramos hacia el magnífico y gigante Popocatpetl.

Elena Anníbali



Madre

Mi madre, la Esquiva, la Lejana,
la perra blanca con sus tetas de leche,
con sus dulces venas azules agigantándose en
[la noche de la fiebre,
trepando las paredes para chupar mis sombras,
con su hermoso pico rosa, con todos sus brazos.
Mi madre tiene saudade de las ciudades que ha
[dejado atrás,
de donde le viene el cabello negro, suoi occhi
[de guerra.
Viene levantándose desde el poniente,
una Galatea de las esferas, que rueda sobre el
[mundo,
que lo impregna brevemente de sus perfumes,
y desde entonces, nada existe, sino su raza
mezcla de bestia e inglés,
nada, sino sus cacerolas trashumantes, sus
[estropajos,
las vendas con nuestras sangres que guarda
[como sudarios.
¿Será ella, ese violento olor a almizcle que
[anuncia la mañana?
¿Dónde se anuncia su heredad en mi cuerpo?
Y a partir de la pregunta, aparecen las
[cicatrices, las alas,
la sal bajo la lengua, ese como a olor a humo
[y a calandria,
y todo el resto, todo, como una triste
[Barataria de sueños.

(de *Las madres remotas*)

La creciente

esa noche llegó la creciente y trajo
muebles viejos, mugre
de los canales vecinos
botellas
víboras

se va a llevar todo, dijo
mi madre
y me imaginé los huesitos de enzo
flotando en la corriente, al lado
de los canteros de verdura
me imaginé su ropa última
roída por las polillas y la fiebre
sus uñas crecidas
las hebritas de pelo rubio
entre los alambres del portón

entonces me apuré a encender el sol
de noche en la cocina
a tapar la puerta con las bolsas de arena
esperando que la muerte no pasara
que siguiera el curso del agua
hacia el naciente
donde las tierras son bajas
y crece el aleppo
y la enredadera azul

(de *tabaco mariposa*)

1

Es la siesta. Tengo, sobre mi corazón,
el libro de Ishiguro *Never let me go*.

En la penumbra de la pieza, flota la mariposa gris que de noche
roe la ropa y hace el mismo ruido que los muertos hacen
cuando escarban los muros.

La veo golpearse contra el vidrio; su cuerpo es un solo ojo
hacia donde ella cree está la salvación. Y entonces digo
Señor, no me des la esperanza, la fe.

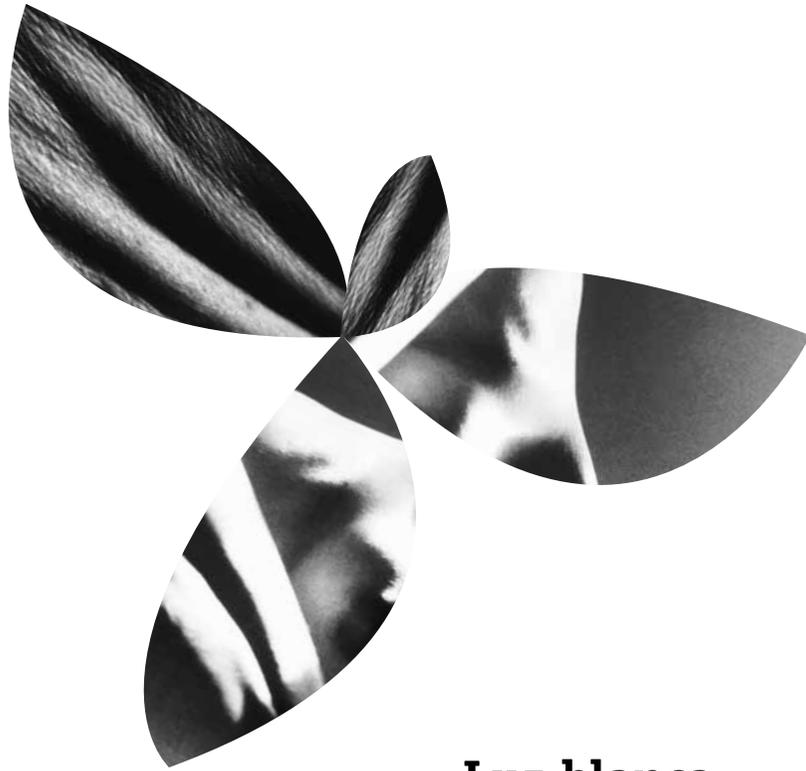
*Señor, no permitas que me quemé en la luz aparente
de los faroles a gas. He aprendido a caminar en la sombra,
a encontrar mi ropa, allí, el vaso de agua. He aprendido
a no tropezar con los muebles.*

No me hagas pensar ahora, Señor, en el fuego.

(del libro *Quince- Antología de Poetas Mujeres de Córdoba*)



Tomás Watkins



Primero

Algo,
no digo todo ni lo mejor del mundo,
lo que espera a la vera de occidente
cubierto de frágil apariencia,
el amor como remedio,
la carta y la siesta,
algo,

dos o tres kilos
de lo que se lleva, el vértigo de eso
que tiene un para qué, luna o algo

para tu dama y su cartera,
la boca en lo que quema, algo

en la cima del socorro,
en tu gesto inolvidable

Luz blanca

*Devolver la luz supone
taciturna mitad sumida en sombra*
Paul Valery

Un perro ladra
cuando entiende ver: nosotros perdemos
trabajo y balance. No es el sábado
ni el cementerio, esta hora blanca,
acaso efímero, lo que dura es *justicia*
para decirlo bien, no hay pose
ni artimaña vana o plástica, es necesario,
el ladrido y no el perro es necesario
para imprimirle razón a esta mudanza,
pobre ilusión, pobre de aquél
que rasca donde no pica:

pobre del que espera
de la noche comprensión

Eliana Drajer

Segunda intención

2

Le saqué la tierra
Le cambié las rueditas
Le pinté los abollones
Le arreglé la radio
Le tapé los agujeros
Le asenté los frenos

Y lo dejé a punto
para llevar a pasear
a la próxima víctima.

La mami de muñequitachocadora le compró una bicicleta. Está entusiasmada con el regalo. Pero no me la presta. Yo sigo usando un monopatín de mi primito hasta que mami pueda comprarme una bici. Le pedí que fuese rosada. La de muñequita es negra y tiene calcomanías de esqueletos por todos lados. No me gusta. No me voy a subir. Lo decidí ayer, cuando muñequita se movía sobre el asiento paraadelanteyparaatrás-paraadelanteyparaatrás mientras reía.

(de *muñequitachocadora*)

no desearás la mujer de tu prójimo

no me trató no como chocolate no me examinó
no sobre la lluvia no me quitó no la seda no me
robó no el goteo no se le cayeron no las naran-
jas no me dejó no un despacho no fue no buen
retozón no y nunca no supo que no le miré no
los ojos no justo no cuando creyó no eclipsar.

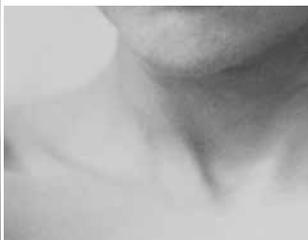
(de *Antología de poesía y prosa mendocina
contemporánea*, 2009)



hombrehielo

el hombrehielo. el hombre es de hielo. la montaña muestra su pequeña herida. al hombre le pica una hormiga y no se rasca. el hombrehielo. el hombre cubito. el hombre cubre los hielos. pero el hielo es eterno y no siente frío. el hombrehielo se mete debajo del hielo. muestra la mueca que abre caminos. caminos de hiedra encantada. la niñaencantada por el hombrehielo que parte cubitos. el hombre de hielo que parte. que parte cubitos. cubitos de niñaencantada. la niña en el congelador. la niña en el congelador mira como parte el hombrehielo. y el hombrehielo duro. y el hombrehielo mira a la niñaencantada. y la niñaencantada se derrite. y el hombrehielo ríe y se dirige hacia el próximo polo. allá lejos y por un tiempo.

(de *Antología de poesía y prosa mendocina contemporánea*, 2009)



Tony Zalazar

Hallazgo

*Ebrio de una piedad casi impersonal,
caminé por la calles.*

J.L.B.

Yendo en auto pensé en los poetas
en esos seres que ni la muerte frena
qué es un poeta pensaba
y un semáforo me detuvo.
Instantáneo el limpiavidrios
su agua
su espuma
precipitó sobre el parabrisas
Qué es un poeta pensaba
y el niño escurría la mugre del vidrio
el polvo que la velocidad levanta
de los urgidos laberintos
—en segundos hizo de la transparencia
su oficio—
el poeta es un reloj
un reloj de piedad se me ocurrió
y extendí la moneda presta.

Cuando el verde me dio paso
lento fui soltando el embrague
y lentamente hundí el acelerador,
el sol entraba mejor en el auto
y el motor
indiferente
me alejaba del hallazgo.

(*inédito*)

II

*A veces la muerte parece lógica / y se presenta
en huesitos de tus abuelos.*

En las noches de cielo limpio
mamá peinaba, en sus regazos, mi infancia,
y marcando desde el patio una estrella
aquel es tu abuelo me decía
cuando morís te vas al cielo
y *tu alma se hace estrella.*

Gracias al rito de su amor
la muerte sólo fue una luz
que distante iluminaba mis noches.

*Y en la muerte de un ser querido / nacen ojos
como estrellas para el cielo.*

(de Quherencia, 2009)

VI

*Hay animales /que con la muerte de su amo /
se mueren también.*

Miro una foto de mi padre
y comprendo por fin a mi perro
que de ojitos diluidos y temblante
vuelve de sus revolcones en la osamenta.

¡Cómo huele y cuánto duele esta distancia!

*La necesidad de empañarnos los ojos /que tienen
los muertos/ nunca la podremos saciar.*

(de Quherencia, 2009)

Raúl Aráoz Anzoátegui



A veces disimulo y no escribo

Tengo un frasco de tinta
que escribe esmerado sobre el tiempo.
Es un frasco celeste
 como esperanza arruinada por los buitres,
es un frasco de adobe
 que repite al hornero enaltecido
 por el martirio constante del asfalto.
Tengo un frasco de tinta.

A veces me descuido
y un río de palabras ahoga mi alfabeto,
 desborda los contornos
 de este estuario,
y el frasco se me agota.

A veces me equivoco
y en vez de poner tinta
descargo el contenido de mi pulso
 y el frasco se ennegrece
 como el corazón de dos amantes
muertos
 a la hora de amar.

Tengo un frasco de tinta.
Me da pánico que el miedo se lo robe.

(de La soberbia del monje)

Profesión de fe

En Salta creemos
que no hay nada mejor
que
 escribir un poema,
 destapar un buen vino
o fornicar con morenas
 de esas que te muerden
 cuando se suelta el orgasmo.
Creemos que en la tierra
se esconde un terremoto
y que la esterilidad es un problema ajeno,
 propio de los peces.
Creemos en el sol,
 en el folklore,
 en la virginidad porfiada de las niñas del centro,
 de las que van a misa.

Hay algo, sin embargo,
en lo que no creemos.

Sabemos que la angustia es un suspiro
de los gorriones que se sientan a contemplar los muros
encima de la cruz del San Bernardo.

(de *La soberbia del monje*)

Dispersa la memoria

Dispersa la memoria en la sangre del músculo:

la lengua, el músculo que habla
con la cordillera de los muertos
(¿cordillera absoluta, eternidad?)

Ejercicio del profeta:

 fijar los ojos del pasado
 en el sonido de las rocas
 chocando con el agua.

Otro ejercicio:

 con el corazón en luto
 trascender el tiempo
 y colgarse del dolor.

 Mi lengua habló (¿hablaba?)

 porque todos querían saber si nevaría,
 si llegarían guanacos.

 Narrador del futuro,

 ¿trazarán estas palabras la caída
 de una estrella fugaz
 invocando a los muertos?

 (de *Nadie enduella su voz como plegaria*)

Alberto G. Fritz



La edad de mi padre

A los cincuenta años
ante la tumba de mi padre

hablamos
de lo que no pudimos decirnos
cuando él era un adulto
y yo un niño

el sueño de la muerte
igual a las edades
ese es el único beneficio de la huesuda

lo demás es dolor

no sé si entendés
Occidente sigue jodido
un enfermo terminal que ríe
en una cama de hospital
mientras pide mujeres y champagne

tampoco tenemos ideales
por un poco de comida y cierta comodidad
vemos pasar los muertos
desde la mesa del café

salvo que ahora
no tenemos un Dante ni un Borges
ni un buen hijo de Shakespeare
que describa con belleza estos hechos

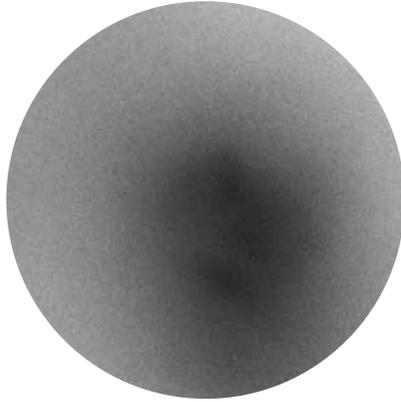
dejo en la tumba
un ejemplar de El Gráfico
ahí
hay más poesía
que en estas anotaciones

un lenguaje de felicidad
para la derrota
seas del equipo que seas
porque si te fue mal
existe la revancha
el próximo domingo

y con la muerte no

terminados los 90
aun con posibilidad de alargue
las luces se apagan
los espectadores se van
y uno se queda solo
con el triunfo o la derrota.

Verónica Padín



Wiñoy xipantu (La vuelta del sol)

Hace un rato que empezó el invierno
temprano salimos de casa
dejando la noche en taxi
los vemos hacer pis en el rincón de un local para cumpleaños de niños
una pareja se besa y se apoya en las paredes de una escuela secundaria
la policía quiere atraparlos a todos pero nunca puede
hay demasiados rincones en donde esconderse
el frío no se siente
la lluvia no se escucha
pero hace frío y llueve

la edad cansada se aparta
aún no sé si es su muerte o un contrato provisorio de tres meses

caen flores en la película serbia
caen flores en la película japonesa
las hojas ya cayeron en la historia que cuentan mis ojos.



Silvia Renee Mellado

Moneda Nacional

(fragmentos)

las de su misma clase la culparon
cuando ahogó el niño en la letrina
y es que donde nacimos
nunca hubo un mísero azulejo art nouveau
por eso tampoco tenemos caché para matar
reciën nacidos

pero fijesé que lo mismo nos ordeñan nos
miden los fluidos es por eso del líquido que
nos leen

y siempre hay
un flujo una agüita
una sangre devenida en combustible invisible
para una sociedad ajena
al mundo que habitamos

en mi pueblo
las madres
a menudo
nos entregan maneras de perecer
o comportarnos atentas
humildes y silenciosas
sin embargo entre la espuma
de los jabones y los mantos
de las cebollas
se escurre alguna bronca
reprimida

como si no supieran hablar
o se convirtieran
en perversas maestras samuráis,
enseñan de modo críptico
y doloroso

y quienes recibimos el mensaje
huímos
lavándonos tanto
esas orejas
atestadas de relatos
listos
para derruir



Ricardo Costa

Una naranja

EL cuchillo recorta circularmente la naranja bajo su cáscara.
Hace correr el jugo entre el filo y la pulpa, marcando el cauce de un camino líquido que rodea a la fruta para venirse a tu mano. Viéndote ejecutar esa maniobra, pienso que algo terrible ocurriría con mi corazón si tu apetito cayera en desgracia.
Ese movimiento giratorio, ese descascarar en crudo para llegar al brillo de la pulpa, daría con la parte más débil de un hombre y la desnudez de su sangre brotaría hasta manchar sus ojos de la manera más vergonzosa. La diferencia la marcaría el ángel que mueve tus manos.
Porque la fruta gira entre tus dedos para que su carne se abra por entero a la luz.
En cambio, un corazón se pudre si no se lo corta en el momento preciso.
Queda dudando lejos, cavado en una ruina oscura, a treinta y cinco centímetros por debajo de la boca.

Ese perro

Justo la espiga flaca de la sílaba es la que destaca
el perfil de tu nombre.
Hace poco la tallé sobre un tablón abandonado de la fábrica. Pero a la semana, los muchachos lo cortaron
para mejorar la casita del perro.
Vieras qué contento se pone el cachorro cuando sale a saludar.
Corre con desesperación hasta tensar la cadena.
De a uno los eslabones traquetean contra la madera que te nombra.
Y el Simón se queda expectante, apoyado sobre las patas traseras
y con los ojos cargados de lágrimas.
Qué fea costumbre la de amarrar a los animales.
Es como negarte la palabra que tenés al alcance de la boca .
Para colmo, cuanto más tironeás, mayor es el ahogo que te acerca
a lo deseado.
Así es como se domestica lo incorregible.
La cucha está bien construida. No falta la ración diaria,
y de vez en cuando alguien te palmea con sentimiento.
Lo que no comprendo es por qué la terquedad del tironeo,
el afán de ir a buscar a quién en la noche e insistir en el silabeo,
en aprender una lengua que ya no te corresponde
y que sin embargo sigue allí,
intacta en su escritura.



Aldo Parfeniuk

Poetas en tiempos de mercado

(no hay poesía más alta que el silencio...)

Fragmentos inéditos

II

*Un poeta es un ministro del silencio necesario para
curar todas las víctimas del absurdo en que yacen
agonizando de alegría artificial.*

Jorge Teillier

quieren ir para arriba
cuando lo que la poesía quiere
es ir para abajo:
la poética del pozo, que sólo se oscurece
cuando llega al agua clara

la del Yuspe
que va ahondándose
de caída en caída

quieren ocupar el centro:
olvidaron que la poesía tiene su lugar
en las orillas
casi en las afueras de todo
desde donde empujan las fuerzas de lo que fue
y será
porque si algo sabe la poesía es que no hay
otro centro
que el ex
que el pro

centro

que su verdadero lugar - *utopos* -
sigue siendo

ningún lugar



III

*un poema no es más
que la felicidad, que una conversación
en la penumbra, que todo
cuanto se ha ido, y ya
es silencio.
Eliseo Diego*

ignoran que no hay frutos grandes ni vistosos
como para decir ; he, miren lo que tengo..!
que sólo vale
contar con unas pocas raíces fuertes y
sedientas
y una austera copa bajo cuya sombra podemos
respirar
el silencio de los brotes
de las inminencias

de lo que va a vivir
no de lo que se está muriendo

les cuesta entender
que no hay otra manera de llegar a las cosas
que renunciar
a las cosas

y que para llegar a la palabra
hay que dejarse llevar por la palabra
hasta cuando/donde/ aún
ella no era
todavía
palabra

porque la palabra del poeta (la que se resiste
a morir intoxicada en la epidemia
comunicacional)
es la que muerden los que no pueden hablar
la que eligen no decir
aquellos que

por saber
saben que su decir sería
nada

porque

sólo se trata del sentido que aprietan las
mordazas
puestas por los gendarmes
de la claridad y la distinción
los guardianes del orden
de la razón y de las ciencias
puras duras y semiduras

y eso es

silencio silencio silencio:
esa espesa sombra
en la que todo se nombra

escuchen
escuchen bien:

:.....
no hay poesía más alta que el silencio

no hay silencio más hondo que la poesía

aunque para decirlo hagan falta
—todavía—
demasiadas palabras.

Griselda Gómez

Andalucía nueva ignara

(Fragmentos)

Andalucía nueva ignara hogaña y antaña
 Es pradera sin agua
 Loma morro que reptaba bajo
 Vientre bajo fondo
De madera seca y ensenada de cuervos
 Pájaros repetitivos rastros
 En el ápice de los balcones
 Polizones en crestas de iglesias
 Igual que hace tanto
 Deshidrata con sus mojados
 Adoquines y alquitranes
 Correderas corrimientos
 Promete historias e histerias
 De mal calizo y calicanto
Lo digo porque la he cruzado
 Con himnos insignias
 En las burguesías monacales
 En los pobres tejidos y bordados
 En el borde y el tejado
Lo digo porque sé de lo que hablo
 No escribo yo la trama
 Ellos la hacen
La prédica es réplica reforma súplica
 Campanas deserción y drama
 Volver y darse cuenta
 De cuántas almas
 De cuántas penas
No nos deja poner ni súplicas ni rúbricas
 Y si exilio padecemos
 Ella armoniza nuestra ausencia
 La idiota resignación resentida
 De títulos y premios

Lo sé porque la he cruzado
Con mi gabán gris y forro de tafeta
Y en el correo o la estafeta
Mandaba poemas
Mandalas a los amigos
Vulnerables cortados doblados bah(...)

Hoy dormidera limosnera
Ayer no recordarlo
 más allá hace tiempo
Celdas castigos de los ellos y las ellas
A bordo de pies y membranza
Entre san y deán
El recuerdo intacto preservar
Una recova hospeda las palabras
Por un tiempo
Después...
Desde el gabán gris pasaron algunas décadas
No cambian los aromas
Ni el color de las palomas
Grisés marrones y blancas
Uniformes
Informes quedaron tapados en san y deán
En el campo en los setenta
Los cuerpos a la cal a la sal
Inteligencias multiformes
Se llevaron
Corro ahora corro hacia viejas tipas
Negras y amarillas
En copa y tronco
Caen de sed sobre los muros
Corro a sabiendas de esa sed

Hernán Jaeggi

El Atelier

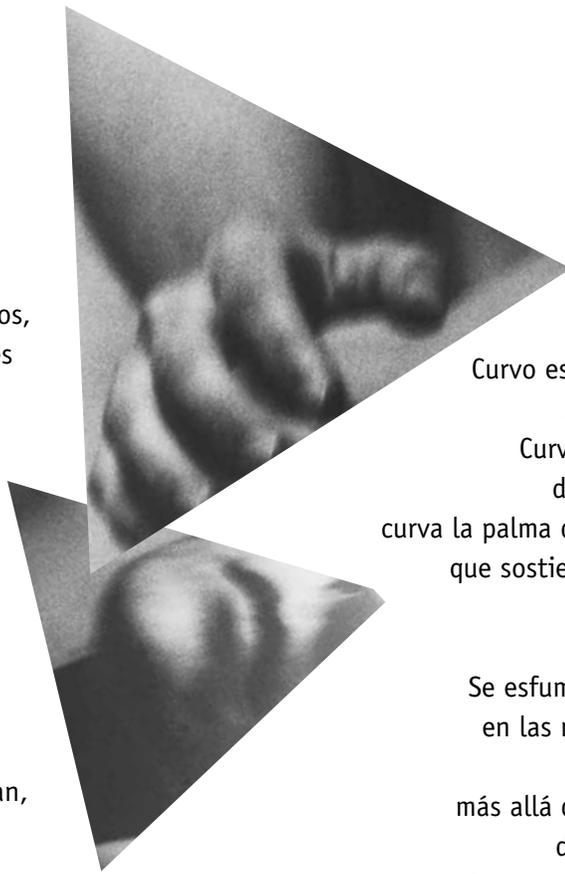
a Carlos Alonso

Los ojos construyen catedrales
más espléndidas que las reales.
Sólo pintando puedo ver cuánta luz
hay en esta oscuridad.
Entro en el cuadro viviendo a muerte
donde cada trazo es un minuto menos
de vida:
la tristeza ocre sobre los oscuros amarillos,
escarlatas, cobaltos y oros en apariciones
y combinaciones fulgurantes,
el azul gris, caliente, blando
hasta volverse sombra,
los suaves verdes de los trigales
que parece océanos.

Mis pinturas buscan la mirada
del otro:
las manos anónimas
de desfigurada humanidad
que dejan una señal roja en los que pasan,
el fuego íntimo del infierno
que se ve como una casa abierta
en la noche,
los colores que crean las cosas.

¿Cuál mitad de la vida es la verdadera?

(De "Vincent", 1994)



II

Curvo es el vientre
de la pipa.
Curva la danza
de la llama,
curva la palma de la mano
que sostiene el peso
del calor.

Se esfuma el humo
en las mil vueltas
del aire,
más allá de la curva
del tiempo.
La mirada se curva
bajo el párpado
del sueño.
Curvo es el cuerpo
que se inclina
hacia su sombra,
donde toda curva cierra
el círculo.

Alejandra Méndez

Caracola

Tenían quietudes azules/sus ojos
cantábrica profundidad/ marítima su alma
inaccesa/ toda alma todo cielo toda vida/
caracola en movimiento.

Tenían la ductibilidad de los vientos/ sus vientos.
Me miraba su historia —abuela— como queriendo
salirse de usted.

De niña entendí/ solo viéndola mirar/ que todo
es un acantilado lejano.

El poema debe dejarse morder/por un hombre casi/
como en el silencio.

El afilado cuchillo de la escarcha/ llama a la puerta elegida/
entonces: el sentido (sin) de las cosas/ llanas [hablan
por su cuenta sin decir/ nada de la plegaria que atardece
con la sangre.

Penetrarán la noche/ el frío/ en (ti) nieblas.

De allí el vacío y la letra con la daga.

Es como la madera misma del ataúd, que los otros soñaron
para uno.

Las cuatro esquinas de la cruz/ que cargaremos en gozo/
por la calle incorporal.

Se termina/ la última palabra/ del último verso/ de la última estrofa.

Todos los días, es el fin del mundo.

De la manera en que me salvo

No uso reloj en la muñeca

(es triste el mundo de los ajustados)

No uso gafas oscuras de sol

(es triste el mundo de los escondidos)

No uso paraguas de la lluvia

(es triste el mundo de los protegidos)

Me salvo así (o eso creo)

De pensar el control de los objetos,

De pensar la distancia de los otros,

De pensar que la lluvia es una maldición.

Alejandro Pidello



Fatal Ángela

A mí estas estrellas me llevan la muerte
—pensaste—
parada como chica de la nouvelle vague
en esta calle Monseñor Cabrera en el cruce
con Juan XXIII, como que de más de tanto
repulgue en la vida católica
o con más de insectos insecticidas
que de bendición papal.
A mí, que amé el mundo
me volaban tus zapatos rojos con tacos finitos
o infinitos si se tomaban en la escala de los
premios de familia
con viejas palabras como burguesa
llena de fruta
de esperanto
y de nafta.
A mí también, estas estrellas me piensatizan
la muerte
de las vidas
de los sistemas de signos como tu escritura
cuando te pesabas desnuda
o del alfabeto sarcástico de los sordomudos.
A mí, me hacen la muerte
como murió Fellini
de desasosiego en las esperas,
de turbulencias en el perfume de la oculta
magia de la materia sublime.

David Alberto Fuks

Poemas

(fragmentos)

*Escribir sobre la Shoá, sobre las atrocidades.
Incomodidad de la labor amorosa
que testimonia acerca del odio. Adana, Birkenau, Ruanda no detienen mi escritura.
Se sabe, la memoria engendra a las musas.
Me rezagan, si, algunas dudas:
¿Con qué tinta, con que pluma, con que vigilia
transcribir las crónicas trazadas con sangre?*

1

Las imágenes pequeñas, palmarias
son aves sedientas que aran la puesta del sol.
Sagas mínimas que se inician,
legrando las palabras,
como un chispazo de yesquero húmedo,
azotado sin la combustión de todos los vientos,
mientras en el lugar de los deseos manumisos,
roen la acera los primeros jazmines,
se alimentan inútilmente del fango de los
[odacantos,
imitan la jactancia de la naturaleza muerta,
cuando ésta es lapidada e insepulta.
Por riesgo de que esa fugacidad fugue,
tan sagaz como el peje,
es preciso tomar como rehén
aquellos indigentes vislumbres
hasta que retornen las palabras precisas
descarriadas hacia el olvido redoliente,

retenerlas aunque vengan llagando
como soldada de mendrugos
diferida al fondo cavernoso de la olla.
Y decir y decir y decir
antes que la vida se derrame
áspera por los cenagales
como dice quien le arrebató la voz a Dios
e interpreta
una porción semanal de las Escrituras
para no vivir penando la espera circular
del retorno hecho fumarada.

Este recelo agobiante como *ars poetica*
[inmemorial
cegó los ojos difuntos,
desamarrando finalmente la perra de la ira
de quienes sepelidos contemplaban
las hediondas volutas de Birkenau.



Fabrizio Simeoni



Fibras de Sharpey

un ligamento espirado de anatomías
dentales siembra en el pollo las hormonas
que conectan el sexo con la intimidad
del turco y su librería encerada,
para deshuesar el silencio de los alveolos
otros útiles escolares de temporada láctea
y la moneda mordida bajo la almohada
reclaman mandíbulas estridentes
y algún billete consagrado al horno de barro
donde confluyen las encías superiores
con un músculo de carne seca en el mismo muslo
de Ligia y tres amigos del padre que prefirieron
pechuga detrás de los estantes
de cuentos infantiles

Estómago 36

La inmunidad del delantero abstracto
arranca el resfrío de la red del velo
en el descenso menos pronunciado
por el estado de alerta de la arritmia
que mata un hincha en la platea alta
antes del último fallo que será en definitiva
la dialéctica sonora de la muerte
en la cancha de la pierna contorsionada
y la herrumbre del hombre de expiación
contigua a la oscuridad
enmarañado por su propia danza butoh
que elimina el cálculo y recobra del cuerpo
atinente al tiempo doloso cuando el vientre
materno se frustra
su agilidad.

Fernando Belottini

La montaña blanda

Piso la montaña blanda
es algo que parece mucho
y es poco.
La piso y se hunde
quiero treparla, se aplana
Es un globo que inventé
para no morirme
Se mece y me arrulla
cuando me siento
sobre las ramas de sus árboles falsos.
Me perturba, no lo niego
su falta de naturalidad
su poca experiencia.
Quiere ser trepada
sin tener relieve.
Se presume majestuosa
dice que tras de sí
oculta el sol
y solo consigue
mostrarlo
porque además de ser blanda
es transparente.
A través de ella pueden verse,
desordenadas,
las invisibles ciudades
de Calvino.
Sobre ella soy parte de un horizonte
donde sí hay un sol
sin este ni oeste
es solo una moneda
a punto de amanecer o atardecer
en esta alcancía que es el mundo.

Lo que las piedras dicen

Tanto a mi hijo como a mí
nos gustan mucho las piedras
también a mi padre
sospechamos que guardan algo
en su memoria
y que han visto lo posible
desde la inmovilidad
y podrían contar
atractivas aventuras
Nadie nos dijo que así fuera
es un augurio genético
y lo vamos transmitiendo
cópula mediante
de generación en generación
Cuando mi hermano
venga a visitarnos
sé que saldrá a juntar piedras
y dirá ¿viste esta? ¿y esta?
y traerá las que supone
fueron árboles o raíces
o querrá encontrar incrustado
el resto fósil de un pez
o de un escarabajo
y se las llevará a su casa
más allá del peso y del color
o de que antes hayan sido
pez, vegetal o escarabajo
y por las noches
esperará en silencio
como los demás
que ellas le hablen.

Florescia Giusti



Voyeur

La calle se transforma en infinita
nada sucede más que en los ojos del hombre
atrincherado en su ventana,
saciando su sed.
Hermosamente imperfecta sostiene sus senos.
¿Quién puede ocultar la alegría del hombre
que mira el encuentro divino?
en esta habitación,
los vientres parecen pájaros,
desde la otra habitación,
el vientre es el mundo.
Nadie sabe la sed que atormenta al hombre,
la sangre y el poder de sus miembros
¿quién se despoja ahora del mundo? ¿quién
quiere vivir con el mundo?
¿quién es la mujer ardiente que se desnuda?
¿cómo colocara su boca cuando el poder se
concentre en ella?
¿cuándo se dejará divisar en mantos de besos,
como si fuera a comer de la boca del hombre
ajeno?
a quién pertenece su cerebro.
¿quién es el afable desintegrador de sueños
que le concede a la mujer sueño?
¿quién es el sátiro manipulador de esperas que
contiene a la mujer universal en sus brazos?
quién soy yo
¿Quién es el desposeído hombre que mira sus
senos y su vientre de pájaro?
El límite.

Gustavo Tisocco

Poema

Se reflejan en el agua
y son peces corriendo
ufanados del sol, de la lluvia.

La inocencia traspira
animales enjaulados.

Desde el pueblo
llegan los gritos,
ellos partieron, pero el eco de sus voces
endulzan amaneceres.

Me reconocerás cuando llegue
vestido de viento.

Te percatarás que era quién rezaba en tus
atardeceres
en tu arroyo color tierra
en la moldura precisa con que hilvanamos
el recuerdo.

Dejarás que me sienta ahí
donde crepita el fuego
y se escuchan todavía los eternos cristales
amparados por la lluvia.

Me reconocerás después de tanto tiempo
cuando cruje este cuerpo sediento que ahora
llevo
estas madrugadas
este deseo de reposar hasta el cansancio.

Yo he venido hasta aquí
buscando tu reflejo
ya no tengo las viejas canciones
ni el pelo rubio, los ojos nuevos
pero me habita un corazón de gorrión
y el descubrimiento de una tierra nueva
pintada de cielo.

Recuerda que amaba el viento
y de él me visto
para que al verme seas sauce
acariciando mi río



Jorgelina Paladini

A mi país

*Porque te quiero país de barro,
y otros te quieren,
y algo saldrá de este sentir*
Julio Cortázar

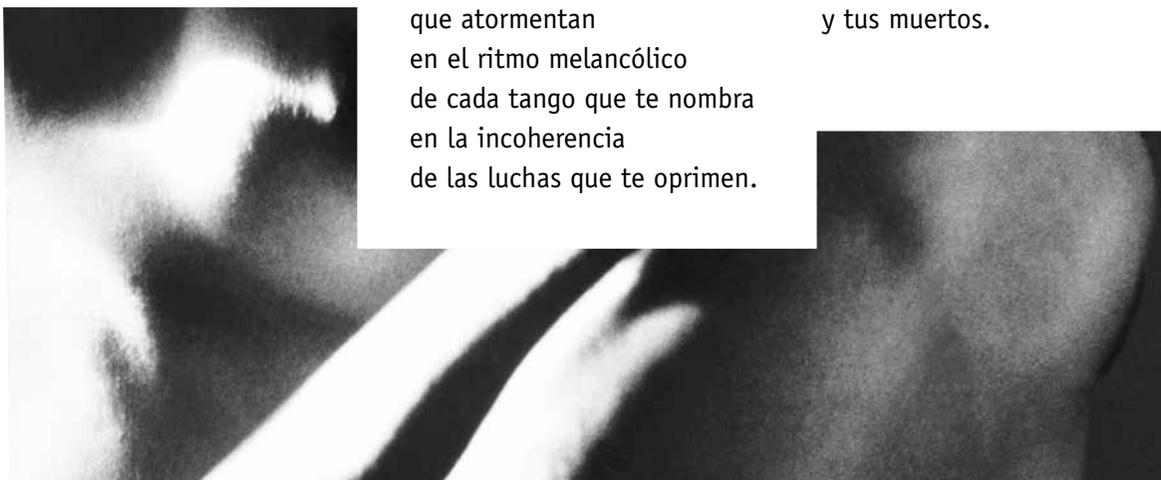
Te quiero
en el dolor de la distancia
en la dentellada seca
que lastima el vientre
cuando te pienso.

Te quiero en tu pasado
y tu presente
en el dolor de cada hijo de tu tierra,
en la sangre derramada
inútilmente.

Te quiero
en la generoso geografía
de ríos, de llanuras
de mares, de montañas.

Te quiero
en cada ser que habita
bajo tu cielo.
Juntos
somos patria
que late en el abrazo
de los vivos
y tus muertos.

Te quiero país
en los desbordes de nostalgia
que atormentan
en el ritmo melancólico
de cada tango que te nombra
en la incoherencia
de las luchas que te oprimen.



La hora de las brujas

A Agustina

Es la hora
en que las brujas
deambulan por el mundo
torciendo el pensamiento
de las gentes.

Me pregunto si es por eso
que siento
tan irrefrenables deseos
de volar.

Juan Meneguín

Pampa de Salamanca

(Fragmento)

Tengo una agenda de números muertos,
calles y direcciones y ciudades que jamás visitaré
y están muertos no sé desde cuándo ni cómo
ni por qué,
ni por qué están muertos en esos papeles
los teléfonos con sus números, con sus distancias,
pero cada tanto un trazo de grueso lápiz,
como un trazo de participio pasado,
elimina un nombre, y el papel se va decolorando
a medida que se colorea año a año,
tiempo al tiempo,
y distancias que ya no medimos en rutas sino
en olvidos.

La copa quedó sin concluir en aquella mesa.
El fuego quedó sin extinguirse en aquel hogar.
Un suéter dejado en otra casa. Unos zapatos
perdidos en algún hotel
cuando caminé una ciudad desconocida
y nocturna
hacia terminales de ómnibus que no vuelven.
Las fotos de ya no sabemos quiénes
aunque levemente recordamos una época
por el registro de su entorno, el ambiente,
la vestimenta.
Un camino que de pronto se curva entre árboles
por donde habremos pasado alguna vez.
Los labios que nos despidieron en la noche
y todo fue tan turbio con niebla en los
fogones y junto al río.
El abrazo que nos dijo —que nos pidió—
que volviésemos en la próxima primavera.

La caricia de una mano que a veces recordamos
en la próxima primavera porque la mano olía a
primavera—
Pero de pronto cae una marca sobre un
teléfono que no responde,
sobre una calle que sentido no tiene ya
y no sabemos por qué ni desde cuando,
y en la fotografía la imagen está velándose
desde entonces
y el suéter, que era rojo, ahora nos parece cobrizo
como liquidambar al otoño, y ya no sabemos,
y no importa ya—

Hace tiempo mucho tiempo que no miramos
fotografías.
Hace tiempo mucho tiempo este cuaderno
de números
viene ilustrándose con fechas ciudades
y nombres suprimidos.
Pero igual digo: en abril volveré a tu ciudad
pero ese abril pasa y el año se hace viejo,
y pasa otro abril y el año se hace viejo,
y al siguiente abril ya recordamos
que hubo un verano,
que fuimos apenas un sonido solitario en una
ruta solitaria



Leandro Lull

Dos nenes

Hay dos nenes en la fuente de enero.
Juegan con el agua
que fresca y lúcida brota
de los pechos de las ninfas
y da sobre las caras.
Polvo de ladrillo en los caminos,
asfalto más allá de los pinos,
pero en un centro claro, dos nenes,
su plena ternura brillando,
mientras las ramas
en un verde se elevan, prometen llevarse
por siempre la crueldad,
la cal entera
de todas las ciudades.

En el zoológico ve una pantera y recuerda

En esa pantera la luz que entra se pierde
por el tobogán de los ojos yendo
de vértebra en vértebra hasta el extremo
de la cola y desaparece
como un destello apagado entre el pelaje
ciego, pero
aquel residuo que tajea la pupila,
aquel fondo por el cual también caemos,
no se borra, cintila
una, otra vez, aunque negro,
brillante, aunque liso,
profundo, y trama un relámpago a través
de la reja que no deja de decir acá hay algo
más que un recuerdo imposible, acá
está la espesa, frondosa vida descansando
en la carne,
los ojos,
los huesos.

Marcelo Leites

Otoño

Los árboles dejan caer sus hojas
retoños de una estación perdida.

Hay demasiada niebla todavía.

¿Sentiste alguna vez
que hacía falta romperse
en mil pedazos para decir
la palabra yo?
Hay una mañana que se abisma.
El sol sube al centro exacto
del cielo y los rayos
caen perpendiculares
sobre la tierra.
Tanta luz me enceguece,
me deja solo con mi sombra.

¿Sentiste tu cuerpo
como una balsa
moviéndose en el río
estancado de la mente?

Una bandada de golondrinas
atraviesa el cielo. Cada una
pendiente de la otra, cada
una apoyándose en la otra,
hasta que todo el conjunto
se vuelve un solo pájaro
volando el vuelo de todos.

Mi mano escribe estos versos
¿pero es mi mano?
¿soy yo el que escribe?

Va cayendo la tarde
y todavía no tengo
ninguna certeza
salvo esta luz impiadosa
que cae sobre las cosas.
Hay un sauce en la costa
que aún permanece verde.

He vuelto a casa.
La mesa de trabajo
está en penumbras.
Insistentemente miro
la luz de una vela
y el movimiento de la llama
sólo es un ejemplo.



Mariana Vacs

Oclusión

Voy al dentista todos los días.
Llego en las mañanas y me pregunta,
¿dónde te dolió anoche?
y lima la muela,
hasta que ya no choque
con otras piezas. Como
si fueran asteroides
en el espacio,
mi dentista intenta que mi boca
sea un universo donde los vecinos
convivan sin lastimarse.

Voy a psicólogo todos los días,
observo,
y lima mis pensamientos
para que no me lastimen las noches
con sueños donde la muerte
me ama o yo la amo,
ya no recuerdo.



Distrito Federal

Tu ciudad tiene el cielo espeso,
sólo una estrella puja por volverse luz.
El azul no existe, ni lo imagino
en esta urbe de intemperie con manto.
Mi ciudad ya no tiene cielo
desde que estuve allá.

Patricia Cuaranta

Poemas

1

De la Babel antigua
tengo la piel

de la muralla china
la columna vertebral

del viejo Cuzco
las heridas y el origen...

se extinguen en un nirvana propio
entre las hojas
que perdí
en la tormenta de otra vida...

Cuando bebía las virtudes
de tus labios

cuando mirabas al desnudo
la carne trémula
y la sangre
cuando entendías todos los idiomas
de mi lengua
y no hacía falta abjuración alguna.

2

De parcas arcas
se nutren los párpados aciagos
que tu memoria
intenta descifrar

irremediable y bizantina
en pictogramas de anaquel
descubre el signo de la vida y de la muerte

en el reloj de arena
veo las horas sin el tiempo

rastreo la última
de las escenas encerradas

destrabo el cerrojo
y el candado de los gritos

extiendo sobre la tierra de mi infancia
el manto implacable de tu olvido.

De Retahilos, 2012, editorial Ciudad Gótica



Rodrigo Galarza

El inicio

Todo eso que se alza y expande dejó de ser
bandera
sin embargo como una anunciación
arde en los pechos de los que vendrán
no importa qué alquimia celebre sus sangres
ni qué insomnio aguce sus muertes
la conquista de lo inasible como única moneda
ha iniciado su viaje
y algo que yo era lo sabe
y algo que nunca fui lo intuye
habrá que desplegar los tambores
y tocarlos hasta el cansancio
hasta perforar la noche y encender las
antorchas
valdrán los nombres no las letanías de las
derrotas
no lo que ha dejado de ser bandera
ni el aliento que de pronto se descubre
peregrino
sino el perfume de lo que todavía no se ve:
el huracán desatado de lo leve
...

Viaje

A mi padre que me enseñó el amor por los
caballos
A Blanca, compañera.

He venido a beber de la sangre de los potros
y a contemplar cómo desde lejos pero en
mí
el tropel se eleva en la llanura
hasta oscurecer el cielo con sus pelajes de
invierno.

Has venido –me dicen- los temblores
con que la tierra recibe mis pasos.
Has venido me repiten las salvajes fragancias
que anunciaban las rebeliones
para explorar las estrellas.

He venido a beber de la sangre de los potros

Y ya el galope no sabe de lazos ni distancias,
de ciegos querubines ni de aliento
encarcelado;
ya el galope es un galope de truenos y
entreveros
porque has venido –dicen también
los pequeños murmullos del pastizal
exhalando sus oros bayos.

Y yo que soy él y ellos y que nada tengo
entre las manos
libre en la más hermosa sumisión
despliego mi fanfarria para cantar un reino

Antonia Taletí

En cuclillas



En cuclillas, encharcada
detrás de la puerta
en el rincón donde la hilada
culmina un proyecto de bañera
tiraste un toallón al piso.

Solo tu cuerpo sabía
memoria de hembras jadeando
jadeando sobre baldosas.
De pronto, vagidos
vagidos más fuertes
más fuertes
vagidos para sobrevivir.

Tu hermana mayor empuja y entra
demora en comprender
Matálo-gritaste-matálo
¿Gritaste matálo?

Noviembre ocho, llueve
hace frío
el agua castiga y deja
sin pétalos el rosal.
Estás callada.
A quién contar que otra vez él...vos
Y a quién le importa si las rosas se marchitan.

Húmeda
Húmeda
pegada a las baldosas
de la vereda, la hojita
aferrada al instante se ofrecía
humilde y sabia.
En el umbral, estremecida
yo esperaba.

Lucas Tejerina

Del Hijo

Le acabé adentro.

Por bronca
por impotencia
por resentimiento,
dentro
bien adentro,
por amor
por lo que nos hicimos
y lo que nos debemos,
porque no pudimos
dejar de querernos.

Porque estoy vencido.

Por nuestro pasado.

Porque soy un filo
que está sin cuchillo,
porque soy el nudo,
la estaca y el grito.

Le acabé adentro,
porque quiero un hijo,
porque la quiero
y porque no la quiero
y porque estoy cansado
y me siento viejo.





Por eso, y por cosas
que olvidar prefiero,
le acabé adentro.
Porque cuando pienso
en mi viejo lloro,
porque cuando pienso
en mi vieja lloro,
porque extrañaba
mi carne en su carne,
y porque estoy solo
y por las mil noches
que antes de acabar
suplicaba
que le acabara dentro.

Por hijo de puta.

Porque cuando pude,
pudo y quería
llenarse de mí,
elear su vientre
a la categoría
de los nueve meses,
me negaba siempre.

Porque al proponer
las demoliciones,
nunca me pensé
solo y demolido.

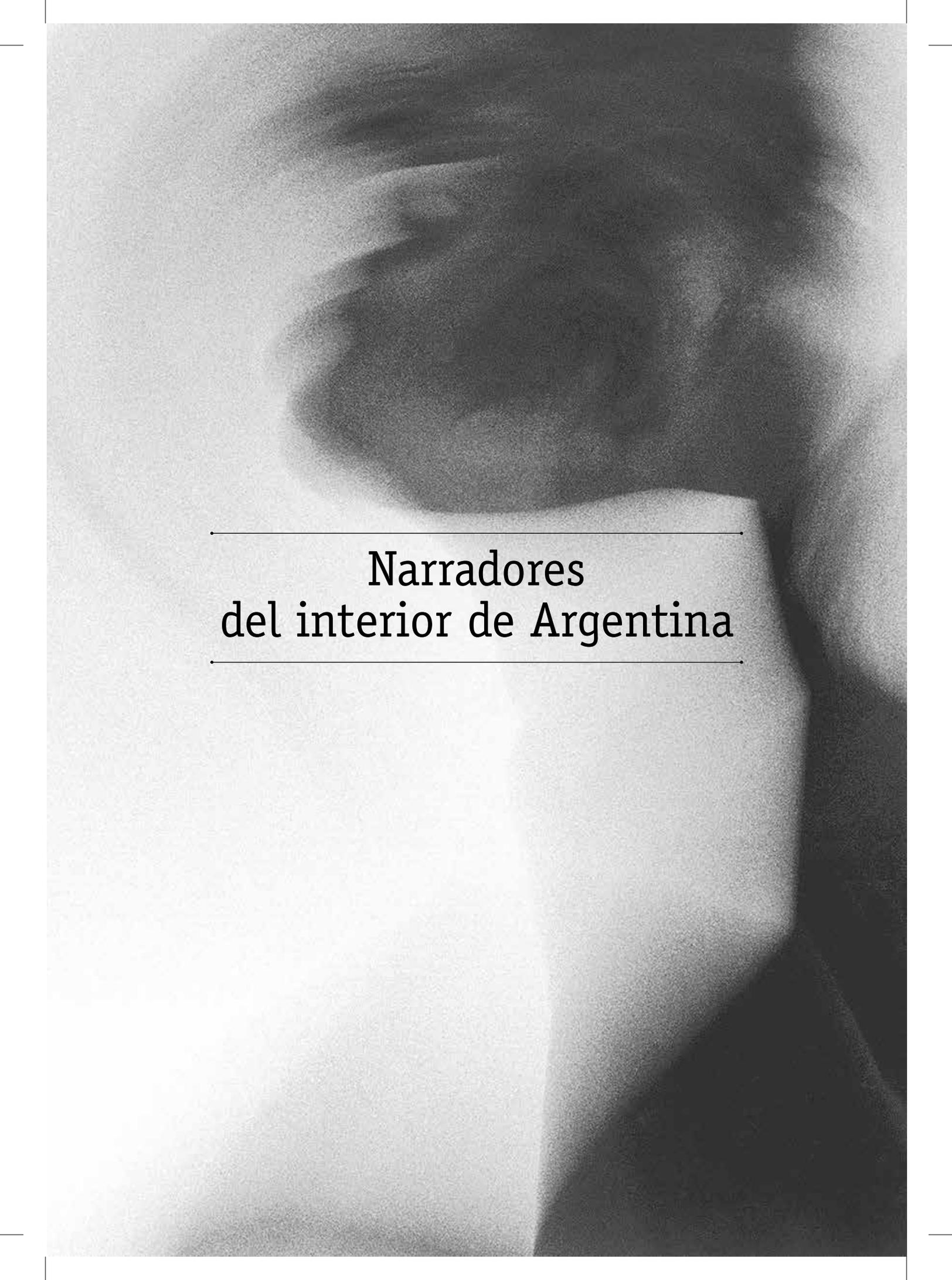
Porque no la olvido,
porque hubiera sido
diamante perfecto
muy bien escondido
dentro de la piedra
su hijo y mi hijo,
porque estoy buscando
demorar mi muerte,
porque las palabras
ya no me contienen,
porque quiero verme
en ese que viene,
porque ya no quiero
soñarme
de niño y anciano
que se encuentran siempre
y nunca —nada— dicen,
porque cuando hablamos
de llegar a viejos
ella estaba sola
y yo estaba muerto.

Porque hubiera sido
algo hermoso y bueno
que una parte suya
me acompañe siempre.

Bien adentro y mucho,
como una sucesión
de puñales secos.

Porque estoy enfermo
del mundo y su fuego
que me cuece lento
el amor y el odio,
y este pensamiento
que lame mi semen,
mi calva y mis huesos:
¿ cómo hubiera sido su hijo y
mi hijo ?

¿ cómo hubiera sido ?



Narradores
del interior de Argentina

Cuentos del Litoral Argentino

Graciela Aletta de Sylvas

La narrativa del Litoral argentino elegida para ser publicada en la Revista Blanco Móvil, implica, como toda selección, una dosis de subjetividad por parte de quien ha realizado este trabajo de búsqueda y lectura. La gran cantidad de autores con un excelente nivel de escritura sumada a una intensa actividad productiva, ha convertido la consigna de enviar solo cinco cuentos, en una tarea muy difícil de cumplir con idoneidad.

Angélica Gorodischer y Federico Ferroggiaro representan, desde la perspectiva de dos generaciones distintas a la ciudad de Rosario (Pcia de Santa Fe); Patricia Severin a la ciudad de Santa Fe (Pcia de Santa Fe); Selva Almada a la Provincia de Entre Ríos y José Gabriel Cevallos a Corrientes. Son escritores que más allá de pertenecer a una región del interior del país, exhiben temas y un estilo propios. Sus producciones, salvo algunos anclajes ocasionales de ambientación o de lenguaje de algunos de ellos, exceden lo regional para integrar el conjunto del mapa de la literatura argentina. A pesar de la doxa imperante en Buenos Aires que ejerce su habitual protagonismo y el rol que asume de una representatividad centralizada, nuestros escritores, desde una periferia alejada del ámbito de poder, se desplazan del “centro”, imponen sus voces y se hacen conocer, no solo en sus lugares de origen sino que muchos de ellos trascienden la “aldea”, anulan esta dicotomía y logran un reconocimiento en el ámbito internacional, traducido en publicaciones, premios, entrevistas e invitaciones de participación en eventos culturales y literarios.

Angélica Gorodischer, escritora consagrada local, nacional e internacionalmente, no necesita presentación. Toda su producción, variada en cuanto a los géneros abordados y la decisión de difuminar las fronteras que los separan, ha sido concebida desde Rosario, ciudad a la que ama y concibe como propia. Desde aquí hacia una apertura que se abre al

mundo, ha integrado encuentros y congresos en Estados Unidos, Europa y Latinoamérica, es objeto de ensayos críticos de parte de alumnos de distintas universidades que cursan trabajos de doctorados centrados en su obra. Su cuento inédito, *Piedras como estrellas*, rompe los límites de la realidad para crear con la magia de las palabras un universo fantástico que le permite a la protagonista mujer, —la mayoría de las protagonistas de sus cuentos son mujeres—, salir de las limitaciones del reducido lugar cotidiano que ocupa para viajar por el espacio. Un metáfora de la imaginación y una reflexión sobre el tiempo y la libertad quizás.

Patricia Severin nos entrega un cuento, *La ventana de papá*, narrado en primera persona por una niña que se encuentra ante la situación de la muerte de su padre, con quien termina identificándose. La presencia del campo que se materializa en los altibajos económicos de la familia y en las preocupaciones de supervivencia de la madre, representa un principio de realidad. La importancia del campo y del trabajo emanado de sus tareas es una presencia importante en la provincia de Santa Fe, que se caracteriza por la actividad agropecuaria. Severin, junto a colaboradoras dirige una editorial, *Palabravaba* que se dedica a difundir escritores santafesinos.

Selva Almada aporta en el relato *Los conductores, las máquinas, el camino*, narrado en tercera persona, en el que la protagonista es una mujer que trabaja en un obrador donde conduce una excavadora. El río de su infancia donde pescaba con su padre, se ha transformado en un río de asfalto. El recuerdo nostálgico es interrumpido por un accidente y una muerte horrible, que contrasta velocidad y auto moderno con el tiempo del pasado.

José Gabriel Cevallos nos ubica en *Influencias Peligrosas* en un pueblo chico donde las habladurías y limitaciones de sus habitantes creen encontrar el eco de sus propias historias reproducidas en los relatos de un escritor. Más allá de la geografía y del significado regional de la zona de Corrientes de algunas palabras, (como “camba” negro en guaraní), Cevallos plantea una cuestión central referida a los vínculos entre realidad y ficción. Se trata de una reflexión sobre el oficio de escribir que por momentos tiene un tinte cómico y paródico. El protagonista consulta su problema que le ha ocasionado agresiones de todo tipo, con otros escritores de otros lugares del mundo que además de balancear lo internacional con lo local, utiliza un recurso bien borgiano que consiste en buscar la verosimilitud del relato recurriendo a nombres de la vida real. Otra vez la realidad y la ficción se mezclan.

Ferderico Ferroggiaro, el más joven de la selección, intenta en el cuento *El plagio*, según sus propias palabras en el Prólogo, retomar, desde otra mirada, la idea de la conquista y la forma de ver y nombrar a lo desconocido. Se trata del monólogo de un Colón que indeciso entre la lucidez y

la confusión, se plantea que las palabras no le alcanzan para nombrar la nueva realidad. Y entonces se fascina con la ficción y los delirios de otro escritor y decide copiar lo que aquel farsante había inventado, para enviarles a los reyes el exotismo de la otredad que ellos deseaban leer. Este cuento subraya el triunfo de la ficción. Está publicado por una editorial local denominada "El Ombú Bonsai" que se caracteriza por sus métodos artesanales de edición. En julio Federico publica en esta misma editorial "La niña de mis ojos" dentro de una colección que se llama Raíces Aéreas, que surgió con el apoyo de Espacio Santafesino, programa que impulsa a las industrias culturales de Santa Fe.

Las construcciones discursivas de los textos que integran este corpus seleccionado no reproducen ni reflejan una imagen concreta de la región más o menos cercana a la realidad, como solían hacerlo los narradores del siglo XIX; en este sentido no es relevante la diferencia entre un relato fantástico y otro que no lo es. La difundida afirmación de Tolstoi: Pinta tu aldea y pintarás el mundo, no es privativa de estos cuentos donde se advierten escasas referencias regionales que anclarían el relato en un lugar dominado por la geografía. Salvo el cuento de Cevallos que sucede en un pueblo chico pero que hace estallar situaciones que podrían haber ocurrido en cualquier pueblo chico del mundo. Todos instrumentan diferentes voces en distintos registros y con variados modos de indagar la realidad en su juego con la ficción. El lenguaje es el verdadero protagonista de sus experiencias de escritura. La buena literatura no tiene fronteras, solo necesita de buenos lectores que sepan recrear lo leído y de editores generosos que hagan conocer la producción.



Piedras como Estrellas*

Angélica Gorodischer

* Inédito

Que no existían las paredes, que el techo no tenía sentido, eso descubrió siendo muy pero muy chica.

—¿Qué le pasa a esta nena?

—Nada, ¿no ves que nada? Los bebés suelen hacer así.

—¿Así cómo?

—Así, poner esas caras.

No supo. Ella no supo de qué se trataba, pero lo sentía, y usted estará de acuerdo conmigo en que sentir y saber son dos cosas muy distintas.

Creció con eso, eso que fue pronto un deleite. Podía hacerlo y a veces bastaba con saber que podía. Otras veces había que salir de ahí cuanto antes y meterse, ir, partir, huir, zarpar, no sabía verbos, no sabía cuál usar, no los conocía, sólo hacía lo que había aprendido y a la par aprendía otras cosas. Salía, simplemente salía cuando se le daba la gana.

Es preocupante eso de crecer y ella lo hizo a los tirones pero nadie se dio cuenta de nada porque todas crecemos a los tirones. Un día supo leer y escribir y chau, con eso había completado su aprendizaje. Las letras, ya se sabe, tienen sus secretos pero en cuanto una puede decir *quiero salir de este lugar*, hay literalmente años luz recorridos desde el bebé hasta ese instante: quiero salir de este lugar, y ya no hay secretos. Sólo que, ah, sí, sólo que las cosas no deben dejarse a medio hacer (acá entre nosotras le aclaro que madres y tías solían repetir eso con este dedito en alto y caras de serás como nosotras un día, y cruz diablo pensaba ella). Hay gente rara. Digo, entre toda la población del mundo hay una buena dosis de gente rara. Ella era no precisamente rara: no sabemos cuántas, e incluso cuántos hay que están capacitados quizá no para dirigir una empresa o



para vender paco o para presentar escritos ante el juez o para curar la tuberculosis pero sí para salir de ese lugar y que nadie nunca sepa nada. Ella era distinta; eso, distinta.

Cuando lo puso en palabras no supo si alegrarse o llorar. Puedo era para alegrarse pero soy única era para llorar o por lo menos retorcerse por acá adentro como si una cuchara le cambiara de lugar las tripas, el corazón y los epiplones. Bueno, que se acostumbró y empezó a gustarle.

Podía volar, vamos, digámoslo de una vez. Pero cuidado, digámoslo tal como era, tal como ella lo sentía, cuchara o no, llanto o tal vez sí. Podía flotar en el espacio negro, podía salir al vacío silencioso del universo y recorrer piedras como estrellas y estrellas como lagos y ver las naves de arena y oír el graznido de los pájaros siderales. Podía y volver y nadie se daba cuenta de modo que eso, además del placer y la extrañeza, eso le enseñó algo sobre el tiempo: que el tiempo es un invento maravilloso. Que en realidad no existe pero que quien lo inventó era probablemente como ella aunque también probablemente tenía más pelo y se acostaba sobre el páramo a mirar hacia arriba y pensaba si es que eso se podía, ya, llamar pensar, que algo faltaba a su alrededor, algo que tenía que horadar el espesor de lo que iba desde su barriga hasta el helecho gigante más allá del agua, algo faltaba. Y así, presumiblemente pero casi seguro, así se inventó el tiempo. Ella, entonces, lo aprovechaba. Se iba, que no existían las paredes, que los techos no tenían sentido; se iba y al volver volvía en el mismo instante pero en ese mismo instante pasaban varias vidas bajo las palmas de sus manos.

—¿Qué le pasa a esta chica?

—Nada, está distraída, plena edad del pavo, qué querés.

Supo, más tarde, que flotar en el espacio negro del universo tampoco tenía sentido, que no servía para nada y en eso era parecido a

la orografía y la hidrografía de Europa que les hacía estudiar la vieja de geografía, pero que al mismo tiempo le enseñaba cosas que tampoco tenían sentido y que eran como alhajas en una vidriera a la que nunca iba a llegar. Es que era precisamente eso: nunca llegaría. Y al año siguiente (física, química y literatura española) se dijo: *Y qué*.

No se trataba de llegar, óigame bien lo que le digo: no se trataba de llegar. Tampoco de esa cosa angustiada de buscar a alguien que sea como yo, ay, no quiero ser única. No. Se trataba de hacer lo que sabía, de irse, de moverse en el mar seco que era el aire; no, ni siquiera el aire. La nada. Tampoco, caramba, qué difícil se le hacía encontrar los nombres de las cosas. Tal vez no hubiera nombres. Tal vez Adán, pobre tipo, dijo cosas alegremente vacías y alguien se las creyó y, dicen, propuso construir la torre de Babel. Bien hecho. Para qué nombres. Salía, sabía. Y por lo tanto las civilizaciones precolumbinas importaban muy poco, casi nada.

De pronto, porque fue así, de pronto, de pronto fue feliz. Dejó de importarle la sangre que se le escapaba cada veintiocho días; dejaron de importarle las prohibiciones, los libros, las medias de seda, las amonestaciones y el futuro. Se dio cuenta de algo maravilloso: puedo hacer lo que otros no hacen y no necesito palabras para eso.

Sigamos diciéndolo lo más claramente posible: sólo con desearlo podía salir al vasto universo y moverse entre la música de los cometas, el grito de las supernovas, el murmullo de los anillos y los satélites, el silencio de los nacimientos de mundos, el rugido de las tormentas de polvo, el abismo como un vientre, los pulmones ahitos de espacio, los colores de lo negro, las sinfonías de lo que aún no han nacido.

Ah, sí, porque no hay silencio allá en lo que nos rodea y nos solicita. Todo es voz y estruendo; todo es allegro vivace y rock; todo es himno

y nana; todo es trueno y roce; todo es silbido y hervor; todo es bullicio y zarabanda; todo es estrépito y maremoto. Todo habla.

De día, de noche, cuando fuera, le era igual. Y no es que el turbulento espacio del universo sea siempre igual. Al contrario. Tal vez usted no me crea pero cambia segundo a segundo, segmento de microsegundo a segmento de microsegundo y ella se hamacaba en eso, quedaba encerrada en una burbuja de medio minuto de duración en la que respiraba colores y hablaba con el fragor de los anillos de gas que rodean a los reyes del espacio, y salía sólo con un movimiento, apenas, de los talones, para zambullirse en el algo innombrable que iba a llegar a las lentes gigantes-cas algún día o al menos a eso que acá se llama día, otra burbuja aunque más sólida y extranjera.

Y así vivió y yo le digo a usted que vivir se dice de muchas maneras y que ella probó no todas y que algunas le interesaron y la mayoría no. Se enamoró y dejó de pensar en el espacio negro de allá afuera. Pero un momento: cuando tuvo que decidir qué hacer con ese hombre, ese hombre tan bello y tan dulce, se fue se fue se fue y estuvo girando entre luces y rocosos alaridos de lunas vertiginosas hasta que se dijo, esta vez con seguridad y cierto orgullo, que sería a sus ojos, a los de él, mucho más deseable cuando se enterara de qué era capaz. ¿Y si lo llevara conmigo?, pensó.

De modo que se lo dijo y él se rió muchísimo. Le encantaban, dijo, los sueños locos que ella tenía. Dame la mano dijo ella y se lo llevó con ella no puedo ni siquiera tratar de decirle hasta dónde; hasta donde usted ni se imagina.

Al segundo siguiente, acá en este mundo, él le preguntó:

—Maravilloso. ¿Cómo lo hacés? Ya sé: me hipnotizaste.

Después de un segundo más ella supo que sabía, otra vez; que había aprendido, otra vez; que a los tirones, otra vez, había subido un escalón

y había mirado de veras a ese hombre tan bello, ese hombre tan dulce. De modo que a pesar de la desilusión de las tías, no se casó con él.

Hizo las paces con el espacio, con las piedras como estrellas, con los techos sin sentido, con el ulular del viento del sidéreo y vivió atenta y casi plácidamente, los cinco sentidos puestos en donde muchos no podrían siquiera empezar a comprender un color, una voz, una luz.

Se casó con un abogado, encantador, sensato y próspero con el que las tías estaban casi casi en un todo de acuerdo, y tuvieron cuatro hijos. Al primero lo llevó al espacio a los pocos días de nacido. Estás haciendo lo que nadie, sapito, le dijo casi como si le cantara, estás tomándote la leche de las estrellas. Y el muchachito chupaba goloso y la miel blanca caía del pecho redondo como caen las luces a las que se les pide en la noche tres deseos.

A la segunda no la llevó al espacio. Ni al tercero. Pero a la cuarta sí. No voy a tener más chicos, le dijo, así que vení conmigo. La muchachita gorda sonreía en la cuna. Vamos, le dijo. Y flotaron un buen rato y el tiempo que había inventado aquel peludo padre perdido en los milenios perdidos, las envolvió hasta que volvieron, más sabias, más felices, más abrazadas la una a la otra como dos plantas entrelazadas en una reja de oro.

Vivió muchos años. Viajó al espacio muchísimas veces, desde su cocina, desde la terraza, desde una fiesta aburrida, desde una clase, desde un transatlántico, desde un cine, desde la calle y la plaza y el supermercado y el auto.

Murió muy viejita, tranquila, con una sonrisa en los labios. No, su sonrisa no quedó en el espacio como la del gato de Cheshire, pero si usted se esfuerza tal vez pueda ver la sombra de sus ojos, los de ella, en la luz rasante de un rayo dorado en las tardes de verano. Fíjese bien, pero no se deje ver, mire que es tímida y se ausenta enseguida.

El rencor no paga

José Gabriel Cevallos



Cuando se supo que Juan Lautaro Pinedo había regresado a Buenavista, se armó flor de revuelo en torno a Doña Chabela. En su momento, el hijo menor de ésta, coronel retirado residente en Córdoba y que fuera llamado con urgencia cuando los hechos se volvían peligrosos, reprochó a los familiares locales el no haber sabido ocultar la noticia a la anciana. Pero cómo. De un modo u otro ella se hubiese enterado; guardar entre los lugareños un secreto con semejante historia resultaba una utopía.

Primeramente Doña Chabela llamó a su sobrino nieto médico y le pidió unas pastillas para la ansiedad. Dos días después, cuando ya se había visto a Pinedo pasear por la plaza desierta al atardecer (lento y erecto, taciturno, con sombrero y sobretodo y bufanda hasta la nariz, lo que generó dudas en cuanto a la identidad), Doña Chabela empezó a mostrar alarmantes cambios en su aspecto. Vistiendo un trajecito verdeoscuro, interrumpió los veintitantos años de luto estricto y batones domésticos en que se había sumergido desde que falleciera su esposo. Sustituyó sus chanquetas por zapatos. Se encajó la prótesis dentaria que no usaba desde sus ochenta años más o menos. Llamó a su bisnieta

peluquera y le pidió que le arreglara las canas. Se hizo pintar las uñas y depilar las cejas por su criada de mayor confianza. Al cuarto día sorprendió a la única hija que le quedaba, María Matilde, viuda y repostera incomparable mientras el reumatismo se lo permitió, y a la hija solterona de ésta, con quienes vivía, sentándose a desayunar sobria y perfectamente maquillada: un toque de rímel, un rosa tenue en los labios recobrados gracias a la prótesis, un poco de polvo en las mejillas.

María Matilde no perdió tiempo. Probablemente tras una charla franca que tuvo con su madre o por algunas frases sueltas que Doña Chabela dejó escapar, o simplemente impelida por su carácter asustadizo (el de María Matilde) y a la vista de aquellos indicios, la ex repostera despachó tres telegramas urgentes y de un mismo tenor: *Mamá con problemas. Venir sin demora*. El texto no alcanzó para hacer creer a los empleados postales en problemas de salud, como pretendía María Matilde: nada se le preguntó sobre aquellos mensajes mientras ella permaneció en el correo ni después: el pueblo entero ya conocía el asunto. Dos días luego estaban en Buenavista los tres hijos varones de Doña Chabela: el militar retirado, un abogado ciego, un empresario financista. El primero vino con su mujer; el segundo, con un nieto adolescente y afeminado cuya paciencia como lazariño conmovía; el tercero acudió con una madura secretaria, que se repartía entre las insistencias de un teléfono celular y las indicaciones que le daba su jefe y siguiendo las cuales ella debía llamar a su vez por el teléfono. Todos se alojaron en la casona ancestral.

Una Doña Chabela casi irreconocible, y centro de una apenas contenida agitación de sus allegados, los saludó como si nada. La misma emoción con que recibía siempre a sus hijos distantes se dibujó en el pergamino oscuro de su cara, humedeció sus ojos; pero, por inusi-

tados, los cosméticos, aquel peinado duro de fijador, el vestido verde y los dientes postizos multiplicaban enormemente el efecto del conjunto. No preguntó por qué tanta visita, aunque a nadie llamó la atención que no lo preguntara. Hacía mucho tiempo que parecía desinteresada del mundo exterior en cuanto no fuera indispensable para sostener sus recuerdos, entre los cuales Juan Lautaro Pinedo se alzaba cual hito colosal, indestructible.

Porque ni el largo y tranquilo matrimonio, ni la descendencia que ya se desbordaba en bisnietos, ni la viudez, ni la vejez ni sus achaques habían menguado el rencor sembrado por aquel abandono en Doña Chabela. Tenía diecisiete años cuando Pinedo la dejó por una vampiresa que pasaba por el pueblo con una compañía teatral, aniquilando un formal noviazgo, con casamiento ya convenido entre las respectivas familias. El siglo nacía, Buenavista aún no se había asombrado con su primer automóvil, la penicilina estaba lejos de existir, y desde entonces Doña Chabela venía expresando su odio por Juan Lautaro Pinedo a quien quisiera escucharla, y juraba matarlo allí mismo donde lo encontrara. Rafael Mendiando, convertido en el esposo cuando aún se murmuraba fuerte sobre el abandono, aprendió a tolerar tales amenazas sin alterar en lo más mínimo su aire bonachón. Para unos, por puro amor conyugal; para otros, por indiferencia hacia los sentimientos de su mujer que no comprometieran lo único que verdaderamente lo unía a ella: la fortuna familiar, fundada en la dote de Doña Chabela, es cierto, pero expandida por él en cuantiosas hectáreas y ganados. Ella aprendería a jurar su venganza sin estridencias, con una especie de recato, en lo que se creyó ver una degradación del odio al fantasma del odio, como suele ocurrir por la costumbre. La cuestión se volvió folclore. Se hizo un dicho popular: *Resentido como corazón de Chabela*.

Sin embargo, ni bien la dueña del hotel —amiga íntima de María Matilde y por ello persona en quien el desamor de Juan Lautaro Pinedo se mantenía vívido— notició a los cuatro vientos haber registrado a un huésped con ese nombre, el pueblo se puso tenso, alerta como ante una tragedia inevitable.

Los hijos varones quisieron disipar rápido la tensión. Que cómo temer algo tan absurdo e imposible, considerando que Doña Chabela apenas podía caminar por su artrosis y veía con gran dificultad, y además no disponía de arma. Que bastaría en todo caso con tomar recaudos para que ella no se valiera de un tercero, cosa ésta harto difícil en Buenavista. Que si María Matilde no medía la estupidez de haberlos reunido por aquel motivo. En vano la ex repostera procuró ampararse en palabras de su madre, que, preguntada frente a sus tres hijos visitantes, confirmó mansa y firmemente sus intenciones de no dejar salir vivo de Buenavista a Pinedo y se encerró otra vez en el mutismo senil. Y al día siguiente partieron todavía refunfuñando el abogado, el milico y el financista con sus acompañantes, y por un par de días reinó en torno al tema la molesta sensación de ser un pueblo idiota, desacomodado en el mundo no sólo por las lejanías sino también por el hábito de malgastar la vida en forma demasiado tonta.

Mientras tanto, Juan Lautaro Pinedo se mostró en otros dos paseos, ambos durante el crepúsculo, uno por la plaza y otro por el callejón hacia el puerto, donde en su juventud habría sabido pasear con su novia después tan desairada, pues por entonces aquella arboleda no era la sucia lobreguez actual sino sitio concurrido por la gente importante en sus esparcimientos. Y también lo vieron, decían algunos, sentado frente a una ginebra en un boliche y en pleno mediodía. En cuanto a su aspecto, nadie iba mucho más allá de esta coincidencia que el clima helado de aquel junio avalaba: sombrero,

sobretudo, bufanda. Nada se sabía respecto a qué buscaba Pinedo en el pueblo, ni qué hacía en sus largos encierros en su cuarto de hotel. La hotelera afirmaba que el hombre sólo había tomado dos o tres comidas en el salón, que por lo demás se alimentaba con café con leche y pan con manteca y algún fiambre que se hacía llevar al cuarto, y que no cedía a ningún intento de comunicación. Ni siquiera permitía que la mucama le arreglara acabadamente la pieza. Al parecer, se pasaba las horas durmiendo o leyendo libros traídos en su pequeña valija.

Sin los comentarios sobre las salidas de Pinedo quizá todo hubiese quedado en los prolegómenos que aquí ya narramos, pero la expectación renació por cuanto aquellas salidas fueron vistas como una provocación abierta, y ello resucitó la angustia en María Matilde y su hija, quienes decidieron pedir ayuda preventiva, lo que empeoró las cosas, pues las visitas convocadas para hacer desistir de su venganza a la rencorosa anciana sólo lograron devolver a la casona la atmósfera de aprensión. El cura, las monjas —cuyo orfanato Doña Chabela presidía honoris causa—, caballeros solemnes y comadres entregadas a un frenético bisbiseo, algunos longevos de gestos perplejos, aguardaban turno en el vestíbulo y otras habitaciones para intentar disuadir a la dueña de casa, en un ambiente que recordaba los velorios.

La madrugada era profunda y fría y no parecía haber un alma en las calles. Muy poco más que esto se puede agregar al relato del desenlace tan temido. Ni la CIA ni la KGB ni la Interpol juntas lograrían averiguar jamás quién proveyó el revólver a Doña Chabela, quién la condujo hasta el lugar de su venganza, quién guió sus lentos, inseguros pasos por el hotel en tinieblas, si fue nomás la propia hotelera en persona quien le entregó la llave de la puerta tras la cual se hallaba Pinedo. Todo ocurrió de modo que debiera permanecer en el misterio.

No se pida, pues, más de lo que el autor está en condiciones de consignar sin incurrir en meras conjeturas. El silencio que siguió al ruido provocado por aquella puerta al cerrarse, un silencio intenso, como el de un corazón entre su parálisis súbita y su estallido. Las resonantes campanadas que emitió el reloj de la torre de la iglesia, unos minutos o una eternidad después, como estremeciendo la médula del pueblo. Ladridos. Más silencio absoluto. La estúpida gracia de alguien que susurró: *tal vez lo perdonó, tal vez se están cogiendo*, susurro que corrió en la oscuridad generando otros susurros:

*y cómo, ese viejo medio muerto
y vos qué sabés*

*hoy día con el Viagra
callensén, no sean pendejos*

Y más silencio, más espera insoportable.

Hasta que alguien (un bulto, una sombra que se deslizó por las sombras) no aguantó más y empujó la puerta. Y vio a la anciana tratando de leer aquel papel a la luz del velador. La carta cuyo contenido el pueblo nunca conoció a ciencia cierta, pero que según fuentes confiables tan sólo expresaba un agradecimiento: el de Juan Lautaro Pinedo a su ex novia por haberle demostrado que él seguía siendo importante para alguien, y que por lo tanto valía la pena seguir viviendo, todavía.



Pigmalion

Susana Romano Sued

Se miraba cada mañana en la gran luna del ropero del dormitorio y luego en el espejo pequeño de doble aumento montado en un brazo extensible en el baño. Innumerables líneas circundaban la parte inferior del párpado y los costados de las comisuras, desde cuyo vértice nacían líneas en ramillete que se desprendían hacia las sienes. Recorría con el dedo los surcos hondos a los costados de la boca, que le daban un aire de cansancio; miraba de lado a lado el pentagrama que formaban las rayas horizontales del cuello. Idénticas a las arrugas de su madre. Qué amargura tener el cutis de su madre. En cambio su padre siempre había representado veinte años menos.

Volvía al espejo grande e iniciaba el examen minucioso de todas sus zonas. La disgustaba la delgada ojiva entre los muslos, el pliegue ondulado y sobresaliente de encima del pubis, resto de los embarazos. Los brazos hacían una curva blanda a partir de la axila desde donde colgaba la piel.

Luego de la ceremonia matutina se distraía en las tareas habituales de la casa y de la escuela.

El cirujano plástico que había ido a consultar en secreto, tras examinarle con una lupa el cuello, luego el nacimiento del busto y los pechos, y finalmente el rostro, en especial el contorno superior de los labios que ostentaba unas delgadas líneas casi imperceptibles

–Me parece que usted ha llorado mucho, dijo.

–Sí, pero también me he reído mucho. ¿Ve las marcas que se me hacen cada vez que sonrío?

–Esto tiene remedio. Sólo tiene que decidirse, dijo mientras le estrechaba la mano al despedirse.

Ahí estaban las señales del viaje de la vida: debajo de los pechos un pliegue, memoria de una turgencia en retirada, y llegando al ombligo el mapa de las maternidades.

Antes, cuando el cuerpo era todavía un territorio inconquistado lo había ofrecido a los advenimientos del amor, de la pasión, de la maternidad florecida en la hija y el hijo que le había provisto el esposo amante. Un toque sombrío empañaba esas felicidades de familia oscureciendo levemente sus días. Había aprendido a apartar esas sombras y arrinconarlas en algún lugar de su corazón.

Pero desde hacía un tiempo que no soportaba la incomodidad del envejecer que siempre había creído algo natural y llevadero, como por ejemplo los largos intervalos sin sexo, que no mermaban en nada el afecto y el compañerismo que se tenían con su marido.

Siempre había tenido una posición muy crítica sobre las relaciones entre mujeres mayores y hombres jóvenes como la que le había confesado su mejor amiga. Le resultaba desagradable el cuadro de esos rostros: uno, el espejo adelan-



tado del otro; una imagen patética de la pasión desapareja. Su amiga afirmaba que el hombre mucho menor a una la rejuvenece.

“Sangre nueva”, había dicho. Estaba enredada con un amigo del propio hijo; le hacía el amor hasta siete veces por noche, revelándole cada punto de placer, llevándola a su ápice cuando le recorría el cuerpo entero que aguardaba para nacer al tacto.

Ella experimentaba un profundo rechazo al escuchar los relatos de su amiga que se regodeaba mientras iba describiendo sus encuentros clandestinos con el muchacho; y las refutaba con vehemencia, hasta con furor.

¡Es una brutalidad liarse con muchacho de la edad del propio hijo; es inmoral!

Pero el furor era inversamente proporcional a ciertas ideas que se le iban volviendo recurrentes y que ella intentaba apartar sin éxito de su confundida cabeza. Ganas crecientes de un cuerpo joven, de un abrazo fornido, de un tenso torso, de unos besos repartidos por sus huecos más íntimos la iban ganando de día y de noche, mientras experimentaba un creciente desgano y hasta disgusto ante los esporádicos requerimientos de su esposo.

Desde hacía unas semanas había comenzado a rondarla un joven alumno del terciario donde ella enseñaba: iba a la escuela, la seguía de cerca, y atrevido la interpelaba en la biblioteca

consultándola sobre temas de la asignatura, y ella insistía en responderle con secas evasivas.

Durante el dictado de la materia había escuchado más de una vez los cuchicheos de los alumnos: “está sabrosa la profe”; y él no le quitaba la vista de encima durante toda la clase.

En sus tareas previas al dictado de clases y tras algunas semanas en que la insistencia del joven se intensificaba, la atracción violenta y el sacudón que le enajenaban el cuerpo y la cabeza se le habían vuelto una torturante mezcla de ansias y de culpa.

En sus encuentros en la biblioteca los pechos se le turgían y el bajo vientre se le humedecía con cada palabra del joven, que la rozaba al pasar entre los anaqueles.

Ese martes, disolviendo el autorreproche vuelto ya puro impulso y deseo, sintió un calor intenso que le venía del fondo de la sangre invadiéndola, balbuceó:

Si querés bibliografía complementaria venite por casa.

La pasión anticipada agudizó su imaginación: se puso a diseñar tácticas furtivas para lo que sería su ya inevitable e inminente sucumbir.

No lograba quitarse de la mente las imágenes del desempeño del joven amante de su amiga quien le contaba hasta el detalle los asaltos eróticos, de su quedarse suspendida en la cornisa de ese abismo pasional único, y acaso úl-

timo. Luego le estallaba la cabeza el manojo de ansias que le plantaba el alumno devorándola como una flor carnívora.

Ya era verano; el sol hería el pavimento y trastornaba las pieles. Él la visitó por primera vez.

–Y será la única, pensó.

Pero tras unas cuantas negativas y excusas diversas consintió visitas más y más frecuentes, ahora que su marido y su hijo salían de viaje muy a menudo y la hija pasaba largas horas, y hasta días enteros fuera de la casa.

Cada tarde lo esperaba luego de la larga ducha y de los afeites: aromas, vestidos transparentes, escotes profundos. El espejo le devolvía la inquietud de la caducidad y el espanto que, sin embargo, no alcanzaban a desvanecer las ansias bárbaras que la acometían en cuanto lo tenía cerca.

Apenas él se iba con los libros luego de una breve conversación, se encerraba en el dormitorio, se quitaba la ropa para repasar su silueta abandonada por la lozanía; los tramos de edad habían vuelto negros sus pezones, higos secos prendidos al pecho. El rostro proyectado en la mirada del joven en esa reciprocidad especular del deseo se le devolvía con el dato de sus labios aún frescos. Los surcos al lado de las comisuras, el trayecto de un párpado al otro, las señales sopladas del cuello, todo encendía la alarma de la inminencia.

A la quinta visita, y mientras ella buscaba con dedicación un libro de un estante de la biblioteca, él se le aproximó por la espalda y sintió que la adrenalina le estallaba granadas por el cuerpo, le brotaba un sudor helado en las manos; los muslos se le humedecieron, el pubis se le erizó.

¿La puedo abrazar?, le preguntó; y sin esperar respuesta ya se había prendido de sus pechos y le había rozado los muslos con su sexo a través del pantalón. El estado de Gracia la suspendió en el tiempo, mientras él le murmuraba a la altura del cuello, siempre pegado a su espalda, mordiendo aliento y murmullos ahogados que la exci-

taban. Ella intentó darse vuelta para besarlo y devolverle las palabras húmedas entre la dentadura y los labios ardidos y reseco por la larga espera; pero él la sostenía, contra los anaqueles, prendido a sus pequeños higos oscuros.

Entregada a todo lo que no se había atrevido nunca en el lecho conyugal dejó que le poblara el cuello y la espalda de marcas oscuras, que la colmara violentando sus lugares intactos y prohibidos. Mientras se hundía en el furor del amor, el miedo, y la vergüenza, su pasión parecía tener riendas: se dejaba y no se dejaba, mientras se florecía en los lugares inexplorados. Él la tanteaba en medio de suspiros, jadeos y susurros resaltando la huella del tiempo tallada en sus pliegues y se encendía en un disfrute íntegro que lograba anular las vergüenzas que la acosaban por el amor desaparejo.

Los amores crecieron alimentados por la ocasión furtiva, protegidos por la oscuridad del cuarto, durante un tiempo que les parecía hecho de meros instantes en los que el destello del goce y la llamada del placer quedaban latiendo.

Ella permanecía siempre oculta bajo las sábanas tras el largo amor; al amparo de la oscuridad del cuarto esperaba que él se marchara sin encender la lámpara. El muchacho le pidió verla desnuda, a plena luz, como si quisiera memorizar todas sus señas.

Quedó estupefacta, paralizada, y empezó a encogerse en la cama como un nervio muerto; fingió dormir; él no insistió y se marchó enseguida, despidiéndose en voz baja hasta la próxima vez.

El desfallecimiento de todo autocontrol la ganó por completo, instalando en ella la decisión de someterse a un tratamiento anti age, incluida una cirugía estética. Una de sus amigas le había recomendado una clínica de estética de las afueras, “Lugar de Mujer”, donde la había operado un excelente cirujano. No había reconocido a su amiga inmediatamente, luego de que se sintió espantada e invadida de repug-

nancia, cuando relacionó la voz con esa máscara de hule, o de cera, esa muñeca parlante.

Se desvanecieron su ímpetu y su decisión de rejuvenecer. Pero la pasión por el hombre joven se impuso, y venciendo miedo e inquietud concertó una cita en "Lugar de Mujer".

El cirujano le enseñó en la pantalla la imagen prospectiva de cómo quedaría luego de la operación; en el lugar de la sombra triangular al lado de la boca se extendía la mejilla clara, lisa; los ojos no estaban ya bordeados por esas líneas espiraladas bajo las pestañas. El cuello se elevaba liso y firme. También le mostró una imagen de su cuerpo futuro.

La náusea empezó a brotarle desde la base del pecho: prefería quedarse como estaba y pagar el precio de la edad, soportando el doble sentimiento de atracción y humillación que la cercanía pasional del muchacho le drenaba a cada instante.

Se marchó de la clínica turbada y ansiosa.

Los encuentros de amor siguieron con frecuencia y el verano se extendía todavía por un par de meses.

Una tarde el joven le anunció que se iría de viaje durante nueve semanas justamente cuando su esposo y su hijo empezaban la temporada de vacaciones en casa. Ella se había vuelto irritable, impaciente, hablaba poco, se reconcentraba en la memoria furtiva del amor; eso trastrocaba su semblante, ya casi no sonreía y el disgusto asomaba en sus respuestas nerviosas, odiosas, mientras aumentaba su rechazo a los requerimientos del esposo.

El desgarró de la separación le quitaba todo el sueño mientras la obsesión por el derrumbe de su cuerpo se le volvía una tortura. El esposo prolongaba cada vez más sus estancias en la casa y ella desfallecía; obsesionada y atormentada con el "Lugar de Mujer", soñaba con el cirujano, con su cara rehecha en la pantalla de la computadora, añoraba el olvido de sí frente a la promesa de vida nueva. Su marido y sus hijos la animaron,

sugiriendo un tratamiento rejuvenecedor, un cambio, una cirugía plástica, por qué no.

Alentada entonces por el aroma que el recuerdo de la pasión joven le había sembrado en cuerpo y alma, se sometió a la operación.

Ahora tenía que lidiar con la dolorosa convalecencia, con las marcas moradas en el rostro, el cuello, los pechos y los glúteos. La espera inevitable sólo acrecentaba la impaciencia por el encuentro que se prometía como el acto completo y único; como bálsamo; como recompensa final, y entrada a la pasión sin obstáculo, sin pudor.

Tras las últimas curaciones, libre ya de vendajes y apósitos, un rostro y un cuello lisos la miraban desde el espejo sustituyendo el largo mapa de la vida. Esposo e hijos celebraban el renacimiento. Otra vida se dejaba presentir en la añoranza del cuerpo joven que aguardaba la llegada de los momentos que desgranarían su pasión en los cuartos del amor furtivo anticipado en el sueño, en el estremecimiento de la voz en el teléfono; la voz que le penetraba el oído y le multiplicaba la memoria de las visitas a su intimidad curtida, agigantada en la espera.

Fue a la biblioteca del colegio, al encuentro pactado para después de los largos días de separación. Temblaba toda, inquieta y anhelante, ahora metida en el cuerpo turgente y liso, compacto y suave, lustroso y cincelado al compás del escalpelo. Se adelantó hacia los anaqueles, donde lo había visto recorrer los lomos de los libros. Se le acercó. Él la miró como si no la reconociera. Ella le extendió la mano, que el muchacho tomó con aire desconcertado, mientras en la cara se le iba dibujando el espanto, al tiempo que iba dando pasos hacia atrás, alejándose. Soy yo, dijo ella.

Sostenido de ella, el joven la recorrió con la mirada de arriba abajo, se detuvo fijamente en el rostro, en el cuello y los pechos, sin decir nada. Y tras de un silencio interminable, le soltó la mano, y se despidió con frialdad.

La ventana de papá

Patricia Severin

Mi papá fumaba cada día un cigarrillo después del almuerzo. Sólo uno. Fumaba un cigarrillo y miraba por la ventana del comedor hacia la calle, mientras el humo daba tres vueltas en círculos alrededor de su cabeza.

Mi papá miraba a la gente que pasaba por la calle desde arriba. Mi casa queda en la planta alta; en la planta baja hay dos garages y un negocio que vende inodoros, bidets, bañaderas (bañaderas no, me dijo la dueña, se dice bañeras), y percheros de distintos colores para colgar toallas. No hay espejos ni otra cosa. Es un negocio aburrido y de feo nombre: *Sevlo*. Nosotros alquilamos ese local y uno de los garages para tener otra entrada, dice mi mamá, que siempre organiza los dineros de la casa.

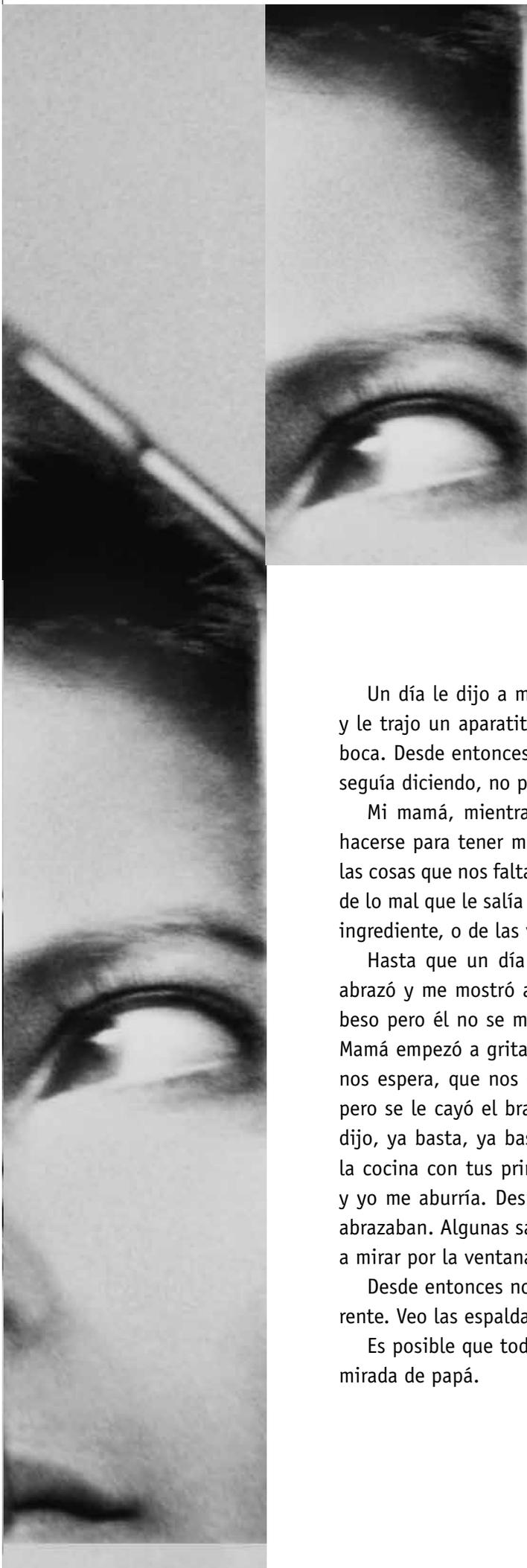
Mi mamá pensaba que mi papá no sabía hacer plata. Por eso ella tenía que renegar para que no faltara la comida en casa.

En casa no faltaba la comida, pero faltaban muchas cosas que mi papá no podía comprar porque en el campo nunca nada iba bien. Si no era la sequía, era la inundación, si no era la inundación habían bajado los precios del trigo y nada alcanzaba para nada.

Una siesta mi papá dejó de fumar un cigarrillo todos los días después de comer. Empezó a fumar también uno antes de almorzar y otro antes de cenar. No fumes tanto, le decía mi mamá, que vas a enviciar a los chicos con el mal ejemplo. Mi papá no decía nada. Miraba por la ventana del comedor, desde la planta alta, a la gente que pasaba por la calle; después se iba al campo. A veces volvía al rato porque la camioneta se le había descompuesto y otras veces no volvía por muchos días.

Entonces mamá decía, este hombre me va a volver loca. Y cuando papá llegaba a casa, en realidad parecía una loca que gritaba. Papá se ponía a mirar por la ventana y prendía otro cigarrillo.





Un día le dijo a mi mamá, no puedo respirar. Mamá fue a la farmacia y le trajo un aparatito que él apretaba y largaba un rocío adentro de su boca. Desde entonces mi papá fumaba y usaba el aparatito. Pero a veces seguía diciendo, no puedo respirar.

Mi mamá, mientras tanto, hablaba de posibles negocios que debían hacerse para tener más entradas, de todo lo que necesitaba comprar, de las cosas que nos faltaban y de los programas de la tele. De vez en cuando, de lo mal que le salía la comida, porque siempre andaba regateando algún ingrediente, o de las vacaciones que soñaba.

Hasta que un día llegué de la escuela y mamá estaba llorando. Me abrazó y me mostró a papá acostado sobre el sillón rojo. Fui a darle un beso pero él no se movió. Tenía un ojo medio abierto y el otro cerrado. Mamá empezó a gritar como cuando se ponía loca, mientras repetía, que nos espera, que nos espera. Fui a sacudir a papá para que se levantara pero se le cayó el brazo hacia el costado y tampoco se movió. Mi mamá dijo, ya basta, ya basta, y me llevo hacia la puerta, te vas a quedar en la cocina con tus primos. Mis primos no hablaban, me miraban de reojo y yo me aburría. Después entraron las tías cuchicheando; lloraban y me abrazaban. Algunas salieron con el café y yo me fui al comedor y me puse a mirar por la ventana.

Desde entonces no puedo salir de ese lugar. Veo todo pequeño y diferente. Veo las espaldas y me pongo a contarlas.

Es posible que todas esas espaldas lleven como una marca invisible la mirada de papá.

Las cosas son así

Lilia Lardone



El corazón de las personas es como un pozo muy profundo. Sólo podemos imaginárnoslo mirando la forma de las cosas que, de vez en cuando, suben a la superficie.

Haruki Murakami

Ella se habla. Se dice: Luisa, tenés todo el tiempo por delante. Cuidado con ponerte triste, dice para despertarse mientras mira el aire. Seguirá vigilando, aunque a veces le cueste concentrarse y se pregunte para qué buscar, si ya se ve que las cosas son así.

Nadie le va a creer porque todavía no encontró la prueba, pero tiene la certeza. Tan segura está como de los sonidos que la envuelven, si hasta en el chisporrotear del aceite al sumergir las milanesas para la cena le parece que toda ella entra en el aceite. Y la vibración de la llave en la cerradura. Eugenio ahí, tras la puerta, ella lo presiente antes de oírlo, antes de que el ruido pase

De *Vidas de mentira y otros relatos*, Córdoba: Babel, 2011.

a través de las paredes y la sorpresa en cualquier lugar. En el escritorio, por ejemplo, o adentro del placard, que es cuando él se enoja más. La tranquiliza el jadeo de su propia respiración que se cuele entre la ropa, luego se irrita, una vez más no ha encontrado lo que busca, eso que demostraría a todos, el desvío de Eugenio, algo concreto y visible, un papel, un mensaje, una boleta. Y no, otro día pasó, está claro que necesita una estrategia.

Luisa, confiá en vos, se dice. Aprendiste mucho, ya no vas a tientas tras la verdad sino que sos la verdad misma. No perdás más tiempo, es inútil, han descubierto el modo perfecto de ocultar todo.

Una languidez se apodera de su cuerpo, la mirada en el aire hasta que vuelven los sonidos: vidrios que se quiebran, un cuchillo que cae... Luisa los aparta, una fuerza nueva le crece lentamente, junto a esa idea tan perfecta que debe estar muy alerta para gestarla, alimentarla, y después sorprenderlos. La idea que volverá todo a su justo lugar. Un corte sin desgarros.

Si al principio había tenido esperanzas, ahora sabe que es imposible conseguir pruebas que hagan trizas las mentiras del doctor Olivari, de Eugenio, de su madre. Y, por supuesto, las mentiras de Estela.

Luisa no confunde al enemigo: es ella, su hermana Estela. A veces la ve como una araña paciente que desde el rincón espera hasta atrapar su presa. ¿Quién fue la primera en insinuar que a Luisa le vendría bien una consulta? Es cierto que su madre estuvo de acuerdo, y también Eugenio, pero Luisa sabe quién le puso a Eugenio la idea en la cabeza, porque los oyó tras la puerta. No se le borran las palabras que Estela susurraba, no se olvida que dijo dos veces paranoia, su insistencia en señalar Luisa es tan frágil. Qué importa eso, si Eugenio la eligió a ella, frágil o no frágil. Sí, ha sido su hermana la que empezó con esta historia, ofreciéndose a buscar un médico, a reservar turno, a acompañarla....

Ahora se arrepiente, qué ingenua fue en aceptar la cita y abrirse entera en el consultorio. Porque al principio, la cara atenta del doctor Olivari le transmitió cierta paz. Y hasta la alivió hablar de las sospechas que empañaban de tal forma su vida. ¿Cómo llegó a confiar en él, al punto de contarle que Estela y Eugenio eran amantes? Claro que eso no pasó enseguida, sino que poco a poco sintió que debía sacarse de adentro la náusea que le provocaba verlos juntos. Sobre todo, si cantaban.

De novios, le gustaba que ellos se entendieran bien, que armaran dúos con los que entretenían las sobremesas del domingo en familia. Cantaban tangos, y desde ya que para Luisa el tango era cosa de viejos. Ahí el doctor Olivari le preguntó qué diferencia de edad había con su hermana mayor y Luisa lo vio anotar en la ficha esos cinco años que siempre las distanciaron. También Eugenio le llevaba cinco años, conocía al dedillo las letras y con su inseparable guitarra tocaba cualquier título que Estela sugiriera. ¿Y *Naranja en flor*, sabés *Naranja en flor?*, decía su hermana y él acariciaba

las cuerdas al instante. Qué pasión por la guitarra, cómo la cuidaba. Ya casados, más ensayaba él y más Luisa lo veía alejarse. La música y Eugenio formaban parte de un mundo al que ella no accedía ni accedería nunca. Estela sí. El psiquiatra fue muy astuto para llevarla hasta ahí, a que le dijera qué le pasaba cuando oía la voz grave de él mezclándose con el timbre impostado de Estela.

¿Cómo andamos hoy?, preguntaba invariablemente el doctor Olivari. Ella se sentía una traidora contándole sus dudas, pero los ojos claros la animaban a detallar cada escena. Los ojos sólo bajaban para escribir en la ficha. Luisa tardó bastante en encontrar una relación entre lo que ella decía y las anotaciones; al fin la descubrió: él escribía para recordar lo que señalaba a Estela y a Eugenio.

En una sesión la interrumpió: ¿Por qué cree que su hermana no la quiere? Luisa demoró en contestar. Un silencio resbaladizo la llevaba a mirar el aire, pero debía dar una respuesta. Entonces le dijo que se equivocaba, de punta a cabo se equivocaba, quien no la quería lo suficiente era Eugenio.

Anoche, en el cumpleaños de Estela, por fin vio todo claro y su corazón latió con fuerza cuando las miradas de su hermana y de Eugenio se cruzaron. Luisa supo que el momento era decisivo. Él instaló el banquito para apoyar el pie, tomó la guitarra entre sus brazos y le dijo a Estela que le dedicaba la canción. Además dijo: Antes, unos versos. Y con voz profunda recitó: De Lupercio Leonardo de Argensola, hizo una pausa, *Pero este cielo azul/ que todos vemos/ ni es cielo / ni es azul/ Lástima grande/ que no sea verdad/ tanta belleza.*

Luisa ya no se sentía frágil, sino segura. Por más que revisara a diario los bolsillos y los papeles de Eugenio nunca iba a dar con lo que necesitaba para que no la creyeran loca, porque los indicios eran tan intangibles como ese cielo azul. Estela y Eugenio sabían esconder la traición y todos, el psiquiatra, la madre, los acompañaban en la farsa. Había una única espectadora y esa era ella, Luisa.

Ha madurado la estrategia; después de todo, de algo le sirvieron las sesiones con el inteligente doctor Olivari. Aprendió a decir lo que quiere que los otros oigan, a esperar el tiempo oportuno para urdir una idea resistente como la tela de araña de Estela. Su venganza está en marcha, no hay espacio para dilaciones, ellos no van a salirse con la suya.

Las cosas son así, en la vida a veces se gana y a veces se pierde.

Hoy es el día en que aparece el hombre a quien Luisa ayuda, el que cada jueves le dice: Lo que usted no necesite, doñita, cualquier cosa. Al oír el timbre, Luisa va hasta el escritorio y abre el armario.

Con la guitarra en la mano, gira el picaporte de la puerta de calle y antes de que el hombre pronuncie las palabras acostumbradas, ella se adelanta y le dice: Tome, es suya.

Cristian Fernando Carrasco



Conservación de la materia

Aún más admirable que la desaparición de la Atlántida fue el surgimiento de América.

La Atlántida fue deconstruida por miles de habitantes del Imperio Romano, los cuales (al leer las noticias acerca de su destrucción brindadas por Platón) comenzaron a imaginar ese continente como un espacio vacío en el mar donde antes había existido una masa enorme de tierra, con su civilización, cultura y construcciones materiales; y a fuerza de pensarlo, hicieron realidad esa inexistencia. No se trató de un hecho repentino sino de un proceso de larga duración en el cual cada conciencia que negó la existencia de la Atlántida tuvo su parte de responsabilidad.

América, en cambio, debe todo su ser a la imaginación de un solo hombre: Cristóbal Colón, quien en un acceso de febril esperanza hizo surgir el continente. Se cree que pudo hacerlo con tal facilidad porque la masa perteneciente a la Atlántida no había en realidad desaparecido sino entrado en una fase de semiexistencia, volatilizándolo sus átomos a la espera de que un poderoso influjo de imaginación los reorganizara.

Colón reestructuró el continente desaparecido en uno nuevo, dotándolo de los elementos que tanto él como su tripulación y sus coterráneos deseaban hallar al otro lado del océano. La formó con oro para los codiciosos, mujeres que no estaban atadas al pudor para los presos abstinentes que llevaba por navegantes, con bárbaros a evangelizar para los frailes, con bravos enemigos para los guerreros, con especies animales, vegetales y minerales desconocidas para los naturalistas, con tierras extensas para los nobles.

Con un océano del otro lado, cerrando la circunferencia terrestre, para él mismo.

Dios

El doce de abril de mil ochocientos treinta y cinco nació dios.

Vivió cincuenta y siete años en el mismo pueblo en el que vio por primera vez la luz. Nunca se apartó de su región, nunca cruzó las montañas ni los bosques ni el lago que encerraban el valle.

Su mente produjo de forma espontánea las mejores ideas que la totalidad de los seres humanos (ya fuesen para él pasados, contemporáneos o futuros) han producido y producirán desde el inicio hasta el fin de la historia. Concibió cada artefacto posible para hacer la vida cómoda y placentera, aunque carecía de los medios para construir muchos de ellos. Experimentó hacia los demás, hacia sí mismo, lo que lo rodeaba y lo que desconocía, los mejores sentimientos, sin que uno se le escapase. No existe nada bueno, honrado o profundo que él no haya repetido o prefigurado.

Dios murió el seis de agosto de mil ochocientos noventa y dos y el mundo siguió su curso.

Merecimiento

La primera organización del posmundo resultó un fracaso redondo.

Todo fue acondicionado esperando durante décadas la muerte del primer humano en el paraíso, cuya caída y separación había sido ya programada y de la cual no se dudaba. Pero al ocurrir los dos primeros decesos se comprobó un gran error de planteamiento.

Abel, el primer occiso de la humanidad, falleció preguntándose si, oscuramente, de alguna forma, había provocado su asesinato con una falla propia. No culpó a su hermano del homicidio sino a sí mismo y abandonó su cuerpo seguro de merecer alguna pena.

Fue su alma la primera en habitar el infierno.

Al morir Caín, años después de ser arrojado del paraíso, rebuscó en memoria y conciencia sin encontrar culpas. Se justificó a sí mismo asegurando al tiempo varias opciones: que había actuado correctamente, que su mente había sido obnubilada por una locura pasajera o que no era otra cosa que un inocente títere de fuerzas superiores. Acompañó a su última bocanada de aire la seguridad de merecer recompensa por aquella vida tan falta de dicha que otros habían edificado para él como una cárcel.

Su lugar fue el primero en el cielo.

Vista la incapacidad de los humanos para decidir sus propios merecimientos éste método fue abandonado, pero la rectificación no fue retroactiva y ambos hermanos continúan hoy ocupando los sitios que creen haber ganado en justicia.

Hernán Bergara

La máscara (Üd Hemjaph Oqüd)

Cualquiera de nosotros tiene buenas intenciones. Se esperan, incluso del cielo, soluciones en forma de llovizna. Todos han adquirido el ademán del campesino.

En particular, los responsables de esta propuesta son adultos sin formación médica y con una pérdida y larga tradición en medicina natural. Desorientados por la velocidad a la que pierden a sus hijos, intentan todo y no funciona nada.

Antes, o más bien después (nunca queda claro si lo que se sintetiza a continuación es causa o consecuencia de la putrefacción y de la muerte), los padres de los hijos muertos se pasan al campo de la medicina científica. Sin la formación que una universidad les habría dado, pero no sin los administrículos e insumos que las ruinas legaran a quienes quisieran intentar detener por unos instantes el final de todo, crean inyectables combinando casi al azar algunos antibióticos que fracasaron en otros intentos en manos de los científicos verdaderamente profesionales con sustancias que, al principio, habían sido alentadoras, pero que tuvieron, al poco tiempo, el mismo destino que los primeros.

La inyección es aplicada sobre personas con todos los síntomas de la muerte, que aceptan hacer de sus cuerpos un campo de experimentación: menores de siete años. La mayor parte, menores de cinco años. Entre ellos y sus padres deciden. Muchos aceptan sólo si sus padres les aplican las inyecciones, aunque no sepan cómo hacerlo. Algunos tienen más suerte: las inyecciones van a las venas. Pero todos llevan, en el fondo, la misma fortuna: su salud se pauperiza y la pobla-

ción infantil se divide entre quienes morirán en cuestión de días, perjudicados por la inyección, y quienes todavía, aunque seguramente no por demasiado tiempo, no evidencian deterioro. La energía vital de cada uno aparece en una pantalla digital creada por científicos auténticos ya muertos. Los padres sólo pueden ver los números rojos de los relojes, no manejar los dispositivos que los niños tienen cosidos al cuerpo. Los que van a morir rechazan el alimento, sus ojos están secos y caminan con las rodillas y las palmas de las manos, como pocos años atrás. Los padres intentan buscar la forma de alimentarlos. En su fracaso está la naturaleza en persona, corrigiendo esa coma que es la ciencia, la voluntad o el amor.

Sobre el final, aparece la solución y la traducción del título ofrece aquí toda su potencia. Los niños más fuertes son ahora los protagonistas. Sólo sus heces parecen servir como alimento de los que van a morir, y que ahora retrasan, casi nominalmente ya, la inminencia del final. Un sano adelante, con las rodillas y las palmas de las manos sobre el piso —que evocan un árbol talado—, recibe una lavativa que no necesita él, sino que alimenta al enfermo, detrás y esperando directamente de las entrañas del otro el único alimento que puede ingerir. No se explicitan las razones de este oscuro milagro porque no importan.

El sano, con una mueca de animal adulto y una convulsión, vomita en el suelo una espesa máscara, hecha también de heces o quizá primitiva como el barro. Mientras, sus medidores de energía indican que se van debilitando y que se van despidiendo, también ellos, de sus padres.

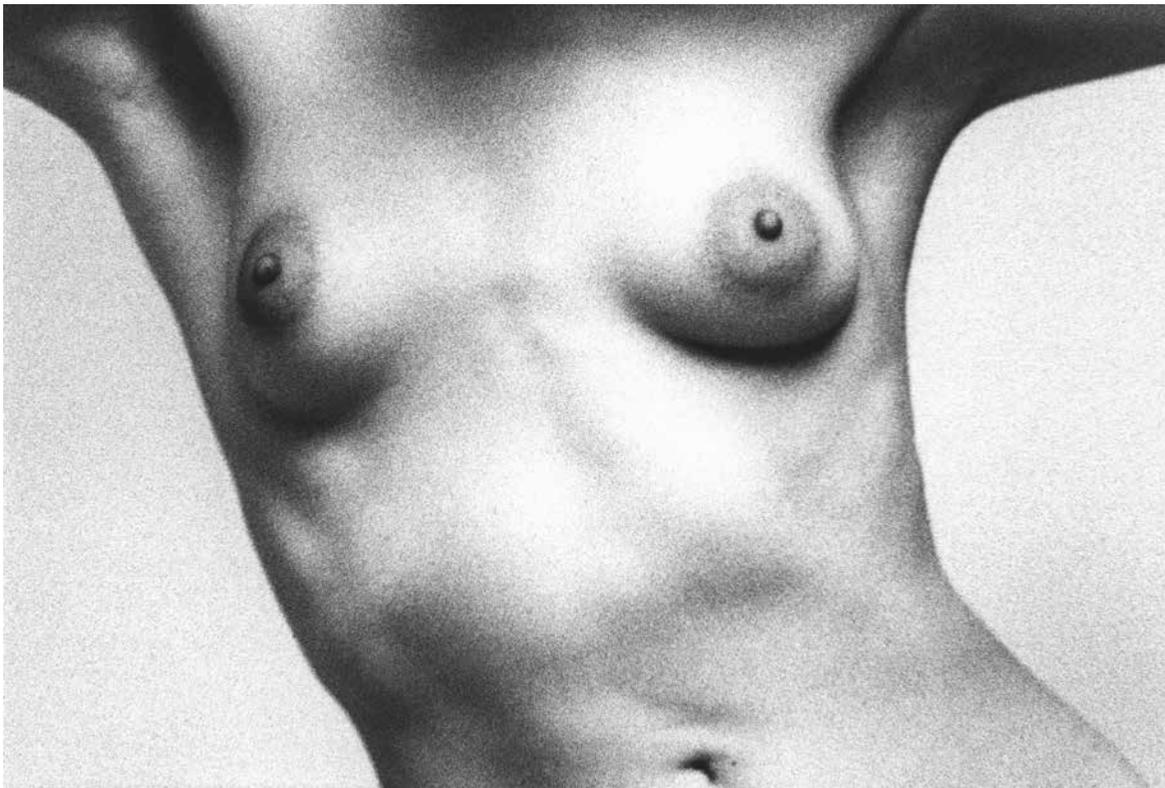
Mañana

Caminó hasta tarde esa vez, entrada ya la mañana en realidad. Los árboles no le señalaron ningún amanecer, sino una continuidad de brisa irritada. Repitió, cortesía de la memoria, un resentimiento muy profundo, cíclico: le habían cerrado los bares. Hay algunas cosas que no tienen solución, casi pensó, pero los pensamientos estaban arremolinados y para pensar hay que no tener frío. Todo se inclinó a su paso en una parodia de reverencia. Mientras dure el viento, soy el rey. Esto sí lo pensó, hartado como estaba de ese ritual y de ese frío siempre inesperado. La memoria en esta tierra no sirve para nada. Todo se activa por primera vez cada vez. Se enchufa. Así amaneció: de golpe. Le amaneció en la cara. Necesitaba siempre lo contrario de lo que se le iba apareciendo. Porque ese sol ensañado no apagaba el frío y tampoco lo dejaría dormir. No encendería los bares de nuevo ni cortarían el viento. No detendría las hojas de

los álamos que remataba con las suelas ni le prometería nada mañana.

A veces, cuando el horizonte está demasiado limpio, y aunque no sea posible verlo, el fondo de un valle insinúa querer curvarse imitando un concepto forzado por todos los siglos, por todos los hombres. Pero es mentira que caminamos sobre un círculo. Todo es recto, incluso ese remolino que traza una línea entre un hombrecito y una mañana anacrónica que lo atrapó. Lo circular es un efecto de la lejanía, y bien lo sabe quien tiene un segmento infinito por delante para llegar a alguna morada.

Una que lo aleje del sol y de todo lo que el sol no le puede evitar y le hace ver aunque no quiera. Por ejemplo, que es él el que sacó al sol del sepulcro con una correa bien recta, mientras, muy rígido, segmentea un insistente horizonte lleno de lugares comunes que no le sirven para nada porque no es un poeta.



Pequeños relatos

Carlos Blasco

Gomería El Rulo, el Rulo está adentro, se lo ve a la pasada en elástico equilibrio sobre una rueda de camión tirada en el piso, haciendo zafar el aro sin que le arranque la cabeza mientras sus tatuajes verde birome ya son una mitología de tres cuadras a la redonda. El compresor se enciende, aspira una continua bocanada de chivo, caucho, mugre... comprime moléculas y forja el olor a gomería. En un rincón, debajo del almanaque de las tetas grandes, la cumbia se cae a pedazos de la radio rota y negra, el Flaco lo acompaña, ceba mate y el mecanismo se lubrica. El Rulo gorgotea, se asoma a la calle y escupe lejos, saluda a un colectivo... el universo está en orden.

Vieja loca, le gustaba pronunciar la doble "L" porque creía que la hacía distinguida o que la imitaríamos, nos trataba con desprecio. Disfrutaba de nuestro miedo cuando no estudiábamos, no le gustaban los morochos ni los gordos, siempre que podía nos humillaba, a Funes le hacía sacar los zapatos porque sabía que tenía las medias rotas, usaba tacos altos. Un día en la calle vi como el marido le volaba los anteojos de una cachetada mientras le gritaba "pelotuda" y que no le rompa más las pelotas no sé con qué. Esa tarde le perdí el miedo, se lo conté a todos, tenía once años... era un pibe.



* * *

Cada noche, la barra del bar es la playa abrigada de una isla lejana. Cuando oscurece, la marea lleva hasta allí toda clase de cosas: estrellas de mar con las puntas mutiladas, duros mascarones de proa, inocentes veleros extraviados, botellas que olvidaron su mensaje, mensajes en busca de botellas, viejos piratas que han perdido su barco y una que otra ballena varada. Pero cuando comienza a amanecer e irremediabilmente todos han aceptado ya su condición de náufragos, entonces la marea se los lleva de nuevo mar adentro, y sólo queda la resaca de vasos con rush, ceniceros desbordantes y servilletas sucias. Cuando queda vacío, el bar tiene ese aspecto de envase descartable... de utilería usada. Luego, las sillas hacen la subversiva acrobacia de sentarse en las mesas con las patas para arriba, y los ruidos (que hace poco eran continuos y asonantes) se vuelven sistemáticos y pausados a medida que el lento ritmo del orden transfigura el espacio purificándolo todo, a fuerza de enjuagues los vasos pierden lentamente la memoria del alcohol y el manoseo. De repente, un mozo que barre debajo de las mesas, toma del suelo, sin reprimir un gesto de fastidio, cuatro o cinco zapatitos de pies izquierdos, para luego bajar al sótano y arrojarlos al depósito, junto con todos los otros zapatitos, que jamás fueron reclamados por príncipe o cenicienta alguna.

* * *

En un olvidado desván de la ciudad aun se conserva en naftalina (aunque nadie lo sabe) el sombrero que don Sepúlveda tenía puesto la madrugada que mató al chileno Fuentes por un desacuerdo en el truco. Durante la siesta el niño se escabulle hasta el viejo ropero y lo abre con sigilo, saca el sombrero y se lo prueba, en la penumbra un espejo arrumbado alcanza a verlo, lleno de horror y polvo, sólo atina a dibujar un fantasma.

* * *

Una flauta de sátiro va y vuelve veloz sobre sus cinco notas, y la siesta se parte limpiamente al medio. El afilador es una pieza suelta. Su gracia de juguete a cuerda roza el cordón, impertinente anacrónico, puede que no vuelva. Luego la flauta se aleja, se vuelve esquiva... inconstante, como todas las cosas que se extinguen.



Los conductores, las máquinas, el camino

Selva Almada

La noche es más inmensa cuando el obrador está vacío. Las estrellas brillan más, pareciera; el silencio se vuelve materia: una tela tensa y resistente, de a ratos penetrada por el graznido de una lechuza o el bisbiseo de los murciélagos.

Ahora, la noche calmada. Hace un rato se apagaron los sonidos de la cumbia que estuvo sacándole chispas a la compactera desde la caída del sol hasta que todos se marcharon. Las brasas del asado también se apagaron, pero queda en el aire el olor a leña y a carne cocida.

Comieron todos juntos, tomaron vino y hasta se dejó arriar al centro del baile. Bailó un ratito con cada uno para que ninguno se pusiera celoso. Después los miró aprontarse para salir. Ella fumaba echada en una silla y ellos pasaron uno por uno para que les diera el visto bueno. El olor a desodorante y a colonia para después de afeitarse llenó por un momento la noche como si estuviesen en el corazón mismo de un bosque de pinos.

Pórtate bien. Vos no chupés demasiado. Ustedes dejen algo de guita acá que después vuelven pelados y falta para cobrar la quincena. Manejen con cuidado. Pórtense como caballeros que bastante tienen esas chicas con el laburo que les tocó. Y vos cerrá el pico y no te metas en quilombos.

Cada uno se marchó con un consejo y con el pulgar de la Morocha levantado en señal de aprobación. Algunos deslizaron un “sí, mamá” o un “sí, querida”, bromeando. Fueron trepando de a uno a las camionetas.

—¿En serio no querés venir? —preguntó el Rauli, un correntino veinteañero, muy educado, que siempre está preocupándose por ella.

—Ni en pedo. Una vez que me puedo librar del olor a patas que tienen ustedes, —contestó riéndose—. Andá nomás, Rauli, y vigilá que estos me anden con juicio.

El Rauli jugueteó un instante con las llaves de la camioneta, sin decidirse a marcharse, como si fuese a decir algo más, hasta que sus pasajeros empezaron a los gritos.

—Vamos, pendejo. Vamos que nos van a quedar las sobras.

Arrancaron todos, riéndose y a los gritos. Uno de la camada más joven empezó a cantar: *a brillar, mi amor, esta noche vamos a brillar, mi amor*. Ella los saludó con el brazo en alto y se quedó mirando hasta que los vehículos subieron a la ruta y los faros traseros se fueron haciendo cada vez más débiles.

Ahora, la noche sólo para ella. Se dio una ducha y se puso ropa cómoda, cambió los

borcegos eternos por unas zapatillas que le regaló la Compañía en la última navidad. Unas adidas ridículas, color pastel, de esas que usan las mujeres para ir al gimnasio. Aunque cuando las vio soltó una carcajada y tuvo que aguantar las cargadas de sus compañeros, después terminó admitiendo que eran bastante cómodas.

Eligió la máquina más apartada de los reflectores que mantienen iluminado el obrador. La había estado manejando esa tarde y, a propósito, la estacionó fuera del círculo de luz. Una excavadora. Una de sus favoritas. Más pequeña que el resto, pero maciza. Le gusta ver cómo se hunde en el suelo y sale con la bocota dentada llena de tierra. Se sentó y apoyó los pies sobre el tablero. Dejó en el piso, a mano, el pack de latas de cerveza helada y tanteó el bolsillo de la camisa para comprobar que tenía los cigarrillos.

Ahora sí, su noche libre. El cielo cayéndose de estrellas. Pega una pitada, toma un trago y echa la cabeza hacia atrás para ver mejor. Recuerda la primera vez que vio una noche así. La única vez que fue de pesca con su padre. Tenía 10 años y los padres estaban separados. Un fin de semana que le tocó ir con él, la llevó a pescar. No le dijeron a la madre; seguramente él no lo creyó necesario, después de todo era el padre, tenía derecho. Sin embargo, tendrían que haberle avisado. No va que a su madre se le ocurre llevarle un abrigo porque había escuchado que iba a refrescar y encuentra la casa sola. Enseguida piensa que el padre la secuestró y se la llevó a Paraguay. Su madre y su inclinación a la tragedia.

Pero ajenos a todo eso, ella y su padre pescan a la vera de un río. Le parece que era un río, pero podría haber sido un arroyo o una laguna. Era pequeña y todo lo veía enorme. Los dos callados con sus cañas en la mano. Siente que tiran de la suya, siente un cosquilleo en la barriga, tira con todas sus fuerzas, en la punta de la tanza un pequeño pez plateado se retuerce contra el aire nocturno y da la impresión de que



esparce polvo de estrellas, polvo de plata bajo la luz de la luna. El padre la felicita, la atrae hacia él y le besa el pelo. Saca con sumo cuidado el anzuelo de la boca del pez.

—Hay que soltarlo, —dice.

—No —dice ella. —No, lo pesqué yo. Es mío.

—Hay que dejarlo ir. Es muy chiquito todavía.

—No. No quiero. Es mío.

—Hay que soltarlo. Que crezca. Cuando sea un pescado grandote vamos a volver a agarrarlo. Ahora no.

—Pero no quiero, papá.

El padre termina convenciéndola. Se meten los dos en el agua. Él le da el pez. Ella hunde las manos en la profundidad y las sacas vacías.

Nunca volvieron a ver si lo atrapaban. Pensó que un día ella iba a ir de pesca con su hijo, que la escena volvería a repetirse. Pero eso tampoco pudo ser. Su hijo, como aquel pez, se esfumó de pequeño. Ahora no es más que unas fotos y la cicatriz blanca que le divide el vientre a la mitad.



Su padre no recuerda esa noche de pesca. Ella se lo menciona a veces, cuando lo visita en el geriátrico donde vive. Pero él mueve la cabeza y no dice nada. Se empeña en seguir mirando más allá del cerco de álamos que crece en el parque del mejor asilo que ella puede pagar. Los álamos con sus hojas plateadas, el ruido a papel estrujado que provoca el frote del viento.

Ahora, la ruta desierta. Al mediodía, cuando acaban de verter la brea hirviendo y de alisarla con los rodillos de las máquinas, el sol cae, vertical y poderoso, la cinta asfáltica brilla como la superficie de un río. Pero oscuro.

Por el carril viejo viene un camión doble acoplado cargado hasta las manijas. Pasa despacio, el motor sofocado por el peso, la cabina completamente iluminada por lucecitas de colores. Se lo imagina al conductor con el torso desnudo, la panza cayendo sobre el cinturón, la espalda vencida. Debe ir fumando y escuchando la radio para matar el tiempo, los kilómetros

de a 80 por hora, encomendándose a la virgen protectora de los viajeros, y, por las dudas, también a la chica desnuda del almanaque. Él no puede verla, pero ella igual levanta la lata y dice buen viaje, amigo.

No termina de alejarse completamente cuando se escucha otro motor, pequeño, nuevo, poderoso. Un coche blanco se aproxima en la misma dirección que el camión, pero toma, por error o inconsciencia, el carril que están construyendo. Lo ve pasar como una flecha frente a ella. Se pone de pie de golpe soltando la lata. Sabe que no irá muy lejos. Cuando se termina el asfalto fresco, el auto comienza a dar tumbos. Se detiene a 1000 metros, tragado por la oscuridad.

Entonces ella baja de la máquina y empieza a correr. Las zapatillas responden; se ve que están hechas para algo más que gastar las suelas sobre una cinta magnética.

Llegan al mismo tiempo ella y el conductor del camión. Los dos echando bofes, fuera de estado. Las máquinas, los camiones: es hermoso conducirlos, pero te arruinan para la vida pedestre.

El conductor del camión trae una linterna de las grandes. El auto está con las cuatro ruedas para arriba, contra un alambrado. Bajan los dos, entre los pastos. Él apunta con la linterna el interior del coche o lo que queda de él. Bajo el haz de luz, se topan con la cabeza del chico hecha puré contra el parabrisas. El hombre desvía rápidamente la linterna.

Me cago en la mierda, dice.

Se sientan en los yuyos. Todavía respiran agitados. El hombre apaga la linterna. Le convida un cigarrillo. Ella tiene ganas de llorar, pero se contiene. No es momento.

El conductor le pone una mano en el hombro, una mano pesada, con la palma endurecida por el volante. Para apoyarla a ella o buscando apoyo, no entiende bien.

Da una bocanada profunda y junto con el humo aspira el aire húmedo de la madrugada

Cruzando al otro lado*

Gloria Lenardón

*Alicia se levantó de un brinco...
nunca había visto un conejo con chaleco, menos con un reloj en el bolsillo.
Y ardiendo de curiosidad
lo siguió por la pradera.*

*Probó la llavecilla de oro en su cerradura
y con alegría vio que ajustaba
perfectamente. Alicia abrió la pequeña puerta:
daba a un pasillo diminuto,
no mucho mayor que una ratonera. Se arrodilló para mirar dentro y vio que
el fondo se abría al jardín más maravilloso que pudiera imaginarse.*

No es que debajo del árbol estuviera aburrida, al menos no tanto. El paraíso era flaco, se perdía un poco entre los canteros y los otros árboles frutales. Miraba como una de mis hermanas levantaba esas bolitas arrugadas que picaba para después guardarlas en un frasco.

—¿Vas a ayudarme o no? Falta agua para la sopa.

Más valdría perseguir a mi gallina, pensé, tenía los dedos sucios, las bolitas eran muy pegajosas. Aunque había otras cerca yo busqué la blanca. No es cierto que todas las gallinas son iguales sin personalidad y tontas, que para diferenciarlas basta con tener en cuenta el color de las plumas, eso es muy superficial. Mi gallina

era inteligente, blanca y de ojos colorados.

—¡Eva siempre persiguiendo las gallinas! No vamos a invitarla a tomar la sopa, mi hermana buscó apoyo en las otras dos, pero no estaban por ningún lado, como tenían revistas se iban a la plaza a recortar las actrices con fama.,

En el patio había desniveles, caminitos con gramilla desapareja, la gallina tomó uno para escaparse. Yo la seguí. Iba muy rápido, por debajo de las plumas apenas se le veían las patas. Eligió el ligustro, lo eligió, puedo asegurarlo, el azar no contó para nada. En un punto del camino se desvió y lo buscó, avanzó hacia él en línea recta. Yo la seguía presintiendo no sé qué, di por descontado que sabía algo.

* Fragmento de la novela *Eva maravillosa*

Había un hueco, bastante bien disimulado entre las hojas y las ramas.

Metimos la cabeza y las puntas nos rasparon. No te pinches, me adelanté. Al otro lado del hueco había árboles. La mayoría torcidos. Ralos. Debajo de algunas copas había yuyos como para tapar a una persona alta. También pozos que se inundaban con las lluvias, el agua estancada tenía muy mal olor, yo me tapé la nariz y desvié la cabeza.

¡Eh!, la gallina me había dado un picotazo. Me dolió. La empujé para vengarme pero ni se mosqueó, miraba algo demasiado alerta.

Por entre el yuyal alguien se abría paso, tenía el pelo revuelto como una bruja y un vestido

largo, brillante, que se le aplastaba debajo de una bolsa que podía arrastrar apenas.

Me metí más en el hueco.

—¡Que la abra! ¡Que la abra! Me entusiasmé.

Ni que me hubiera escuchado. Con esas manos secas como los yuyos trataba de deshacer los nudos, había muchos, era difícil por esa cuerda de la bolsa de tela vieja muy retorcida y rasposa.

—¿Ves?, ¿ves? Capaz que saque dulce de naranjas y nos invite a comer —le dije porque levantó un frasco. Mi gallina torció el pico.

¡No! Grité. No quería otro picotazo: “En el frasco hay un ratón contento de encontrar un hueco, un buen lugar para vivir”.



Apenas si alcancé a terminar. La gallina salió disparando perdiendo unas cuantas plumas.

—¡Epa! Me ofendí. Es muy grosero plantar al otro.

Entonces lo vi. ¡Yira! ¡Yira! San Roque, San Roque, que ese perro no me toque.

En un santiamén la del pelo revuelto cerró la bolsa y la arrastró por entre los pozos aplastando el yuyal. Yira Yira la seguía sin ocultar sus intenciones, se le veían todos los dientes. ¿De qué vive? ¿De maleza? pensé, y me respondí: de la melaza que se forma con la maleza y el agua sucia del pozo. Me vio. Husmeando la bolsa Yira Yira me vio.

—¡Pero si no tiene malas intenciones! grité. Grité a la del pelo revuelto en un intento de detenerla para que al menos le largara al perro el ratón. Grité y corrí.

Corrí tras la gallina porque la pobre estaría aterrizada y yo que siempre estaba tan segura de mi sangre fría tenía el deber de tranquilizarla.

Corrí durante unos minutos con todo lo que me daban las piernas, hasta que apareció un rapado, un rapaz rapado, más rápido que un gavián se me adelantó unos metros, llevaba algo en la mano. Con mucha curiosidad y bastante desconfianza preguntó disparando:

¿Alguien busca a la misma que yo busco?

El plagio

Federico Ferroggiaro

Cargado con sus hombres, todavía más extraños con esa imposible expresión satisfecha en los rostros, el bote oscilaba junto a la carabela inmóvil. Demorada, la oscuridad se iba condensando en un bostezo de noche. Recortada tras el esquife, la luna era un grumo impasible velando el vaivén de las olas. Él, ejerciendo su derecho, se apresuró a trepar hasta el navío porque el júbilo, la alegría grosera de la tripulación le parecía irracional, de una irresponsabilidad sediciosa. A pesar de que en torno, en la cubierta, se palpitaba la fiesta, el vino viril de las sierras y las canciones que recordarían lo que el mar, tanto mar, alejaba, caminó con determinación a refugiarse en la cabina. Del castillo de popa, le llegó la voz exultante del escribano que, repitiendo su nombre, intentaba detenerlo. Cerrando con un golpe el portillo, permaneció a oscuras, respirando aquel olor próximo, familiar: el de sus libros y sus ropas, el de su cuerpo ansioso que, por días y noches había encontrado allí, un hogar, una patria.

Tras una jornada transcurrida a la intemperie, la sacra posesión consumada frente a esos ojos aturdidos, o quizás irónicos, la pesada marcha atravesando el follaje, cociéndose envuelto por

aquel calor y ese ropaje inapropiado, absurdo, bufonesco; se sentía más fatigado que dispuesto a disfrutar su hallazgo. No era su voluntad, pero no podía rehuir de aquel malestar, de esa especie de vacilación que le impedía distenderse ante el logro de lo que, por tantos años, había ambicionado. Al fin, tras encender una vela, se dejó caer frente al escritorio y permaneció de espaldas a la litera, para no flojear ante la tentación de acostarse y dormir, dormir y espantar todos esos jirones de pensamientos que lo mortificaban. ¿Quiénes eran esos seres? ¿Eran hombres o eran bestias? ¿Hijos de Dios o demonios lujuriosos, íncubos, súcubos? ¿Podía él siquiera sospechar que, en vez de a las Indias, había llegado al Paraíso, o al Infierno? ¿Cómo aceptar ante los reyes y demás benefactores que aquellos seres representaban un peligro para sus creencias más profundas y los intereses que tanta sangre —y tantas riquezas— habían demandado a la Corona?

De la vegetación lejana, intangible, un contorno apenas del que brotaban, mágicas, las hogueras, oía el golpeteo cadencioso y febril de los tambores. Aquella música y la danza invisible serían un festejo, el festín salvaje donde aquellos, en tierra firme, celebraban el



encuentro, la visita de esos hombres tan diferentes como eran ellos: castellanos, vénetos, genoveses, sefardíes; los europeos. Quizás los tomaban por una maldición y, el fuego, los cánticos ululantes, y los alaridos que intimidaban al silencio, eran para empujarlos de regreso a ese cielo del que los creían enviados. O no. Tal vez agradecían a sus dioses haberles mandado tres barcos cargados de ingenuos que trocaban cuentas, cascabeles y bonetes por los alimentos que, a ellos, la tierra les brindaba sin mezquindad. Pero no tenía modo de corroborar aquellas suposiciones, en tan poco tiempo y sin un lenguaje que los acercara.

Un presentimiento, una duda ingrávida pero aún así, concreta, convincente, le subrayaba detalles misteriosos, incongruentes. Había entrevisto, como en los vórtices confusos de un cielo huracanado, un destello de divina humanidad latiendo en el fondo de esos ojos exóticos. No sólo en los del jefe, su *cací*, sino también en todos los pares gemelos que los observaban. Un rescoldo inhóspito, sagrado. Una vivacidad que alejaba cualquier presunción de bestialidad o salvajismo. Al principio lo habían confundido la desnudez impúdica, las tinturas que, en enigmáticas composiciones, cubrían los



torsos y las caras pardas. Y la distribución de las viviendas, el ocio indo-lente, el aroma péfido que, de a ratos, se estancaba en el aire. Sin embargo, podía encontrar una lógica en aquellos hábitos. Los cuerpos desguarnecidos se amoldaban al calor perenne y, a pesar de su precariedad, las endeble moradas alcanzaban para ofrecerles seguridad y cobijo. Las pinturas en el cuerpo y las perforaciones eran un modo primitivo de adornarse, de señalar diferencias jerárquicas que la falta de vestidos les impedía evidenciar. Se acarició el mentón, obnubilado, conforme de poder razonar con lucidez sobre esos seres ajenos, al borde del mundo. Pero había algo más, otro aspecto inquietante. Álvaro, con gestos y sonidos, había cambiado con uno de ellos, diez cuentas de vidrio por un pequeño pendiente de oro. Martín, Narváez y Miño, jocosos, celebraron la ventaja del trueque y, buscando a otros nativos desatentos, habían repetido la maniobra. Entonces, él también se había reído sin saber que, ahora, en aquel instante en el que reencontraba la estela de sus ideas y podía seguirlas, pasaría de la risa a una confusión que lo alarmaba.

A la mórbida luz de la vela y repasando con frialdad los hechos, entendía que no había, que no era real tal “ventaja”; el candor o la torpeza de los que, para sus hombres, salían del cambio desfavorecidos. Se le ocurría que los nativos manejaban otros valores, que para ellos se imponían la cantidad y el peso antes que la pasajera y artificial importancia que gozan ciertos objetos. Diez cuentas de vidrio por un insignificante pendiente. Lo veía con claridad: ellos ganaban en cantidad y en peso, a la vez que recibían algo desconocido, nuevo. Lo mismo ocurría con los alimentos; si a ellos les sobraban, ¿qué perdían entregándolos a cambio de nada si, ante aquella sumisión, ellos, los intrusos, se sorprendían y alegraban?

Eran muestras de astucia y precaución, de agilidad para reaccionar frente al peligro. Él había

sentido que, desde el primer contacto, después de la ceremonia de posesión, ellos solamente deseaban alejarlos, obligarlos a marcharse de su isla a buscar lo que fuera que quisieran en otras partes. Al comprender que era el oro el motivo, el anhelo, el fin; de inmediato, decenas de ellos habían señalado a lontananza, hacia el horizonte de mar que perforaba el occidente. El Almirante sospechaba entonces que, de haberles presentado unos olivos o un racimo de uvas de Castilla, ellos le hubieran devuelto la misma mueca de educada comprensión y, sin dudas, hubieran señalado hacia el poniente masticando esos sonidos que querrían decir: “ah, usted quiere esas cosas... vaya hacia allá, sí, hacia allá bien lejos, bien bien lejos... allí encontrará montones, montañas de eso”. Y todo para espantarlos, porque ellos tampoco debían saber con quiénes se habían cruzado, quiénes eran esos intrusos que con cruces, espadas y estandartes habían desembarcado en su isla, para invadirlos o para salvarlos.

Con todas esas evidencias, ¿podía creerlos inferiores, salvajes, imbéciles? No, claro que no: eran lo distinto y a través de ellos podían recuperar un estado perdido: la pureza, la vida simple y dichosa, la proximidad de Dios. Eran apenas lo increíble, pero él debía, sí, de alguna manera tenía que encontrarles una forma, un significado. Un escalofrío detuvo sus cavilaciones. ¿Qué estaba haciendo? Si no le convenía creer, ni siquiera pensar eso que contradecía los saberes y atentaba contra sus aspiraciones. Entonces, cómo llamar a lo que no existe o cómo bautizar lo innominado. Podía haber un nombre para cada cosa, un nombre nuevo o repetido, apenas, con un ligero cambio en el tono, en los acentos, en la finalidad. Pero hay otras que deben continuar mudas, como algo vago, difuso, que solo acepta una mención genérica, mayor, que no se arriesga a dar una precisión que la distingue y la saque del caos, de lo “otro”, nada

más. Lo difícil consistía en encontrar un modo de describirlos. Tan diferentes a lo conocido y, a la vez, tan sencillos y dóciles, tan enigmáticos e incomprensibles. ¿Con qué palabras de ese idioma prestado y escurridizo nombrarlos? Sus reflexiones traspasaban aquella frontera y continuaban internándose en un problema más profundo, en otros interrogantes que se suspendían sobre un abismo. ¿Qué eran en verdad los nativos? ¿Los lequios que mencionaba Polo, criaturas edénicas o seres que tras haber cumplido infinidad de etapas habían renunciado a lo complejo, al saber, a la codicia para encontrar en lo natural, en lo inmediato, a Dios, a la felicidad, a la vida verdadera? Tenía que decir, que apuntar algo definitivo y creíble en su cuaderno de bitácora. Escribir una impresión, sus vivencias, lo que había visto y, aunque después tuviera que modificarlo, que ir enmascarándolo hasta convertirlo en otra fantasía, un punto por el que empezar, un puerto de partida. De pie, hurgó entre los instrumentos y los mapas, tomó el grueso volumen los viajes de Sir Mandavila y hojeándolo al azar, repasó las fabulosas descripciones de las mujeres con barbas, de los hombres con seis brazos, de los gigantes y cíclopes que poblaban, en la mente de aquel farsante, los mundos desconocidos. Sonreía encantado ante esa cadena de delirios y se repetía, entre la oscuridad y el silencio, una pregunta que lo alentaba “¿y por qué no?” Al fin, en una de las marcas, leyó: *“En aquesta tierra faze también muy grande calor y es costumbre de andar entre ellos, hombres y mugeres, desnudos... dizen que el hombre no deve aver vergüença si se mira tal cual Dios lo fizo... y no hay entre ellos mugeres casadas, ante todas ellas son comunes y no reúsan hombre alguno... y de aquesta manera es la tierra común... cada uno puede tomar parte porque todas las cosas son comunes... Pero ellos tiene una malvada costumbre: que comen más de grado carne de hombres que ninguna otra*

carne... Y dizen que aquesta es la mejor carne y más dulce del mundo”. ¿Y por qué no?

La pluma se anticipó a sus razonamientos y escribió en la bitácora, sin temer que la similitud de las nociones, volvieran dudosos sus asertos: *“... ellos andan todos desnudos, como su madre los parió, y también las mugeres...”* y prosiguió con la híbrida descripción de las tinturas, de los animados colores con los que adornaban sus cuerpos y sus rostros. Decidió que el tema de la propiedad común de las mujeres y la tierra las retomaría luego, en la próxima o en la ulterior jornada cuando una afirmación de esa peligrosidad no pareciera intempestiva. Pero sobre el canibalismo, sí, de ese tema podía permitirse anticipar unas líneas: *“...yo vide algunos que tenían señales de feridas en sus cuerpos y les hice señas qué era aquello y ellos me amostraron cómo allí venían gentes de otras islas que estaban açerca y les querían tomar...”*

En su cabina, lejos de ellos, el enigma se presentaba como un signo abierto, capaz de contener todos o ningún sentido. Una confusión opresiva, una imposibilidad que lo abrumaba. Volvió a sentarse, después de dar vueltas en círculos hastiado de leer las invenciones de Sir Mandavila, y el crujido de la silla aceptando su peso lo emocionó, porque era su única certeza. Él, su existencia, su turbación, sus miedos. Repasó las últimas líneas del diario para comprobar que no copiaban al original y creyó que bien podía ampliarlas con una conclusión optimista, que dejara felices a los Reyes y a la Iglesia. Mojó la pluma y sin rumiar lo que seguía, escribió: *“Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían”*.

La oscilación de la nave, aquel fragmento prodigioso del mundo al que pertenecía, allá, tan lejos, después de tanto mar, se le ocurrió de pronto tan frágil como sus ideas, como sus convicciones, como lo que podía ser, o no, verdad.

Sobre los autores

POETAS

Leonardo Martínez (Catamarca, 1937). Estudió música en la Escuela Superior de Música de la Universidad de Tucumán, institución donde ejerció también la docencia hasta 1980, año en que regresa a Catamarca. Desde 1990 reside en Buenos Aires. Sus versos han aparecido en diversas publicaciones especializadas del país y del extranjero y en numerosas antologías. Ha recibido distinciones nacionales y provinciales. Su producción abarca once títulos, entre otros: *Tacana o los linajes del tiempo*, *Ojo de brasa*, *El señor de Autigasta*, *Asuntos de familia y otras imposturas*, *Rápido pasaje*, *Jaula viva*, *Estricta ceniza*, *Las tierras naturales*, *Los ojos de lo fuzaz*, etc.

Santiago Sylvester (Salta, 1942). Es autor de doce libros de poesía, de un libro de cuentos y uno de ensayos, publicados en Argentina y España. Ha recibido los premios Provincia de Salta, Fondo Nacional de las Artes, 3er. Premio Nacional de Poesía, Gran Premio Internacional Jorge Luis Borges y Municipal de la Ciudad de Buenos Aires. En España recibió los premios Ignacio Aldecoa, de cuentos, y Jaime Gil de Biedma, de poesía. Es autor de dos antologías de la poesía del Noroeste Argentino (Fondo Nacional de las Artes). Dirige la colección Pez Naufrago, de poesía, y es codirector de la colección de ensayos Época, ambas en Ediciones del Dock (Buenos Aires).

Juan Carlos Moisés (Sarmiento, Chubut, 1954). Publicó *Poemas encontrados en un huevo* (1977), *Ese otro buen poema* (1983), *Querido mundo* (1988), *Animal teórico* (2004), *Palabras en juego* (2006), *Museo de varias artes* (2006) y *Esta boca es nuestra* (2009). Figura, entre otras, en *Una antología de poesía argentina*, Lom ediciones, Santiago, Chile, 2008, y *200 años de poesía argentina*, Alfaguara, Buenos Aires, 2010. Director teatral y dramaturgo. Publicó las obras *El tragaluz* (2007) y *Desesperando* (2008), y el libro de cuentos *La velocidad de la infancia* (2010). Como dibujante y guionista de historietas ha publicado trabajos en medios gráficos. Vive en su pueblo natal.

Alejandro Schmidt (Villa María, Córdoba, 1955). Publicó 38 libros de poesía, entre ellos. *Tajo en la piedra* (1984), *Serie americana* (1988, segunda edición corregida 2008), *Dormida, muerta o hechizada* (1993), *El diablo entre las rosas* (1996, segunda edición 2006), *Escuela industrial* (1996, segunda edición corregida y aumentada, 2008), *El patronato* (2000), *Casa en la arena* (2006), *Videla* (2009), *Arbol viudo* (2011), *Tú* (2011). Ha merecido más de 20 premios a nivel nacional e internacional por su obra poética y editorial. Parcialmente fue traducido al inglés, alemán, italiano, rumano, catalán y portugués. Entre 1991 y 2007 dirigió la editorial de poesía Radamanto.

Samuel Bossini (Santiago del Estero, 1957). Publicó los poemarios *El sonido y la furia* (1981), *Para una fiesta nocturna* (1983) y *Oscura tierra* (1991). El libro *Mundo natural*, al que pertenecen los poemas antologados, aún permanece inédito. Residió desde 1983 hasta 1989 en Europa (España, Italia, Francia y Portugal). Poemas y textos fueron publicados en diarios y revistas de Argentina, Chile, Uruguay, México, España, EE.UU. y Ecuador. Desde 2002 dirige *Malvario*, revista de literatura y arte. Su poesía está incluida en el libro *200 años de poesía argentina*, editado por Alfaguara.

Jorge Spíndola (Comodoro Rivadavia, 1961). Ha vivido en distintos lugares de Argentina y del sur del continente. Reside en Chubut, su provincia natal. Publicó los poemarios *Matame si no te sirvo* (1995), *Calles laterales* (2002) y *Jerez volcado* (2009). Obtuvo el Premio Nacional de Poesía del XVI Encuentro de Escritores Patagónicos 1994, Fondo Nacional de las Artes. Su libro *Calles laterales* fue finalista del Premio Internacional de Poesía del Festival de Medellín, 2007. Su obra es ampliamente conocida por su vínculo con la oralidad, en recitales, grabaciones, espacios teatrales y performances con artistas plásticos. Integra el Colectivo de Trabajo Artístico "Bajo Los Huesos".

Sergio De Matteo (Santa Rosa, La Pampa, 1969). Ha conducido los programas radiales *En busca del tiempo perdido* (1992), *Música de cañería* (1996), *Somos lo que buscamos* (2007/8), *Espacio Fahrenheit* (2009), *El Estado de las Cosas* (2007, hasta la actualidad). Ha publicado las plaquetas *Soles violentos* (1995); *Absurdo/Absoluto* (1996); y los libros *Ozono* (1997); *Criatura de mediación* (2005); *El prójimo: pieza maestra de mi universo* (2006) y *Diario de navegación* (2007). Miembro fundador del colectivo artístico *Patria de arena* y del *Grupo de la neurona poseída*. Editor de la revista *Che, Artes y Culturas en Abya Yala*, rebautizada *Museo Salvaje* (2001). Ha organizado medio centenar de eventos culturales con conferencistas y poetas argentinos y extranjeros. Integra el sello colectivo el suri porfiado. Colabora con investigaciones y artículos en diarios, revistas y sitios web del país y extranjeros.

Rodrigo Galarza (Corrientes, 1972). Es profesor en Letras. Ha publicado en diarios y revistas de su provincia, de Buenos Aires, de Madrid, de México y de EU. En Madrid, ciudad donde vive desde 2001, ha brindado recitales de poesía a través de la Red de Arte Joven y se ha desempeñado como editor del sello Amargord, además de dirigir la *Revista de estudios poéticos* y el ciclo de poetas en vivo de la misma casa. Publicó: *Soles dormidos* (1992), *Cuentionario* (1994), *Diluvio en la memoria* (1995), *Ráfagas de pájaros* (1997), *Relámpagos de crepúsculos* (2000), *El desierto de la sed* (2005), *Odiseo en Lavapiés* (2007) y *Parque de destrucciones* (2008). Es compilador de la antología *Los poetas interiores (una muestra de la nueva poesía argentina)*, publicada por Amargord en 2006.

Geraldine Palavecino (Salta, 1973) es Licenciada en Letras. Publicó *Ritual de las sierpes al fuego* (1991, Primer Premio para Autores Inéditos de la Provincia de Salta) y *Bajo tu peso* (2000). El libro *Talismán de Saturno*, próximo a publicarse, ganó el Primer Premio para Autores Éditos de la Provincia de Salta (2011).

Julián Axat (Buenos Aires, La Plata, 1976). Ha publicado en diversas revistas nacionales y extranjeras. Su poesía ha sido traducida al francés, inglés y portugués. En el año 2007 funda la colección de poesía *Los detectives salvajes*, de la editorial Libros de la Talita Dorada. En el año 2010 prepara y edita la Antología *Si Hamlet duda le daremos muerte (Antología de poesía salvaje)*, que reúne a 52 poetas argentinos nacidos a partir de 1970. Publicó los libros de poemas *Peso formidable* (2004); *Servarios* (2005); *Medium* (2006); *Ylmyynarya* (2008).

Elena Annibali (Oncativo, Córdoba, 1978). Estudió Licenciatura en Letras Modernas en la Universidad Nacional de Córdoba. Tiene publicados los libros de poesía *Las madres remotas* (2007) y *tabaco mariposa* (2009). Integró varias antologías de poesía y narrativa, entre ellas: *Cucrito-Antología de poetas argentinos* (México, 2010); *Quince-Antología de poetas mujeres de Córdoba* (2010).

Tomás Watkins (Neuquén, 1978). Publicó *26* (2004, segunda edición 2007). Con su obra inédita *Mitología* obtuvo, en 2004, el Primer Premio en Poesía de la Universidad Nacional del Comahue. Sus poemas aparecen en varias antologías, entre las que destacan *Desorbitados. Novísimos poetas del sur de la Argentina*, publicada por el Fondo Nacional de las Artes (2009), y *Si Hamlet duda le daremos muerte*, publicada por Ediciones de La Talita Dorada (2010). Formó parte del grupo músico-poético *Celebriedades*, con el cual difundió la poesía por toda la Patagonia argentina y el sur de Chile.

Eliana Drajer (San Martín, Mendoza, 1979). Publicó el libro de poemas *Muñequitachocadora* (2009). Es Profesora y Licenciada en Comunicación Social (UNCuyo). Sus textos han sido seleccionados, desde 2004, para integrar diversas antologías de Argentina, México y España. Participó en el grupo de poetas mendocinos "Carne Fresca" y "Faltan 2" y actualmente es integrante del grupo "La moledora de carne" y de la Red Nacional Itinerante de Escritores.

Tony Zalazar (Chaco, 1980) Es Profesor en Letras y fundador, junto a Luis Argañarás y Mario Caparra, del *Ananga Ranga Taller*, un taller literario y editorial que difunde las obras de escritores de la región. Publicó *Poemas de Tractores* (2001) y *Dios TV* (2004) (ambos en coautoría de Mario Caparra), *Ser De Ruido* (2006), *Tajos* (2009) y *Querencia* (2009). Participó en varias antologías y también realizó la tarea de antólogo en *Ida y Vuelta* (poesía de Chaco y Corrientes, 2006) y en *Poemas con Famosos* (2010).

Carlos J. Aldazábal (Salta, Argentina, 1974). Publicó los libros de poesía *La soberbia del monje* (1996), *Por qué queremos ser Quevedo* (1999), *Nadie enduella su voz como plegaria* (2003), *El caseño* (2007), *Heredarás la tierra* (2007), *El banco está cerrado* (2010) y *Hain. El mundo selknam en poesía e historieta* (2012). Entre otros, obtuvo el Primer Premio del Concurso "Identidad, de las huellas a la palabra", organizado por Abuelas de Plaza de Mayo. Coordina el Espacio Literario Juan L. Ortiz del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, en la ciudad de Buenos Aires.

Alberto G. Fritz (Viedma, Río Negro, 1962). Coordinador de talleres de escritura creativa; editor entre 1989 y 1995 del periódico mural de literatura: *Cavernícolas, no más ciudades planas*. Libros de poesía publicados: *Animal sumergido*, Buenos Aires, 1989; *Los juegos menores*, Río Negro, 1991; *Fragmentos de un diario de mar*, Buenos Aires, 2001; *Ecología del amor*, Buenos Aires, 2001; y *El lugar más iluminado*, Viedma, Río Negro, 2006.

Verónica Padín (Neuquén 1977) Participó en el 2009 en la antología coordinada por Cristian Aliaga *Desorbitados. Poetas novísimos del sur de la argentina*, editado por el Fondo Nacional de las Artes. En 2011 y 2012 formó parte de un colectivo de artistas: producción autogestiva de tres espectáculos de poesía: *Poetas en la Cucha*, *Curia Poetas* y

Mostro Verso. Realizo para los espectáculos los videopoemas: *Y no en el cielo* y *Qué queda de los otros*. A finales del 2012 recopila sus trabajos individuales y colectivos en el sitio web: <http://www.padinoia.com.ar>.

Silvia Renee Mellado (Zapala, 1977) publicó los libros de poesía *Celuloide* (Educa 2005), *Acetato* (Educa 2009), *30 imágenes movimiento. poesía en rollo* (edición on line 2010) y *moneda nacional* (edición de la autora, libro artesanal impreso en papeles de perfil de petróleo, 2012). Integra diversas antologías. Docente e Investigadora de la Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, Argentina.

Ricardo Costa es docente y reside en la ciudad de Neuquén. Obras publicadas: *Casa mordaza* (1990); *Homo dixit* (1993); *Teatro teorema* (1996); *Danza curva* (1999); *Veda negra* (2001), *Mundo crudo. Patagonia satori* (2005); *Fenómeno natural* (2012). En 2011 publicó la novela *Fauna terca*. Ed. El Suri Porfiado. Algunos reconocimientos: *Primer Premio Fondo Nacional de las Artes 1998*; *Tercer Premio Concurso Iberoamericano de Poesía Neruda, Chile 2000* y *Conc. Poesía en Tierra. Fondo de Cultura Económica-Centro cultural de España 2004*; *Primer Premio II Concurso Nacional de Poesía Javier Adúriz 2012*. En 2008, en México, su obra *Mundo crudo, Patagonia satori* fue ganadora del Premio Internacional de Poesía Macedonio Palomino para obra publicada.

Aldo Parfeniuk (Córdoba 1945). Libros de poesía: *La Quirca* (1976), *Caída Libre, libre* (1981), *Lo perdido* (1985), *Provincia verde y espinosa* (1991), *Amor y más Amor* (1992), *Un cielo, unas montañas* (1996), *Los días verdaderos* (1999) y *Por donde sube el cerro al cielo* (2010). Libros de ensayos: *Filosofía del poema* (1982), *Manuel J. Castilla, desde la Aldea Americana* (1990); *Conversaciones* (1994); *Mundo Romilio* (2005) y *Alberto Burnichon, Libro de Homenaje* (2006). Publica poemas y artículos en diarios y revistas del país y del extranjero.

Griselda Gómez (Villa María, Córdoba, 1962). Publicó los libros: *Vigías en Sombras* (1988), *Lloviéndome los Ojos* (1993), *Condenados del Vacío* (1998), *Náufragos de Palabras* (2005), *Flores del Bien* (2008), *Andalucía nueva ignara* (2013). Integra las antologías *Poesía de la Mujer Argentina* (Buenos Aires, 1986) y *Córdoba Poética del Siglo XX* (Tomo II, Córdoba, 1999). Desde 1986 se dedica a la investigación en el ámbito de los Derechos Humanos.

Hernán Jaeggi (Córdoba, 1953) es dramaturgo, guionista de televisión y coordina talleres literarios. Publicó los libros de poemas: *Último recurso* (1978), *Zona marginal* (1984), *Las manos en el fuego* (1986), *Vincent* (1994), *La sombra de la pipa* (2004) y *Carnalval* (2010). Ha colaborado con páginas culturales en diarios y revistas de Córdoba, Buenos Aires y Asunción (Paraguay). Sus poemas han sido seleccionados para antologías de Argentina y del extranjero.

Alejandra Méndez (San Cristóbal, Santa Fe, 1979). Reside en Rosario. Ha sido organizadora de diferentes encuentros y festivales en su provincia. Ha colaborado en diversas revistas literarias. Ha participado en ciclos de lecturas y encuentros o festivales de Poesía en el país. Tiene el libro *Tarde Abedul*, próximo a editarse.

Alejandro Pidello (Rosario en 1947). Fue cofundador de la revista de poesía *La Cachimba*, que se editó en Rosario entre 1971 y 1974. Publicó en 1973, *Los colores del salón de lectura*, en 1997, *El Diabolo in albis*, en 2007, *Estación de animales buenos* (Papeles de Boulevard, Rosario; Premio Provincial Trienal de Poesía "José Pedroni" 2009) y en 2011, *Las alas de Ángela*. Textos suyos se incluyeron en varias antologías. Fue incluido en el *Breve diccionario biográfico de autores argentinos* en 1999. Actualmente es co-editor del sello editorial Papeles de Boulevard.

David Alberto Fuks (Rosario, 1950). Es psicólogo, ensayista, poeta y narrador, traductor, editor (*Press Scripta* Ed.), investigador y artista plástico. Dirige la revista *Étimos*. Primer Premio Internacional de Poesía "Nuria Villá" de la Universidad Nacional de Tucumán. (2009). Distinción *pedes in terra ad sidera visus* (U.N.T., 2012). Publicó en poesía: *Diciembre cuando apuñala a traición*, (Ed. La Lámpara Errante, Bs. As. 1991), *Codicia de Piélagos*, (Rosario, Press Scripta Ed., Col. de Poesía 2008). *Antología de diez poetas y uno más*, (Ed. Alfil, Tel Aviv, 1980).

Fabrizio Simeoni, (Rosario, Santa Fe, Argentina, 1974). Es poeta y periodista. Fue codirector de "Los Lanzallamas", revista de arte y literatura. Colaboró con distintos medios radiales y gráficos. Actualmente coordina talleres literarios. Obtuvo el primer premio en el concurso de poesía Felipe Aldana de la Editorial Municipal 2007, por su obra "Cavidades del recreo" escrita en forma conjunta con Fernando Marquinez. Ha publicado una decena de libros de poesía y narrativa.

Fernando Belottini (Santa Fé, 1962). Desde el año 2000 reside en Concordia (Entre Ríos). Editó *Astucias que por sutiles se aniquilan a sí mismas* en 1990. (relatos), "Textos sin destino" (Editorial de Entre Ríos - 2010 - cuentos) Obra ganadora del Premio Fray Mocho 2008, máxima distinción de las letras entrerrianas. Fundó y forma parte del Consejo Editorial de "Autores de Concordia" (www.autoresdeconcordia.com.ar). Fue premiado en narrativa, poesía y teatro. Publicó textos de esos géneros en diversas antologías, en medios gráficos y sitios web. En 2009, fue incluido en la "Antología de Humor Entrerriano". En 2013 fue jurado del Premio Anual Municipal de Literatura 2012- Género Novela de Paraná.

Florencia Giusti (Rosario, Santa Fe, 1990). Cursa actualmente el 3 año de la carrera de Letras en la Universidad de Rosario. Ha participado en ciclos de lectura de su ciudad como: *Poetas Corrientes* y *Poetas del Tercer mundo*. En 2010 participó de un encuentro de poesía joven en

Buenos Aires organizado por la Asociación de poetas argentinos (APOA). Actualmente participa en *acción poética Rosario* un colectivo-mural artístico junto con poetas y artistas de su ciudad. Su obra inédita se titula *Estuche*.

Gustavo Tisocco (Corrientes, 1969). Tiene publicados ocho libros "*Sutil*", "*Entre soles y sombras*", "*Paisaje de adentro*", "*Desde todos los costados*", "*Pintapoeemas*", "*Cicatriz*", "*Rostro ajeno*" y "*Terrestre*" además cuatro CD "*Huellas*", "*Intersecciones*", "*Corazón de níspero*" y "*Terrestre*". Participó en diversas antologías en el país y diferentes partes del mundo. Recibió varios premios. Asistió a eventos nacionales e internacionales como poeta invitado. Su poesía ha sido traducida al portugués, francés, catalán, italiano, inglés.

Jorgelina Paladini Rosarina, docente, poeta y narradora. Obra publicada *Un poco de magia* (1995), *Límites del tiempo* (1999), *Luces y sombras* (2000), *El gesto final* (2004), *Habitando insomnios* (2004), *El último refugio de la sombra* (2009), *De 1000 amores* (2011), Obra inédita *Poemas para New York*, *Poemas de otoño*, *Destino y Juego*, *Con un poco de humos*, *El regreso y otras historias*.

Leandro Llull (Rosario, 1983). Publicó el libro *Disonancia del jardín* (EMR 2009) y el trabajo *La lengua en soledad* dentro de la obra colectiva *Prueba de soledad en el paisaje* (Mansalva 2011). Recibió una mención del Fondo Nacional de las Artes en el año 2008, el premio municipal Felipe Aldana en el 2009, y las becas de poesía de Estación Pringles (2010) y del Fondo Nacional de las Artes (2011). Participó en la coordinación del ciclo de lectura *Poetas del tercer mundo*, y en la actualidad se encuentra a cargo del taller de la Biblioteca Popular para el Desarrollo Social.

Marcelo Leites (Concordia, Entre Ríos, 1963). Poeta y crítico literario. Publicó diversos libros de poemas, entre otros, *El Margen de la aldea*, 1992; *Ruido de Fondo*, en Asunción del Paraguay, en 2001; *Tanque australiano*, en Buenos Aires, en 2007 y *Resonancia de las cosas* en Ediciones en Danza, 2009. Seleccionó y prologó la Antología de poesía entrerriana: "*Las nuevas voces de Entre Ríos*", editada por la página web www.poeticas.com.ar, en marzo de 2008. Tiene un blog: "*La biblioteca de Marcelo Leites*", donde está publicando una selección de poesía universal y otro personal: Miscelaneas.blogspot.com

Mariana Vacs (Rosario, 1967). Pertenece al grupo de poetas "*Cuando el Río Suená*". Participó en Encuentros de Poetas en México y Costa Rica. Colaboró en diversas antologías, revistas y publicaciones literarias de Argentina y Latinoamérica. Publicó *Infimo Infinito* (poesía), Ed. Tantaña, Buenos Aires, Argentina, 2006 y *Espina de Maguay*, Ed. El Mono Armado, Buenos Aires, Argentina, 2012.

Patricia Cuaranta (Reconquista, Santa Fé, 1966). Se arrevió con la danza, el teatro, la arqueología y los poemas. Ha publicado *Eclisiones*, poesía 2006; *Pequeñas Ferocidades*, poesías, 2008; *Retahilos*, poemas y narrativa poética, todos por Editorial Ciudad Gótica, Rosario, Argentina. En la actualidad vive, muere y ama en Rosario cada día.

Patricia Severín es poeta y narradora. En la actualidad vive en la ciudad de Santa Fe, (Argentina). Desde el 2012 co-dirige la editorial PALABRAVA. Ha obtenido, varios premios, entre otros, el Primer Premio en cuento en el Concurso Nacional Alicia Moreau de Justo; Primer Premio en cuento Las Tierras Planas; Premio Publicación Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe; Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores -por dos veces-; Tercer Premio Poesía del Fondo Nacional de las Artes 2002, Premio Municipalidad de Buenos Aires, Premio Macedonio Fernández; Premio Latin Heritage Foundation, poesía 2010. Sus textos se hallan en numerosas antologías nacionales e internacionales.

Rodrigo Galarza (Corrientes, 1972). Es profesor en Letras. Ha publicado en diarios y revistas en su provincia, Buenos Aires, Madrid, Asunción del Paraguay, de Nord Carolina, EEUU, y de México. Ha publicado una docena de poemarios, entre los que se encuentran: *Soles dormidos* (poemas, 1992), *Cuentionario* (1994), *Ráfagas de pájaros* (poemas, 1997), *El desierto de la sed* (2005, Madrid). *17 tango y algo más* (2007, Madrid). Y *El suri porfiado* (Bs As. 2008). Desde el 2001 vive en Madrid.

Antonia Taleti (Rosario). Miembro fundador del grupo de gestión cultural "*Cuando el río suena*". Coordina talleres de lectura y escritura. Ha publicado: *Itinerarios de lectura*. La narrativa de María Elvira Sagarzazu. En colaboración con Graciela Aletta de Sylvas. *La voz que nunca alcanzo* (2004). *Río de paso* (2007). Antologías: *Un lugar de Escritura Nro.16* (2006) Gea. Buenos Aires. *Poetas del Tercer Mundo* (2008), Ciudad Gótica, Rosario. *Italiani D'altrove*. *Rayuela Edizioni* (2010), Milano, Italia. *Cuando el río suena* (2012), Editorial Vinciguerra, Bs.As.

Lucas Tejerina (Córdoba, 1974). Libros publicados: *Automotrices* (Editorial La Creciente, 2006), *Vuelve* (Editorial Caballo Negro, 2009), *Historia de amor* (Editorial Textos de Cartón, 2009).

Juan Meneguín (Concordia, 1958). Publicó en Ediciones Río de los Pájaros "*Cantos apocalípticos y otros poemas*" (1987), "*Ragas en la niebla*" (1991), "*Papel español*" (plaqueta, 1994), "*Ragas*" (Ediciones Ultimo Reino, 2006). En 1998 obtuvo el Premio Fray Mocho de la Provincia de Entre Ríos por su libro "*Religión de misterios*". Es profesor de Castellano, Literatura y Latín, amante de la astronomía y los viajes largos en motocicleta.

NARRADORES

Graciela Aletta de Sylvas. Doctora en Letras y escritora. Profesora de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Coordinadora del *Espacio de la Memoria* en la misma Facultad.

Angélica Gorodischer (1928). Escritora de reconocimiento local, nacional e internacional. Su vasta obra abarca el periodismo de opinión, y distintos géneros como la ciencia ficción, lo fantástico, lo policial y lo político, subvirtiéndolo y limando las fronteras entre los mismos. Adhiere al feminismo y la mayoría de sus personajes son mujeres. Tiene más de veinticinco libros de narrativa publicados además de ensayos y entrevistas. Ha sido traducida al alemán, al inglés y al italiano.

José Gabriel Cevallos (1955, Alvear, Corrientes). Ha editado poesía y prosa. Hizo algunos trabajos de traducción del portugués. Cuentos publicados: *El Oidor*; *Allá siempre baila la muerte*; *Las condesas también sueñan*; *Interior de los Pájaros*; *Ángel de la guarda*; *El Patrón del Chamamé* (Premio EDUCA, San José, Costa Rica, 1997); *Complicaciones intelectuales*; *Dueños del mañana y otras historias*; *Relator deportivo*; *Entre Eros y Tánatos* (Premio Tiflos, Madrid, España, 2009). En este género cuenta con dos antologías personales: *Made in Buenavista* (Porto Alegre: Ed. Tchê) y *Fabulario de Buenavista* (Buenos Aires: Simurg). En novela: *Víspera negra* (Premio Ciudad de Alcalá de Henares, España, 2003, y Segundo Premio Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, bienio 2003/2004) y *En la resaca* (Premio Alfonso VIII, Cuenca, España, 2010). En novela corta: *Ivo El Emperador* y *Confesiones de un extraño demiurgo* (Accésit Premio Gabriel Sijé, en Alicante, España, 2007). En el año 2000 ganó el Premio Alberto Lista para cuentos individuales, en Sevilla, España.

Susana Romano Sued, (Córdoba, Argentina). Poeta, ensayista, narradora, psicoanalista, guionista, traductora, docente de la Universidad Nacional de Córdoba. Ha publicado los poemarios individuales *Verdades como Criptas*; *Males del Sur*; *El corazón constante*; *Escriturienta*; *Frida Kalho y otros poemas*; *Nomenclaturas/Muros*; *Algesia*; *El Meridiano*, *Fonopoema: Leer 3*; *Los silencios del sonido*; *Journal*, *Diario de las Cosas*, *Parque Temático*, y otros poemas. Es autora de la novela *Procedimiento: Memoria de la Perla y la Ribera*, y del libro de cuentos *Rouge*.

Lilia Lardone (Córdoba, ciudad en donde vive). Escribe poesía, narrativa y ensayo, como así también libros de entrevistas. Entre sus títulos dirigidos a los niños están: *Caballero Negro* (novela con la que obtuvo el Premio Latinoamericano Norma-Fundalectura 1999 en Colombia); *La niña y la gata*, *El día de las cosas perdidas*, *El nombre de José*. Algunos de sus libros para adultos son: *Puertas Adentro* (novela) y *Vidas de Mentira* (relatos), publicados ambos en Editorial Babel de Córdoba.

Cristian Fernando Carrasco (Villa Regina, Río Negro, 1978). Reside en Neuquén Capital desde 1996. Ha participado en antologías y publicado en diarios y revistas a lo

largo de la Patagonia, con cuentos, ensayos, traducciones y poemas. También hizo circular ediciones artesanales de sus libros, entre ellos *En resumidas cuentas...*, conformado por una selección de microrrelatos.

Hernán Bergara (Puerto Madryn, Chubut, donde reside). Se recibió como Magister en Literaturas española y latinoamericana en la Universidad de Buenos Aires. Fue actor y guionista de teatro, y dirigió la colección de textos locales "Patagonia ficción". Publicó dos libros: *Papeles* (relatos), en 2011 —en el que hace intervenir a otros autores como Martín Kohan, Alberto Laiseca y Viviana Ayilef— y *Manual de fluctuaciones* (parodia de aforismos), en 2012.

Carlos Blasco (Plaza Huíncul, Neuquén, 1976). Es docente de literatura. Su obra incluye poesía, narrativa y guión cinematográfico. Ha sido incluido en antologías como *Leer la Argentina* (2004), *Territorio Literario* (2004, premio de poesía de la Universidad Nacional del Comahue), *Insurgentes* (2005) y *Desorbitados, Poetas novísimos del sur de la Argentina* (2009). Fue becario de la Fundación Antorchas y Espacio Hudson para asistir a seminarios de análisis y crítica literaria, y es columnista de la revista "Ñaco Seco" de Plaza Huíncul.

Selva Almada (Entre Ríos, 1973). Es la autora de las novelas *Ladrilleros* (2013) y *El viento que arrasa* (2012), elegida Libro del Año por la Revista Ñ; de los relatos Intemec (e-book, 2012), *Una chica de provincia* (2007) y *Niños* (2005); y del poemario *Mal de muñecas* (2003). Participa en varias antologías de relatos, entre ellas *Die Natch des Kometen* (Alemania, 2010). Coordina talleres de lectura y escritura.

Gloria Lenardón, santafesina, vive en Rosario. Dirige la colección de narradoras "Semillas de Eva" y codirige con Marta Ortiz la colección "Narrativas Contemporáneas" de editorial Ross. El thav (cuento) obtiene el premio Puerta de Bronce en Madrid, España (1983). Novelas publicadas: *La reina mora*, (premio Emecé 1987, primer premio Fondo Nacional de las Artes), *A corVta distancia* (Editorial Sudamericana 1994) *Eva maravillosa* (Editorial Alción 2006). *Por la mañana, Por la tarde, Por la noche*, tríptico de textos muy breves con dibujos de Silvia Lenardón, Asuntoimpreso, Bs.As. 2004, incluidos en diciembre del 2008 en las librerías de los museos Reina Sofía de Madrid y Arte Contemporáneo de Barcelona.

Federico G. Ferroggiaro (Rosario, 1976). Periodista y Profesor de Letras. Publicó los libros de cuentos *El pintor de delirios* (EMR, 2009. Segundo Premio Ciudad de Rosario 2008), *Cuentos que soñaron con tapas* (Ombú Bonsai, 2011) y *La niña de mis ojos* (Ombú Bonsai, 2013). A través del Concurso Espacio Santafesino (2012). Algunos de sus cuentos fueron incluidos en Antologías, como "El Mensajero" en *Ficciones para una nueva narrativa* (Baltasara, 2012) y otros recibieron menciones en concursos nacionales e internacionales. Colabora en blogs y sitios literarios y trabaja en docencia en el nivel medio y universitario. Además, se desempeña como responsable de prensa en la UTN - Rosario.

Kary Cerda



Poeta y fotógrafa mexicana. Nace en Villahermosa Tabasco, México. Licenciada en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México. En Francia estudió fotografía profesional en ÉcoleEffet, y American Center y Fotograbado en la ÉcoleSupérieure des Arts et Métiers. Sus primeros poemas se publican en París en 1981, traducidos por Claude Couffon. En el mismo año se inician sus exposiciones de fotografía. Formó parte de la mesa directiva de la Unión de Escritores de Francia durante varios años. Ha realizado más de 300 exposiciones fotográficas, recitales poéticos y Encuentros Internaciones de Poesía en México, Francia, España, Italia, Austria, Costa Rica, Cuba, Puerto Rico y Estados Unidos. Sus poemas han sido traducidos al Inglés, Francés, Italiano, Náhuatl, Maya. Forma parte de diversas antologías nacionales e internacionales.

De un artículo de Miguel Ángel Muñoz:

El proyecto fotográfico más reciente de Kary Cerda, *De tu piel a mi universo*, Kary fotografía con la misma nitidez que la tipografía horada el blanco del papel, con la misma elegancia que dibuja la estilizada 'bodoni'. Sin embargo Kary sabe trascender la fórmula y enriquecer su mirada cuando se enfrentaba al desnudo. La confrontación que supone este género le hizo plantarse ante el modelo de otra manera. Se trata de sostener la mirada a través de la cámara y saber rescatar esa expresión que contiene una confesión anímica indudable. Y lo supo hacer, dedicando el tiempo necesario para agotar al modelo irreductible, para vaciar de defensas lógicas la pose favorecedora que todos concebimos de nosotros mismos, para lograr el abandono total del modelo y con ello la victoria del fotógrafo. Modelos que dibujan líneas sobre un fondo que cada vez es menos importante, cada vez más prescindible, y del que se desprendería definitivamente en aras de una sobriedad y originalidad indiscutibles.

<p>BLANCO MÓVIL Director: Eduardo Mosches</p>	<p>INDICE <i>Los primeros pasos</i> Eduardo Mosches</p>	<p><i>En la siesta</i> <u>Elena Anníbali</u> <i>Primero</i> <i>Luz blanca</i> <u>Tomás Watkins</u> <i>Segunda intención</i> <i>No desearás la mujer</i> <i>hombrehielo</i> <u>Eliana Drajer</u> <i>Hallazgo</i> Tony Zalazar <i>El frasco</i> <i>Profesión de fé</i> <u>Raúl Aráoz Anzoátegui</u> <i>La edad de mi padre</i> <u>Alberto G. Fritz</u> <i>Wiñoy xipantú</i> <u>Verónica Padín</u> <i>Moneda nacional</i> <u>Silvia Renee Mellado</u> <i>Una naranja</i> <i>Ese perro</i> <u>Ricardo Costa</u> <i>Poetas en tiempo</i> <i>de mercado</i> <u>Aldo Parfeniuk</u> <i>Andalucía nueva ignara</i> <u>Griselda Gómez</u> <i>El atelier</i> <u>Hernán Jaeggi</u> <i>Caracola</i> <u>Alejandra Méndez</u> <i>Fatal Ángela</i> <u>Alejandro Piddello</u> <i>Poemas</i> <u>David Alberto Fuks</u> <i>Fibras de Sharpey</i> <i>Estómago 36</i> <u>Fabrizio Simeoni</u> <i>La montaña blanda</i> <i>Lo que las piedras dicen</i> <u>Fernando Belottini</u> <i>Voyeur</i> <u>Florencia Giusti</u> <i>Poema</i> <u>Gustavo Tisocco</u> <i>A mi país</i> <u>Jorgelina Paladini</u></p>	<p><i>Pampa de Salamanca</i> <u>Juan Meneguín</u> <i>Dos nenes</i> <i>En el zoológico</i> <u>Leandro Lull</u> Otoño <u>Marcelo Leites</u> <i>Oclusión</i> <i>Distrito Federal</i> <u>Mariana Vacs</u> <i>Poemas</i> <u>Patricia Cuaranta</u> <i>El inicio</i> <u>Rodrigo Galarza</u> <i>En cuclillas</i> <i>Húmeda</i> <u>Mariana Taletti</u> <i>De hijo</i> <u>Lucas Tejerina</u></p>
<p>CONSEJO EDITORIAL Gerardo Amancio Oscar de la Borbolla Juan Carlos Colombo Beatriz Escalante José María Espinasa Francesca Gargallo Eve Gil Adriana González Mateos Mayra Inzunza Aralia López Gabriel Macotella Eduardo Milán Cynthia Pech Ángel Queiman Juan José Reyes Juan Antonio Rosado Bernardo Ruiz Guillermo Samperio Esther Seligson (q.e.p.d.) Daniel Sada (q.e.p.d.)</p>	<p>Poetas del interior de Argentina <i>Otra muestra de poesía argentina</i> <u>Carlos J. Aldazabal</u> <i>Desde Entre Ríos, Santa Fé, y Corrientes</i> <u>Florencia LoCelso</u> <i>Cuerpos de sed</i> <i>La casa</i> <u>Leonardo Martínez</u> <i>La rótula</i> <i>De La palabra y...</i> <u>Santiago Sylvester</u> <i>Los ruidos en el agua</i> <i>Muertos armados</i> <i>Habla el capitán Ahab</i> <u>Juan Carlos Moisés</u> <i>El resto es literatura</i> <i>24 de marzo de 1976</i> <i>La explicación</i> <u>Alejandro Schmidt</u> <i>Día de extrema oscuridad</i> <i>El invierno vació la ciudad</i> <i>En ocasiones</i> <u>Samuel Bossini</u> <i>I love you luísa</i> <i>Perro lamiendo luna</i> <u>Jorge Spíndola</u> <i>Los adormecidos</i> <i>Nostalgia</i> <u>Sergio De Matteo</u> <i>Parque de destrucciones</i> <u>Rodrigo Galarza</u> <i>La huída</i> <i>Final de inmersión</i> <i>Comienzo de caída</i> <u>Geraldine Palavecino</u> <i>Cachavachas</i> <i>Lowry & co.</i> <u>Julián Axat</u> <i>Madre</i> <i>La creciente</i></p>	<p>Narradores del interior de Argentina <i>Cuentos del litoral argentino</i> <u>Graciela Aletta de Sylvas</u> <i>Piedras como estrellas</i> <u>Angélica Gorodischer</u> <i>El rencor me paga</i> <u>José Gabriel Cevallos</u> <i>Pigmalión</i> <u>Susana Romano Sued</u> <i>La ventana de papá</i> <u>Patricia Severin</u> <i>Las cosas son así</i> <u>Lilia Lardone</u> <i>Conservación de la materia</i> <u>Cristian Fernando Carrasco</u> <i>La máscara</i> <u>Hernán Bergara</u> <i>Pequeños relatos</i> <u>Carlos Blasco</u> <i>Los conductores, las máquinas...</i> <u>Selva Almada</u> <i>Cruzado al otro lado</i> <u>Gloria Lenardón</u> <i>El plagio</i> <u>Federico Ferroggiario</u></p>	
<p>CORRESPONSALES Floriano Martins (Brasil) Carles Duarte (Cataluña) Jesús Cobo (España) José Kozer (Estados Unidos) Rafael Rivera (Honduras) Marcela London (Israel)</p>			
<p>SECRETARÍA DE REDACCIÓN: Ángeles Godínez RELACIONES PÚBLICAS: Patricia Jacobs Impresión: Impresos Rubí & Gom (5632 8314) México, D.F. Fotografías: Kary Cerda Diseño de la portada: Pablo Rulfo Diseño de interiores: Alejandra Galicia</p>			
<p>BLANCO MÓVIL Momoluco No. 64. Pedregal de Santo Domingo, Delegación Coyoacán. C. P. 04369, México, D.F. Teléfono y Fax: (55) 56-10-92-99 Email: eduardomosches@yahoo.com</p>	<p>Esta revista es producida gracias al Programa "Edmundo Valadés" de Apoyo a la Edición de Revistas Independientes 2012 del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.</p> <div style="display: flex; justify-content: space-around; align-items: center;">   </div>		